

# Construyendo un Amor



MAR FERNÁNDEZ

***Construyendo***

***un amor***

***Mar Fernández Martínez***

# Construyendo un amor

Copyright © 2016 Mar Fernández Martínez

Todos los derechos de esta obras están reservados. Queda terminantemente prohibida, sin autorización escrita del titular de los derechos de autor, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procediendo, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, al igual que la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos público sin permiso expreso del autor de la obra.

Fotografía:

<http://es.123rf.com>

Archivo nº: 36620043

Derecho de autor : mariok

All Rights reserved

1ª edición en Marzo 2016

ISBN/13: 978-1523856039

ISBN/10: 1523856033

*A Patricia García Salceda,  
por dedicar horas de su vida a  
leer mis textos, y ser la mejor lectora  
cero con la que se puede contar.*

*Gracias, preciosa.*

## Prólogo

Tayler notó como el sudor corría por su frente, y en un gesto mecánico, lo secó con un pañuelo y continuó con su tarea. El sol comenzaba a ocultarse en el firmamento, y debía acabar con el trabajo antes de poder regresar a casa y darse una ducha. Cleveland, su jefe, le había encomendado colocar el paño de azulejos de la cocina, que debía estar listo para el día siguiente. El tiempo se le escapaba entre los dedos. Aquella obra era un encargo urgente y debía estar listo antes de acabar la semana. No estaba dispuesto a perder su trabajo, ya que era el mejor que había tenido hasta el momento, y necesitaba el sueldo para salir adelante. Desde la muerte de su padre, las cosas se habían puesto difíciles en casa, y las facturas se acumulaban sobre la mesa del recibidor, sin que a su hermano pareciera importarles.

Estaba centrado en su trabajo, pero no podía dejar de pensar en la discusión que había mantenido aquella misma mañana con Malcom. Nunca se habían llevado demasiado bien, a pesar de sus esfuerzos, pero lo que estaba sucediendo en los últimos tiempos no tenía nombre. Normalmente procuraba no inmiscuirse en la vida privada de su hermano, pero en esta ocasión era diferente. Una semana antes había descubierto a Malcom besándose apasionadamente con Stefanie Gregory. Todo hubiera sido completamente normal, ya que Malcom era todo un seductor, si no fuera porque llevaba saliendo con la hermana de ésta varios meses. En aquel momento, oculto en el pasillo de su propia casa, hubiera deseado reclamarle su actitud, pero por el contrario calmó su genio y subió las escaleras en dirección a su dormitorio.

Durante el tiempo transcurrido había intentado hablar con Malcom en reiteradas ocasiones, pero había sido inútil. Su hermano siempre se apañaba para evitarle, sabiendo que tenía algo que recriminarle. Pero aquella mañana, durante el desayuno, no pudo escapar a su interrogatorio.

—Malcom, tenemos que hablar.

El aludido llenó su bol hasta el borde, con cereales y leche, ignorando expresamente a su hermano.

—¿Me has escuchado? —preguntó Tayler, elevando el tono de su voz.

Malcom alzó su mirada, con cierto aburrimiento, y la clavó en el rostro de su hermano.

—Tayler, ¿qué mosca te ha picado ahora? —indagó ceñudo.

—Quiero saber que te traes entre manos con las hermanas Gregory.

Para Tayler no pasó desapercibida la expresión de sorpresa de su hermano. Y cuando una sonrisa ladina adornó sus labios deseó borrarla con su puño.

—Hermanito —comenzó Malcom—, no creo que eso sea asunto de tu incumbencia.

—Por supuesto que no —afirmó Tayler, intentando controlarse—, pero no entiendo que hacías el otro día besando a Stefanie. ¿No se supone que estás saliendo con Peyton? —indagó.

—¿Ahora te dedicas a espiarme? —replicó Malcom molesto—. Además, todo el pueblo sabe que te llevas a matar con Peyton. ¿A qué viene ahora defenderla?

Tayler no pudo evitar golpear con fuerza la pequeña mesa de formica frente a sí, provocando que la leche de los boles acabara sobre la misma.

—¡Joder, Malcom, eso es lo de menos! Quiero que me cuentes lo que sucede.

Malcom no estaba dispuesto a dar explicaciones sobre sus asuntos a su hermano. Sin añadir una palabra más, abandonó su silla y se dirigió a la puerta. Solo contestó a sus palabras cuando llegó al umbral de la misma.

—Tranquilo, *ángel redentor*, pienso arreglar la situación —comentó antes de desaparecer en el pasillo.

Tayler apretó los puños, intentando con el gesto apaciguar su genio. Estaba cansado de las constantes intrigas de su hermano. Aquel cabeza de chorlito ni siquiera se había planteado los problemas que podía ocasionar a sus tíos. Walter y Betty trabajaban desde hacía décadas en la casa Gregory, y estaba seguro de que el viejo no se tomaría nada bien que el sobrino de su ama de llaves, al que por cierto había ayudado a costear sus estudios universitarios, estuviera jugando con sus hijas. Era su hermano, y no podía evitar quererlo, pero cada vez le era más difícil claudicar con su conducta.

\*\*\*

Peyton se despertó con una sonrisa en los labios. No lo podía evitar, se sentía más feliz que en toda su existencia. Sabía que había sido una chica afortunada desde el mismo día de su nacimiento, pero pertenecer a una de las familias más prestigiosas del condado no había sido suficiente para lograrlo. Desde bien pequeña se había sentido rechazada por su padre. Se había esforzado por ser la mejor estudiante, colaborar en causas benéficas, incluso había sido reina del baile en su último año de instituto, pero nada había logrado que su padre se sintiera orgulloso de su persona. Pero eso ya no importaba porque había encontrado un hombre que la amaba tal cual era, y no pensaba renunciar a ese amor.

Aquel día era el más importante de su vida. Por fin había llegado el momento que llevaba semanas esperando. Era la primera vez que Malcom iba a su casa a cenar, y había preparado aquella velada con minuciosidad. Había vuelto loca a su querida Betty, embarcándola en una receta francesa que la pobre mujer ni sabía pronunciar. Incluso había sacado la vajilla de su abuela, reservada para ocasiones especiales, para el evento.

Pasó parte de la mañana ultimando los detalles pendientes, y la tarde la dedicó a elegir lo que se pondría para aquella noche.

Rebuscaba entre las perchas de su armario, mientras su amiga Rebeca la observaba tumbada sobre su cama. Cuando desechó el quinto modelo, escuchó resoplar a su amiga, situada a su espalda, y se giró para fijar su mirada en ella.

—¿Qué pasa? —preguntó curiosa.

—Cielo —la llamó Rebeca, mientras abandonaba el lugar que ocupaba sobre el colchón, acercándose hasta ella—, no sé porque te rompes tanto la cabeza, con tu cuerpo cualquier cosa que te pongas te quedará genial —replicó, con una sonrisa en los labios, mientras estudiaba un vestido azul.

Peyton frunció el ceño antes de contestar.

—No lo entiendes, esta cena es muy importante.

Rebeca elevó una de sus cejas antes de contestar a sus palabras.

—¿Crees que Malcom va a pedir tu mano? —soltó con sorna.

Peyton apretó los labios molesta. No era ningún secreto para ella que Rebeca no soportaba a Malcom, y que solo lo aceptaba por complacerla. Su amiga no entendía que amaba a ese hombre más que a cualquier otra cosa y no pensaba renunciar a él.

—Muy graciosa, pero te recuerdo que es la primera vez que mi padre le invita a cenar, y quiero que todo sea perfecto.

Rebeca se mordió la lengua para no verbalizar lo que realmente pensaba, y para que su amiga no se percatara, se dedicó a seguir buscando algo ideal en su armario. Se conocían desde el parvulario, y para ella no era un secreto que Peyton llevaba media vida intentando agradar al señor Gregory, que nunca parecía conforme con su hija. Había sido testigo involuntario de los desprecios que había recibido su amiga por parte de su progenitor, y más estando Stefanie presente.

—Creo que este es perfecto —dijo mientras le tendía un vestido color rosa.

Peyton lo tomó entre sus dedos y lo estudió críticamente. Era un diseño de líneas sencillas, pero con un tejido ligero que le gustó. Y finalmente decidió probárselo, segura de que no encontraría nada mejor.

\*\*\*

Poco antes de las ocho, la puerta de la casa Gregory se abrió, y de su interior salió una joven que corría como alma que llevaba el diablo. Betty salió tras ella, pero solo llegó a tiempo de ver como el pequeño coche de Peyton derrapaba en la curva de salida de la finca.

Con aflicción la mujer se llevó la mano al corazón, sufriendo *porsu pequeña*, como solía llamarla. Una lágrima solitaria recorrió su mejilla, y abrazándose a sí misma volvió a entrar a la casa, obligándose a volver al comedor donde debía servir el segundo plato. Como suponía, los ocupantes de la mesa seguían charlando amigablemente, como si nada hubiera sucedido minutos antes.

Tayler había salido pronto del trabajo aquel viernes. Tras acabar con la reforma, y recoger la herramienta, se dirigió a la oficina junto a sus compañeros. Cleveland estaba tan contento por haber cumplido con los plazos que les dio una gratificación.

Ryan y Clayton le convencieron para ir a cenar, y a pesar de que no era muy dado a salir, aceptó. Necesitaba desconectar por unas horas de los problemas que solían acosarlo a diario.

Después de abandonar el restaurante de Rosemary, decidieron a ir a tomar unas copas y jugar una partida de billar al local *River Side*. Tayler decidió ir en su propio coche, por si la noche se alargaba de más. Conocía demasiado bien a sus compañeros.

Al entrar se encontraron con que el ambiente estaba en su máximo apogeo. Se dirigieron a la barra, que estaba abarrotada, y pidieron unas cervezas, a la espera de que alguna de las mesas de billar quedara libre. Mientras, bromearon sobre las peculiares costumbres de su jefe, aunque de forma cariñosa, ya que era un buen hombre.

La conversación se vio interrumpida por el sonoro silbido que surgió de los labios de Ryan.

—¡Madre mía! —exclamó, señalando a una joven que bailaba en la pista—, esa tía esta tremenda. ¿Quién coño será? —preguntó, sin apartar su mirada.

Tayler, que estaba de espaldas al lugar, se giró para descubrir a *lamujer explosiva* que parecía haber hipnotizado a su amigo. La sonrisa se borró de sus labios al descubrir de quien se trataba.

Ante sus ojos estaba la mismísima Peyton Gregory. Su vestido claro refulgía gracias a las luces de neón sobre la pista. Bailaba al son de la música, pero de una forma demasiado sensual. No era de extrañar que la mitad de los hombres del local no pudieran apartar la mirada de su cuerpo.

Algo andaba mal, lo supo al instante.

No era un mal sitio para pasar unas horas de diversión, pero no el más indicado para una joven como Peyton. No entendía que demonios hacía allí, pero no le gustó. Parecía demasiado desinhibida, y sospechaba que era a causa del alcohol. ¿No se suponía que su hermano estaba cenando aquella noche en la casa Gregory?, entonces, ¿qué hacía su novia en un lugar tan poco recomendable?

Iba a apartar la mirada, dispuesto a ignorar una situación que no le incumbía, cuando Norton cogió por la cintura a la joven y la pegó a su cuerpo. Peyton intentó deshacerse de su agarre, pero le fue imposible.

Tayler, suspiró frustrado antes de abandonar la banqueta que ocupaba y dirigir

sus pasos hasta la pista.

—Perdona —dijo cogiendo al tipo por un brazo—, pero creo que ella —dijo en alusión a Peyton, que lo observaba, estupefacta ante su aparición— no quiere nada contigo.

El hombre frunció el ceño, molesto por su intromisión.

—Jefferson, metete en tus asuntos —le advirtió, volviendo a apresar a la joven.

Tayler se armó de valor, ya que Norton era el doble de grande que él, y volvió a interponerse entre ambos.

—Te he dicho que la sueltes —indicó con voz acerada.

—¡Y una mierda!

Tayler tiró de Peyton hasta colocarla a su espalda. Como había previsto, poco después ya se había formado una gran pelea. Si no hubiera sido por Ryan y Clayton, que estuvieron encantados de ayudar en el tumulto formado, la noche habría acabado mucho peor.

Ya en el exterior, aferrando con su mano la de Peyton, se sintió mejor. Su ceja sangraba tras el último golpe recibido, pero no le importó, lo único que deseaba era dejar a la joven en su casa y olvidarse del asunto. Se había metido en esa pelea, cosa poco usual en él, y todo por la poca cabeza de Peyton. Aún no llegaba a comprender el afán de protección que se había apoderado de su cuerpo.

Peyton no protestó cuando Tayler la obligó a meterse en el coche. Aún estaba aturrida por el alcohol ingerido. Cuando había ido a *River Sides* solo había pensado en olvidar lo sucedido en la cena. Cuando Malcom había comenzado a hablar con su padre, y había escuchado como pedía la mano de su hija a este, pensó que se trataba de la suya, pero cuando el nombre de su hermana se coló en el discurso creyó morir. Su corazón se había desgarrado por el dolor.

La voz de Tayler la sacó de sus pensamientos.

—¿Quieres que te lleve a casa? —preguntó.

—¡No! —exclamó Peyton con estridencia. Pudo ver la sorpresa reflejada en el rostro masculino.

—Peyton, no estás en condiciones de coger el coche...

Se sorprendió cuando la joven se aferró a su brazo, y sus ojos vidriosos se clavaron en él.

—Por favor —rogó Peyton—, no quiero ir allí.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Tayler cauteloso. Sospechaba que tenía que ver con su hermano.

Peyton se tapó el rostro con ambas manos y comenzó a sollozar. Tayler, sorprendido y sintiéndose torpe, cogió sus hombros y la obligó a recostar su rostro sobre su hombro. Durante unos minutos, que le parecieron eternos, se dedicó a consolar a su peor enemiga.

Cuando notó que la joven se había calmado lo suficiente, la apartó y tomó su rostro entre sus manos para clavar su mirada en su rostro.

—¿Estás mejor? —preguntó con voz suave.

Peyton dejó de hipar, y asintió. No era capaz de hablar. Ahora, después de todo lo que había sucedido, se sentía más avergonzada que en toda su vida. ¿Cómo había acabado llorando sobre el hombro del chico más desquiciante que había conocido en su vida?

—Bien —prosiguió Tayler, apartándose de la joven para arrancar su vieja furgoneta—. Te llevaré a casa de mi tía, ¿te parece? —preguntó esperanzado.

—Sí.

—Pues vamos allá —dijo mientras se metía en la carretera.

Ninguno de los dos habló en todo el trayecto. Tayler se sintió agradecido cuando la vio desaparecer tras la puerta de la casa de sus tíos. Volvió accionar el encendido del vehículo, y decidió volver a su propio hogar. Esperaba que su hermano no estuviera cerca, porque de ser así, no sabía si sería capaz de controlar la necesidad de romperle la cara.



## Capítulo 1

Débora Scott aporreaba incansablemente el gastado teclado de su ordenador. Era media mañana y ya tenía trabajo atrasado. «Solo espero acabar con todo esto antes de la hora del almuerzo», pensó frustrada. Movi6 el rat6n sobre la mesa, y clicke6 sobre la pestaña de imprimir. Aquel presupuesto urgía, y hacía un par de horas que debía estar sobre el escritorio de su jefe. Cuando la puerta de la oficina se abrió, sus dedos se quedaron aferrados al rat6n, y sus ojos fijos en la figura que acaba de entrar.

Aquel hombre era un pecado para los sentidos, pens6 mientras tragaba saliva. Los jeans que solía usar se ajustaban perfectamente sobre sus fornidas piernas, y su ancha espalda rellenaba perfectamente la camisa de cuadros azules y blancos. Su cintur6n de trabajo, cargado de herramientas, colgaba de su cintura despreocupadamente, y Débora no pudo evitar recordar c6mo sus manos habían recorrido aquel cuerpo duro y compacto.

Tayler le daba la espalda; estudiaba la lista de turnos de los empleados que colgaba en el corcho junto a la puerta, pero era muy consciente del intenso escrutinio que le dedicaba su secretaria. Una sonrisa traviesa surgi6 en sus labios al recordar lo apasionada que era, pero demasiado tarde se había percatado de que no había sido buena idea invitarla a una copa aquel sábad6 por la noche de hacía unas semanas. Podía traerle una complicaci6n que no estaba dispuesto a asumir, y solo esperaba que ella fuera consciente de que su relaci6n era meramente fística.

—¿Ya tienes el presupuesto que te pedí? —pregunt6 mientras se giraba para enfrentarla.

Débora dio un respingo sobre la silla al escuchar su voz. La había descubierto espiáandolo, pero no por ello se sintió mortificada.

—Por supuesto —respondió, mientras se levantaba de la silla giratoria que ocupaba para dirigirse a la impresora donde reposaba el papel solicitado—, lo tengo desde primera hora —mintió.

—Perfecto, tengo que entregarlo en una hora.

Tayler disfrut6 del balanceo de las caderas femeninas mientras ella se dirigía hasta él para entregarle el papel que pendía entre sus dedos.

—Ya sabes que me encanta complacerte —confes6 Débora seductoramente, mientras colocaba su mano libre sobre su pecho y acertaba distancias.

Sus turgentes pechos rozaron su camisa, y sus labios se acercaron a los propios hasta atraparlos sensualmente. Su intenso perfume traspas6 las fosas nasales Tayler, y le record6 las noches que habían pasado juntos en los últimos tiempos.

—Aquí no —La avis6, no quería que los chicos supieran de su relaci6n.

—Tayler, hace días desde la última vez —Sus manos ya jugueteaban con la hebilla de su cintur6n—, necesito más.

—Quizás esta noche —aventur6, sin poder resistirse a su invitaci6n mientras la apartaba—, te llamo —prometi6—. Ahora tengo una cita con un cliente.

—Está bien —acept6 Débora haciendo un puchero—, no me despegaré del móvil —prometi6.

Tayler atrap6 la hoja que ella le ponía frente a los ojos y la metió en una de las carpetas corporativas que usaban en la empresa antes de salir por la puerta. Dej6 a la secretaria suspirando audiblemente mientras se ajustaba la falda sobre las caderas.

Débora trabajaba para Tayler Jefferson desde hacía tres años, y tras ver a muchas mujeres pasar por su vida, al fin había llegado su turno y no pensaba desaprovechar la oportunidad. Y no solo porque era un hombre atractivo a rabiar, sino porque había

levantado su empresa de construcción de la nada y ahora era un hombre importante. Le gustaba la ambición que presidía su vida.

Taylor estaba a punto de subir a su todoterreno, cuando su teléfono empezó a sonar. Chascó la lengua, molesto, pero descolgó antes del último pitido.

—Jefferson —contestó.

La voz cadente de su tía Betty le hizo sonreír. Escuchó pacientemente toda la parrafada que la buena mujer le soltó antes de contestar.

—Sí, iré a última hora de la tarde. Ahora estoy ocupado.

Al otro lado de la línea hubo una larga despedida y poco después la llamada se cortó.

Nunca le podía negar nada a su tía. Les había criado a su hermano y a él cuando su madre falleció, y su padre trabajaba largas jornadas en una fábrica de envasado de la zona, y nunca podría olvidar aquello.

\*\*\*

Peyton caminó hasta la oficina de alquiler de vehículos del aeropuerto estatal de Mobile cargada con su maleta. Al entrar, suspiró frustrada al descubrir la cola que llegaba hasta la puerta. Aquello logró incrementar su enfado por tener que volver al lugar donde se había criado. Hacía unos días había recibido una llamada de la casa familiar. En ella la informaban de que el estado de salud de su padre era grave y estaba ingresado.

No era un buen progenitor, apenas había prestado atención a sus hijas en su empeño de hacer crecer su abultada fortuna. Desde que se había hecho cargo de la empresa, tras la muerte de su padre, Raymond Gregory había inaugurado varios hoteles en los diferentes condados de Alabama, y seguía expandiendo su imperio.

Sabía que si la tía Corin la estuviera viendo en aquel momento, corriendo de vuelta al hogar, le recriminaría su acción. Odiaba al marido de su difunda hermana. Podía escuchar su voz llena de reproches como si la tuviera a su lado: «¿Cómo se te ocurre ir tras él como un perrito faldero? Nunca te ha querido —el reproche— y no te trata como te mereces». Sabía que su tía tenía razón, pero algo más fuerte que la razón la empujaba de nuevo a aquella casa, un lugar que nunca sintió como propio.

La fila se movió y al fin llegó su turno en el mostrador. Aparcó su maleta a un lado y solicitó un pequeño utilitario para recorrer las millas que la separaban de su destino.

La joven que la atendía sonrió anchamente, y ella no pudo evitar responder con un gesto amable. Tras hacer unas anotaciones en el ordenador, Caty, que así se llamaba, le devolvió su tarjeta de crédito y le entregó la llave solitaria del vehículo, que iba acompañada con un llavero de la compañía.

Llegó al *parking* tirando de la pesada maleta con resignación. Estaba cansada, y tampoco ayudaba a mejorar su estado de humor el calor que hacía en aquel lugar. Una capa de fino sudor cubría su cuerpo, y su traje chaqueta se pegaba a su piel de tal forma que amenazaba con volverla loca. Mataría por una ducha fría, pero aún le quedaban horas de viaje para poder darse tal capricho.

Los vehículos se alineaban en batería, a la espera de su dueño eventual. Buscó entre ellos hasta encontrar el pequeño coche que tenía el número que indicaba el llavero. Cuando al fin se situó tras el volante, después de colocar su equipaje en la parte trasera, su humor empeoró, si aquello era posible, al comprobar que la palanca de cambios era manual. «Perfecto» —pensó frustrada—, se le había olvidado pedir un vehículo automático y por nada pensaba volver a la oficina, que debía seguir igual de atestada. Resignada, suspiró y metió la llave en el contacto.

Una hora después, paró en un restaurante de carretera y pidió un sándwich, junto a un

refresco. Cuando regresó a la conducción, su mirada se perdió en la carretera. Meditaba sobre si quería llegar a casa o dar la vuelta de regreso a su vida.

Estaba atardeciendo cuando aparcó frente a la casa de piedra tan viva en sus recuerdos. Se acercó a la puerta de roble y esperó, intentando coger fuerzas para enfrentar lo que se le avecinaba. Finalmente entró, pero sus pensamientos oscuros se evaporaron cuando su nariz se vio inundada con el inconfundible olor a estofado, que llegaba desde la cocina, donde se dirigieron sus pasos. Al entrar, se encontró con una imagen que la hizo sonreír.

Betty removía el contenido de una olla de acero con una cuchara de palo. Iba a probar el sabor de la salsa, pero su gesto se quedó suspendido en el aire, con la cuchara a escasos centímetros de sus labios, al ver a Peyton. En un instante dejó lo que estaba haciendo y se aproximó a ella, con una celeridad que sorprendió a la joven.

Ya la estrechaba entre sus brazos cuando habló.

—¡Mi niña! —la llamó con dulzura—, que alegría verte. Pero, ¿cómo no me avisaste de tu llegada?

—Lo siento, Betty —se disculpó, besando su tersa piel—. Ha sido una decisión de última hora ¿Cómo está él? —preguntó con temor a escuchar la respuesta.

—Bien, sigue en el hospital, pero salió de cuidados intensivos ayer.

El sonoro suspiro de la joven hizo sonreír al ama de llaves, que la conocía desde que había dado sus primeros pasos sobre el suelo de madera de aquella misma cocina, que era su territorio desde hacía décadas.

—Me alegro —replicó Peyton, mientras abría la nevera y se servía un vaso de agua helada—, mañana iré a verle —comentó, aunque no sabía si estaba preparada.

—Me parece bien —dijo la anciana, mientras rodeaba sus hombros con su brazo—, pero ahora debes comer algo. Conociéndote como te conozco, estoy segura de que no habrás metido nada decente en el estómago en todo el día.

Peyton sonrió antes de contestar.

—Betty, nunca pude engañarte.

—Ni aunque quisieras lo lograrías —replicó la mujer con humor.

—Estoy deseando probar ese estofado —indicó, señalando la olla humeante—, pero me gustaría darme un baño antes, lo necesito.

—¡Ah! Perdona, mi pequeña, ve tranquila. Cuando bajas tendrás la mesa puesta en el salón.

—Betty, no hace falta, sabes que prefiero cenar contigo aquí —confesó.

Peyton subió las escaleras con cansancio, y al entrar en su antiguo dormitorio, descubrió que todo se encontraba tal cual lo recordaba. Al lado de la puerta estaba su maleta; imaginaba que Walter, el marido de Betty, la había subido hasta allí y se lo agradecía.

Las paredes de la amplia estancia estaban pintadas en un sereno color lavanda, y las cortinas transparentes dejaban entrar los últimos rayos de sol. Algunas antiguas muñecas presidían una de las estanterías, y un viejo póster de una película de su adolescencia permanecía en la puerta del armario, tal cual lo había dejado años antes.

Se deshizo de la chaqueta negra y la lanzó sobre la cama antes de dirigirse al cuarto de baño. Esperaba darse un prolongado baño de espuma, pero cuando abrió el grifo su sueño se disipó como un suspiro. El agua no salía del grifo, y las tuberías sonaban de una forma que temió que fueran a estallar.

«¡Genial!», pensó contrariada, era lo que le faltaba para rematar el día. Molesta rebuscó en su maleta y sacó su neceser para dirigirse al baño situado en el pasillo.

Minutos después disfrutó de la tibieza del agua recorriendo su piel, consiguiendo con ello que sus tensos músculos se relajaran. Cuando se colocó frente al espejo, situado

sobre el lavabo, observó las ojeras bajo sus ojos. Decidió ignorar su mal aspecto, y buscó su cepillo, que usó con virulencia sobre su cabello.

De nuevo se sentía decepcionada consigo misma por haber cedido a los dictados de su corazón. «¿Qué hago aquí?», se preguntó. Había jurado no regresar al lugar donde se había sentido morir y allí estaba. Los recuerdos eran solo eso, pero pesaban demasiado sobre sus hombros.

Con una mullida toalla blanca en torno a su cuerpo salió al pasillo, pero sus pies descalzos se detuvieron al enfrentarse a unos ojos grises clavados en su persona.

—¡Tayler! —pronunció su nombre como una exclamación, sorprendida por aquella presencia inesperada—. ¿Qué haces aquí? —preguntó contrariada.

Tayler estaba tan sorprendido como la propia Peyton. Y con reticencia por parte de sus retinas, apartó la mirada de su persona al ser consciente de que su cuerpo reaccionaba indebidamente. Su sangre se había encendido al descubrir un cuerpo sexy y voluptuoso, y deseó tirar de una esquina de la felpa y descubrir lo que ocultaba.

Apartó aquellos pensamientos de su cabeza de un manotazo y se obligó a hablar.

—Mi tía me llamó porque un baño no funciona —le explicó.

Peyton sintió que su presencia había agitado algo en su interior. La imagen de Tayler, alto y atractivo, le trajo a la memoria a Malcom, el hermano de este.

—¿Desde cuándo Tayler Jefferson se ensucia las manos en retretes ajenos?

—preguntó dañina, intentando herir su orgullo con sus palabras, pero supo que no lo había logrado cuando una sonrisa atractiva surgió en sus labios.

—Peyton, tengo una empresa de construcción, es parte de mi trabajo —replicó Tayler resuelto.

Ella se cruzó de brazos, deseosa de lograr su objetivo: fastidiarle. Así había sido desde tiempos inmemorables.

—¿Acaso no tienes empleados que puedan encargarse de eso? —cuestionó, elevando una de sus cejas.

—Por supuesto —aceptó Tayler, deseando acabar con el jueguito que ella le proponía. Había sido un día largo y no tenía paciencia para una lucha dialéctica—, pero empecé desde abajo, no me gusta olvidar mis orígenes.

—Debes de ser el único en tu familia —lanzó Peyton como un dardo, sabiendo que daría en el centro de la diana.

Tayler apretó los puños con fuerza. Estaba claro a donde quería llegar Peyton con sus pullas, pero él no tenía nada que ver con su hermano. Malcom nunca había tenido escrúpulos para medrar en la vida; por el contrario, él había logrado todo lo que tenía a base de esfuerzo y sudor.

—Si me disculpas, tengo cosas que hacer —expresó, disimulando sus verdaderos sentimientos.

—Por supuesto que sí, arreglar el baño de mi dormitorio, que tampoco funciona correctamente —le ordenó con prepotencia.

—No te preocupes, me encargaré de eso mañana. Ahora tengo una cita a la que no pienso renunciar —replicó, molesto por su despotismo, y olvidando su objetivo de ignorarla—. Me alegra ver que por fin has tenido el valor de regresar —concluyó para fastidiarla, cosa que logró, pudo verlo en su ceño fruncido.

Tayler se giró resuelto, y se encaminó a las escaleras, satisfecho de haber dejado a Peyton sin palabras. «He ganado el primerraund», se dijo con humor mientras llegaba a la puerta de salida.

Peyton apretó los puños a los costados, y zapateó el suelo con frustración antes de regresar a su dormitorio. Era el primer encuentro con su pasado y ya había perdido los nervios, se reprendió.

Taylor y ella nunca se habían llevado bien, era una situación tangible para todos los que les conocían. A pesar de haber convivido juntos, en la misma clase, en su época de instituto, nunca habían armonizado. Cuando Peyton había empezado a salir con Malcom, el hermano mayor de Taylor, la relación entre ambos se recrudeció hasta límites insospechados. Pero Peyton no quería recordar un pasado demasiado doloroso y del que aún no se había recuperado.

## Capítulo 2

Durante horas, Peyton se revolvió en la cama de su infancia. Su mente estaba inundada de recuerdos que prefería olvidar. El peor de todos era el que la emplazaba en la noche que Malcom decidió casarse con otra mujer, que no era otra que su hermana. Entonces sintió que su corazón se resquebrajaba en mil pedazos, y le había costado años recomponerlo.

Molesta, se secó la lágrima solitaria que corría por su mejilla, y se giró buscando una nueva postura. Quizás no había sido buena idea volver a Blackwood, no era tan fuerte como había pensado y ahora se daba cuenta.

Horas después, su mirada se fijo por última vez en el reloj que descansaba en la mesilla, cuando las manecillas marcaban las ocho de la mañana. Cansada, se levantó y se vistió para un día que se pronosticaba horrible.

Agradeció a Betty que hubiera dejado café recién hecho antes de dedicarse a sus múltiples tareas. Desayunó aceleradamente y salió al exterior con la intención de coger su coche de alquiler, pero cuando metió la llave en el contacto el vehículo no arrancó. Una extensa gama de palabras mal sonantes escapó de sus labios.

—¡Eh! Cuidado con esa lengua —recriminó una voz masculina que le hizo rechinar los dientes.

Dejó puesta la llave en el contacto y se giró para encontrarse con la sonrisa de Tayler, cómodamente apoyado en la puerta del *trasto* que le habían agenciado.

—Buenos días —saludó Peyton entre dientes.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Tayler, con una sonrisa de suficiencia.

Peyton aferró con fuerza el volante antes de responder.

—Gracias, pero no.

Esperaba que los labios de Tayler dejaran de dibujar una sonrisa jocosa tras su respuesta, pero por el contrario se ensanchó antes de hablar.

—Claro, Peyton Gregory no necesita a nadie, menos a un hombre.

—Escucha, Tayler... —comenzó a relatar, pero el gesto de la mano masculina hizo que sus palabras murieran en sus labios.

—Ahora no —dijo, mientras fijaba la mirada en la esfera de su reloj—, pero si quieres puedes venir conmigo al hospital, supongo que es allí donde te dirigías, ¿no? —interrogó elevando una de sus cejas oscuras.

—Sí —aceptó Peyton a regañadientes.

—Pues vamos, no tengo todo el día.

Sin saber muy bien ni cómo ni por qué, acabó subiendo al todoterreno de Tayler. Ninguno de los dos se animó a conversar, y si no hubiera sido por la música que retumbaba en el interior del vehículo, el viaje habría sido como un velatorio.

El trayecto se hizo más largo que nunca para Tayler al tener a Peyton a su lado. Su falda corta dejaba al descubierto sus piernas bronceadas, demasiado llamativas para sus ojos, y sus pechos se ajustaban perfectamente al suéter rojo. Estaba acelerando su ritmo cardíaco.

«¡Mierda!», pensó, al percatarse del rumbo que estaban tomando sus pensamientos ¿Por qué su ingle se tensaba con el olor de aquella mujer a la que siempre había llevado en sus recuerdos, y con la que nunca había tenido buena relación?

No podía negar Peyton que había cambiado en aquellos años de ausencia. En el pasado había sido una joven atractiva, pero no podía compararse a la mujer que ahora tenía a escasos centímetros, y que exaltaba sus sentidos simplemente con su aroma.

La voz de Peyton la sacó de sus oscuros pensamientos.

—¿Cómo es que trabajas para mi padre? —Nada más que la pregunta salió de sus labios, se arrepintió de haberla pronunciado.

Tayler la observó de soslayo, antes de volver a prestar atención a la carretera.

—Es muy simple, tengo una empresa de construcción, y tu padre necesitaba una.

—¿Mi padre? —cuestionó Peyton, sin comprender dicha asociación—. Que yo sepa, no le gusta que toquen la casa.

—No trabajo allí, si no en la cadena hotelera. Malcom me ha encargado algunos proyectos.

La sola mención de aquel nombre hizo que el rostro de Peyton se tensara. Aún no estaba preparada para enfrentarse a él ni a su hermana, que estaría al pie de la cama de su padre como un perrito.

—¿Y en cuál estás trabajando ahora? —preguntó con curiosidad.

—Estamos a punto de remodelar un complejo vacacional junto al lago Roswell. Lleva varios años cerrado.

Peyton se giró en el asiento, y fijó su mirada en el perfil masculino.

—¿Y mi padre ha permitido eso?

—Ya sabes que el marido de Stefanie es muy persuasivo.

—Bueno, no es asunto mío —replicó molesta, posando de nuevo su mirada en la ventanilla.

Tayler aceptó su comportamiento, sabía que ambas hermanas llevaban años sin apenas hablarse, pero no era asunto suyo. Respiró aliviado al llegar al *parking* del hospital, y estacionó el coche cerca de la entrada.

—Llegamos —informó Tayler, oteando a su alrededor por si había algún guardia de seguridad que lo amonestara por parar en la zona de emergencias—. Tengo que hacer unas llamadas antes de irme —Se excusó cuando ella ya había bajado del vehículo.

—No te preocupes —repuso la aludida, mientras se colocaba el bolso sobre el hombro—, y gracias por traerme.

—No es ninguna molestia —replicó Tayler.

Una vez en el hospital, Peyton preguntó por el número de habitación, situada en la tercera planta del edificio. Cuando abandonó el ascensor notó como sus piernas temblaban. Sus pasos se volvieron más inseguros hasta llegar a la puerta donde se podía leer el número que le habían indicado.

Tocó con los nudillos antes de entrar.

Para su desgracia, ante sus ojos apareció el impresionante cuerpo de Stefanie. Su hermana siempre había sido espectacular. Su larga cabellera rubia hacía girar los rostros de los hombres, como había sucedido con Malcom, su marido. Cuando sus ojos verdes se fijaron en su persona, Peyton pudo notar el desprecio que le prodigaba su hermana, pero una sonrisa fingida se dibujó en sus siliconados labios.

—¡Peyton! —exclamó ostentosamente—, qué alegría verte, papá ha preguntado por ti un millón de veces —comentó, mientras se acercaba a ella para estampar un sonoro beso en su mejilla.

Peyton se apartó de su cercanía, sin disimulo, y acabó junto a la cama donde reposaba el padre de ambas. La imagen que se presentó ante sus ojos la apabulló. La piel de Raymond Gregory se mostraba blanca como la cera, y una decena de nuevas arrugas surcaban su rostro. Su cabello espeso, ahora se mostraba cano por completo. Lo que no habían variado eran sus fríos ojos azules.

Como esperaba, sus primeras palabras fueron hirientes.

—¿Para qué vienes ahora? —preguntó molesto, apartando la mascarilla de oxígeno de su rostro—. ¿Pensabas que ya estaba muerto? Es pronto para venir a pedir tu herencia.

—Papá, regresé en cuanto supe que estabas ingresado —le respondió—. Sabes perfectamente que no necesito tu dinero.

Una carcajada seca surgió de la garganta del anciano. Peyton notó como la sangre se

helaba en sus venas.

—¡Claro! Y recuerda que ese dinero que tanto proclamas es gracias a la carrera que yo te costé. Te pareces demasiado a tu madre, que se creía capaz de salir adelante sin mí, pero yo le enseñé que no era así —concluyó con una sonrisa en los labios.

—No es ninguna ofensa para mí parecerme a ella —replicó Peyton enfadada, mostrando a su progenitor que ya no le temía, aunque fuera una gran mentira.

—Eres una cobarde, como ella, por eso te largaste.

Peyton se clavó las uñas en las palmas de las manos, deseando abofetear al enfermo, pero controló sus impulsos.

—Me fui a estudiar... —intentó rebatirle.

—Huiste, y los dos sabemos por qué —replicó Raymond antes de toser audiblemente.

Una de las máquinas comenzó a pitar, alertando a Peyton del estado de nerviosismo de su padre, y se mordió la lengua para no replicar lo que le quemaba en la lengua. Se giró resuelta, dispuesta a abandonar la habitación, cuando la puerta se abrió ante sus ojos para dar paso a Malcom, que la observó sorprendido.

—¡Cariño! —le llamó Stefanie, con una mirada de deseo que no se molestó en ocultar—. No sabía que vendrías.

—Salí pronto de la reunión —contestó el aludido, pero dejó de prestar atención a su esposa para dirigirse a Peyton—. *Cuñada*—la llamó—, no sabía que habías regresado.

—Y no estará mucho tiempo —tronó la voz esforzada de su padre, que la señalaba con un dedo huesudo—, nadie la invitó a venir.

Peyton sintió un gran dolor en su pecho al escuchar su rechazo, aunque no fuera la primera vez que lo sufría. Se giró sobre sí misma y no tardó ni medio segundo en salir de aquel lugar que parecía asfixiarla.

Al llegar al exterior, agradeció la suave brisa que acarició su rostro. Solo deseaba llegar a casa y hacer las maletas para regresar a Montgomery, pero cuando había aceptado la invitación de Tayler no había pensado en cómo regresar a casa.

Estaba a punto de patear el suelo con el tacón de sus sandalias, cuando ante sus ojos apareció el todoterreno negro de Tayler. Sin pensar demasiado en lo que hacía, se situó en medio de la carretera, haciendo frenar al vehículo con virulencia.

Tayler sintió que su corazón se detenía al ver como una loca se colocaba frente a su coche. Daba gracias a los cielos por tener tan buenos reflejos, si no aquella mujer habría acabado bajo las ruedas. Una vez recuperado del susto, bajó para comprobar el estado de la joven. Cual no fue su sorpresa al encontrarse frente a Peyton, que tenía las pupilas dilatadas.

—¡Demonio de mujer! —gritó alterado—. ¿Se puede saber qué te proponías?

—Si piensas que pretendía morir aplastada, estás muy equivocado, solo quería regresar a casa.

—¿Y te parece un motivo suficiente para saltar a la carrera? Si ya decía yo que estabas como una cabra —refunfuñó mientras, cogía su brazo y la arrastraba hasta la puerta del acompañante.

Peyton se soltó de su agarre dándole un codazo en las costillas, que apenas le hizo cosquillas, molesta por su comportamiento dominante que tanto le recordaba a su padre.

—¡Suéltame!

—¡Oh! Vamos, *pequeña*, no me hagas perder el tiempo. Tengo una reunión en una hora...

—Puedo volver sola —replicó molesta, no había sido buena idea regresar con él—, no quiero que pierdas tu valioso tiempo.

—No digas tonterías...

—¿Hay algún problema? —sonó una voz demasiado conocida para Peyton, que



provenía de un lugar a su espalda.

No se veía con fuerzas para enfrentar de nuevo a Malcom, y ni siquiera se giró para contestar, pero se sintió aliviada cuando Tayler rompió el silencio reinante.

—Ninguno, gracias —sentenció con voz tajante.

—Peyton —la llamó Malcom, ignorando conscientemente a su hermano—, quizás quieras regresar a casa. Yo puedo acercarte.

—No, gracias, tu hermano ha sido tan amable de ofrecerse —Se negó.

—Peyton, insisto, no tengo ninguna reunión hasta la tarde, incluso podemos comer juntos —La invitó con voz melosa.

—Malcom, no insistas —intervino Tayler, al ver el rostro desencajado de la joven—, Peyton ya ha hecho planes conmigo —mintió.

No le pasó desapercibida la mirada fría que le dirigió su hermano, pero poco le importó a Tayler, acostumbrado a sus desplantes.

—De acuerdo —aceptó Malcom finalmente—. Peyton, luego nos vemos en casa —concluyó, sin apartar la mirada de la espalda femenina.

Sus palabras sonaron como una amenaza a los oídos de Peyton, pero consiguió recomponerse lo suficiente como para pronunciar una parca despedida mientras se subía al coche de Tayler, que poco después la acompañó en el vehículo.

Cuando llegaron, Peyton deseó salir corriendo hasta la puerta, aunque logró controlarse. Apenas susurró una despedida, y ni siquiera fue capaz de agradecer a Tayler que la hubiera llevado hasta allí. Ya en el interior, subió por las escaleras hasta el segundo piso, directa a su habitación. Tras cerrar la puerta solo pudo tirarse sobre la cama para dejarse llevar por las lágrimas que pugnaban por salir. No solo había sido lo vivido en la habitación del hospital, reencontrarse con Malcom había sido un duro mazazo.

En su memoria aún vivían muchos recuerdos de aquel hombre al que había amado más que a nada en la vida. Como se había sentido entre sus brazos, y la magia que siempre había sentido cuando él le decía que la amaba. Todo había sido una gran mentira que la desgarró al descubrir la relación paralela que mantenía con Stefanie. Sabía que huir era de cobardes, y ella no se consideraba como tal, pero no había tenido otra opción cuando supo del compromiso. La traición de su hermana escocía. Pese a que Stefanie era la mayor de las dos, siempre había sido ella la que tenía que protegerla ante su padre, ganándose con ello los peores golpes emocionales.

Se secó el rostro con el dorso de la mano, y se levantó resuelta en dirección a su armario, dispuesta a recoger sus cosas y marcharse. Su tía siempre tenía razón, nunca debió regresar a aquel lugar. Ella tenía una buena vida en Montgomery, y una persona que la amaba y la estaba esperando.

Abrió la maleta sobre la cama y, sin demasiado orden, colocó sus ropas en su interior. Las palabras hirientes de su padre se repetían una y otra vez en su cabeza, amenazando su cordura.

Tan enfrascada estaba en sus pensamientos que no se percató de la entrada de Betty, que la observaba con preocupación.

—Peyton, ¿qué te pasa? —preguntó, señalando el equipaje.

La aludida se giró sobresaltada, y no pudo evitar echarse en sus brazos.

—Betty, me ha echado como a un perro.

—Mi niña —dijo cobijándola en su abrazo—, debes ser comprensiva, está enfermo.

—Eso no es excusa —replicó molesta, separándose para volver a su tarea.

—Aunque no lo creas —dijo Betty a su espalda—, cuando te marchaste sufrí.

—Perdona que no lo crea —rebatía Peyton herida.

Volvió a sacar algunas prendas para doblarlas debidamente, y el silencio se instaló en la habitación. Las lágrimas pugnaban por salir de nuevo, mientras cerraba la cremallera

de la maleta.

—Cariño —la llamó la mujer, acercándose y haciendo que se girara—, estos años que has estado fuera no han sido fáciles, y tu hermana no ha ayudado demasiado.

—¿Por qué me odia? —cuestionó con vehemencia—. Stefanie se ha adueñado de todo lo que he querido.

Betty se tomó su tiempo para responder. Apartó a Peyton, y volvió a abrir el equipaje para empezar a colocar las prendas en el armario.

—¿Te refieres a Malcom?

—No —negó, apartando la mirada.

—No mientas, te conozco demasiado bien.

—Stefanie no le apuntó con un arma —replicó dolida.

—Lo sé, y pienso que mi sobrino fue un estúpido, aunque tampoco te merecía

—confesó—. Creo que en el fondo has sido afortunada.

—¡Betty!, ¿cómo puedes decir eso? —la recriminó—. Yo le amaba.

—Y desgraciadamente lo sigues haciendo —profetizó Betty, apenada—. ¿Qué pasa con ese hombre con el que estabas saliendo? —indagó.

—Quiero a Kevin —rebatió Peyton, vehemente, mientras se sentaba sobre el colchón.

Y en verdad lo hacía, pero a pesar de sus esfuerzos, no podía negar que cuando había visto a Malcom el suelo había temblado bajo sus pies. Había luchado contra ese sentimiento durante años, pero parecía que no lo había logrado.

Betty dejó la última camiseta en la cómoda, y se sentó a su lado. Con cariño, echó un brazo por encima de los hombros de la joven.

—Olvídate de Malcom, mereces ser feliz. Reconcíliate con tu padre y vuelve a tu vida.

—Eso diría mi tía Corin.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Betty al recordar a la mujer.

—Corin siempre fue una mujer inteligente. Ahora lávate la cara y baja a comer.

Peyton sonrió y le dio un sonoro beso en la mejilla antes de seguir sus órdenes.

### Capítulo 3

La insistente melodía del móvil despertó a Peyton, que frotó su rostro con una mano, antes de manotear sobre la mesilla hasta dar con el responsable de su mal genio. Por pura mecánica accionó el botón verde de la pantalla.

—¿Diga? —preguntó somnolienta.

—*Soy Connie —Se anunció su ayudante, y amiga, desde la agencia de decoración donde ambas trabajaban.*

—*Cielo*—la llamó Peyton, mientras se incorporaba en la cama—, ¿sucede algo? —preguntó con preocupación.

Había tenido que dejar a medio acabar un proyecto para regresar a casa, y no estaba muy cómoda con la situación.

—*La señora Lionel está que echa humo por las orejas* —anunció la joven.

Peyton se llevó la mano a la frente al escuchar sus palabras. Conocía bien a Vivian, no por nada llevaba más de tres meses comiendo o cenando con ella a diario para hablar sobre la restauración de su mansión. Era muy exigente y tenía un genio de mil demonios.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó, temiendo la respuesta.

—*El contratista debió de perder las muestras del papel pintado que le diste... y decidió elegir él mismo otro.*

—¡Mierda! —exclamó Peyton con voz cargada de ira.

Abandonó la cama con celeridad y cogió el primer vestido que encontró en el armario y lo colocó sobre su cabeza para ajustarlo a su cuerpo, mientras hacía malabares con el teléfono en la mano.

—*Peyton, necesito que me mandes los datos del modelo que elegiste.*

—Por supuesto —aceptó, mientras se colocaba las sandalias—, ahora mismo, lo tengo guardado en el correo.

—*Peyton, te echo de menos* —comentó la joven, que parecía cansada.

—Estaré de vuelta cuando menos lo imagines —Intentó animarla—. No tengas miedo —La aconsejó—, estás sobradamente preparada —Alentó a la joven.

—*Gracias* —replicó Connie, emocionada ante sus palabras.

—Bueno, voy a ponerme en marcha para que te llegue cuanto antes. No sé si mi padre habrá entrado en la era digital —comentó con humor antes de despedirse.

Tras peinarse y afeitarse, salió de la habitación y bajó atropelladamente la escalera. Su objetivo era el despacho de su padre. Se dirigió hasta la puerta, rezando porque tuviera un ordenador e internet. Colocó la mano sobre el pomo, cuando escuchó tronar la voz de Malcom en el interior. No movió ni un solo músculo, no quería enfrentarse a él en aquel momento, y para ser más precisos: nunca. Pero eso no fue lo que evitó que entrara, si no los gritos que escucho a continuación, y que llegaron nítidamente hasta sus oídos.

—¡Maldita sea! Te he dicho que casi lo tengo.

Silencio.

—El viejo firmará y el complejo será mío. Lo tengo comiendo en mi mano, igual que a la frígida de mi esposa.

Peyton sintió repugnancia al escuchar sus palabras. Estaba claro que hablaba de su padre y hermana, y comprobó que tras largos años, se descubría que no era la única a la que había engañado Malcom. Tensa, abandonó su posición, y cambió de dirección. Tenía que mandar lo prometido a Connie, y estaba claro que no

sería desde casa, por lo que se dirigió al garaje. Esperaba encontrar allí algún coche que usar, porque Walter había conseguido arrancar el viejo *trasto* que había alquilado y se había encargado de devolverlo a la compañía. Sonrió anchamente al descubrir que bajo una lona azul se ocultaba su reluciente *Mini Cooper* de color rojo. Le tenía un gran cariño porque se lo había regalado su padre en su decimoctavo cumpleaños.

Se sentó tras el volante y descubrió que la llave estaba en el contacto, y no dudó en arrancarlo, pero se vio decepcionada cuando nada sucedió. No podía pedir a Walter que lo revisara porque había ido con Betty al pueblo para hacer unas compras. Durante unos segundos dudó sobre cómo proceder, y finalmente accionó el botón que abría el capot y bajó para ojear el motor, por si había algún cable suelto o algo parecido, aunque no tenía ni idea de mecánica.

Tayler aparcó su coche junto a la casa Gregory. Estaba deseoso de sorprender a su tía el día de su cumpleaños. Un regalo la esperaba en el asiento trasero de su todoterreno. Entró por la puerta del servicio, y la llamó, pero no obtuvo respuesta por su parte, por lo que decidió ir hasta el garaje, donde esperaba encontrar a su tío.

Se sorprendió al descubrir una bronceada pierna, que sus ávidos ojos escalaron hasta encontrar la tela de un vestido amarillo canario que ocultaba un bien formado trasero. Del resto de su cuerpo apenas tenía datos, ya que la mujer estaba inclinada sobre el capot de un coche. Sin ser consciente de ello, tragó la saliva que se había formado en su boca al disfrutar de aquellas maravillosas vistas.

Le hubiera gustado acercarse, y situarse a su espalda, apoyando por completo su cuerpo sobre el femenino, y acariciar sus piernas mientras clavaba su... «¡Joder, si ni siquiera sé cómo es esa mujer», se reprendió molesto.

Llevado por esa misma curiosidad se acercó, para descubrir un pelo rubio oscuro, y un perfil de nariz respingona, adornada por unas imperceptibles pecas, que conocía demasiado bien.

—¡Mierda! —la escuchó exclamar, y no pudo evitar sonreír.

—¿No me digas que sabes de motores? —preguntó con humor.

Peyton se sobresaltó al escuchar la voz de Tayler, y en un movimiento reflejo se irguió, logrando con su movimiento dar con su cabeza en el metal sobre su cabeza.

—¡Ahhh! —exclamó dolorida, mientras sus ojos se encontraban con el rostro del culpable de sus penurias.

Una sonrisa se dibujó en los labios de Tayler, que permanecía cómodamente apoyado sobre el coche del señor Gregory, un *Ford Shelby GT350* de 1965, situado a pocos metros.

Peyton al ver sus labios curvados, y su mirada jocosa, explotó.

—¿No tienes casa? —Le reclamó molesta.

—Por supuesto —contestó Tayler, mientras se acercaba hasta ella, apartándola a un lado para estudiar el motor.

—Entonces: ¿qué haces aquí? —preguntó mientras se mesaba la cabeza, donde se había dado el golpe.

—Vine a ver a mis tíos —explicó, mientras comprobaba que no había nada fuera de su lugar. Luego se dirigió al interior del vehículo, y finalmente dio con el botón del corta corriente.

—Pues no están —indicó Peyton, que se había aproximado hasta la puerta abierta—, han ido al pueblo.

Tayler se sintió contrariado. En más de una ocasión había intentado convencer al matrimonio para que se jubilaran y disfrutaran de la vida. Su tía siempre tenía la misma respuesta, el señor Gregory los necesitaba. Cómo si a ese viejo le importaran sus tíos,

rumió molesto. Con movimientos bruscos abandonó el vehículo y cerró la puerta con fuerza.

—Ya está arreglado —soltó, mientras se encaminaba a la salida.

Peyton no salía de su asombro. Su comportamiento había cambiado como la noche y el día.

—Espera, Tayler —le llamó, sin saber muy bien el porqué.

Tayler detuvo sus pasos, pero siguió dándole la espalda.

—¿Qué? —preguntó con malos modos.

—Gracias.

Tayler se tensó, era la primera vez que recibía una palabra amable de aquella mujer, y no estaba acostumbrado.

—De nada —respondió, antes de seguir con su camino.

Peyton no pudo evitar que su mirada se posara en la espalda masculina, mientras él se alejaba. Una sensación extraña recorrió su cuerpo. No podía negar que era un hombre demasiado atractivo, y sus ojos se fijaron irremediamente en su bien formado trasero. Se amonestó mentalmente al ver el giro que habían tomado sus pensamientos. Molesta, recordó la urgencia de Connie, tenía que mandarle lo prometido. Se giró, apartando la mirada de Tayler, y se dirigió al coche. Tras sentarse tras el volante arrancó el motor, y disfrutó de su rugido.

Blackwood seguía tal cual lo recordaba. Las casas se alineaban a ambos lados de la calle principal, y al llegar al centro comprobó que muchos de los comercios que evocaba en su memoria se mantenían en su lugar, conviviendo con otros nuevos. Aparcó junto al ayuntamiento, y no dudó en acercarse hasta un edificio de oficinas donde sabía que trabajaba su mejor amiga.

La secretaria la recibió con una sonrisa, y le dio paso al despacho, donde como esperaba, encontró a Rebeca. Su amiga permanecía concentrada en unos documentos que reposaban sobre la mesa. Estaba tan enfrascada en ellos que no se percató de su presencia.

Rebeca no había cambiado mucho en aquellos años; llevaba su precioso cabello castaño recogido en un desordenado moño que se sustentaba gracias a un bolígrafo. Las gafas de pasta marrón permanecían suspendidas sobre su nariz respingona, y sus ojos, color chocolate, estaban perdidos entre las líneas del escrito que estudiaba.

Un silencio sepulcral invadía el lugar.

Peyton se acercó hasta el escritorio, y esperó a que su amiga fuera consciente de su aparición, pero al ver que no era así, no dudó en soltar su bolso sobre la superficie de madera, causando un gran estruendo.

Rebeca se sobresaltó, y la miró con el ceño fruncido, pero al reconocer a Peyton, una amplia sonrisa se dibujó en sus labios. Cerró la carpeta ante sí, y se levantó de la butaca que ocupaba para acercarse hasta ella.

Ambas se fundieron en un estrecho abrazo antes de hablar.

—Peyton, que alegría, no sabía que estabas aquí —dijo Rebeca, mientras le indicaba que se sentara frente a ella.

—Fue una decisión de última hora —respondió Peyton—, mi padre está ingresado.

La incredulidad se dibujó en el rostro de su amiga.

—No sabía nada —respondió Rebeca mortificada.

Peyton no la culpó, sabía que su familia se habría asegurado de que nadie advirtiera lo que sucedía.

—No te preocupes, creo que nadie está al corriente.

—¿Cómo se encuentra?

—Ha estado muy grave, pero se está recuperando.  
—Cuando lo siento. —Y en verdad lo hacía, a pesar de que conocía bien al señor Gregory—. ¿Cómo te recibió?  
Peyton no se molestó en disimular. No había secretos entre ellas pese a la distancia y los años. Se mantenían en contacto a través de las redes y una vez por semana se llamaban por teléfono.  
—Me echó de la habitación a patadas.  
—Ya sabes que tiene un humor de mil demonios.  
—Lo sé, y por eso no me he marchado. Mañana volveré a visitarlo.  
—¡Esa es mi chica! —exclamó Rebeca, jaleándola.  
—¿A qué hora terminas?  
—A las ocho —contestó consultando su reloj.  
—Podríamos cenar juntas. —La invitó, deseosa de compartir mil cosas con su amiga.  
—Me encantaría, pero ahora tengo que seguir trabajando —Se lamentó Rebeca.  
—Eso me recuerda que tengo que pedirte un favor —dijo Peyton.  
—Lo que necesites.  
—Tengo mandar un correo urgente.  
—¡Claro! —exclamó Rebeca, mientras le tendía la funda de su portátil—, ahora no voy a necesitarlo.  
—Gracias, preciosa —Le agradeció Peyton—, serán cinco minutos. En cuanto acabe iré a dar una vuelta por el pueblo.  
—No vas a encontrar nada nuevo, todo sigue tal cual lo dejaste —comentó, demostrando el aburrimiento que aquello le provocaba.  
—Aún así lo he extrañado —comentó Peyton, abandonando su silla—. Y ahora me marcho, no quiero hacerte perder el tiempo.  
—Te lo agradezco, tengo un caso complicado —indicó—. La señora Rochester ha denunciado al señor Walter. Dice que sus rosales se han secado porque los ha envenenado su vecino. Como ves, un caso muy interesante —comentó con humor.  
—¿No será que siguen enamorados? —replicó Peyton desde la puerta.  
Ambas prorrumpieron en sonoras carcajadas ante la broma, ya que la rivalidad existente entre ambos vecinos era conocida desde tiempos inmemorables.

## Capítulo 4

Tayler llegó frente a la casa que estaba restaurando y se maravilló de lo que sus hombres habían logrado en tan pocas semanas. El tejado nuevo no desentonaba con las paredes de madera pintadas de azul plomo, y las ventanas habían sido lijadas y pintadas en blanco tras colocar cristales nuevos. En el interior habían conservado el suelo de madera, simplemente lo habían acuchillado y vuelto a barnizar. Sus hombres ahora trabajaban en la cocina, en la que tenían que integrar unos muebles que no discreparan con el resto del estilo.

La vivienda que poseía la señora Davidson, y que había pertenecido a su familia desde que fue construida poco después de la Guerra de Secesión, era fantástica. Había aceptado aquel trabajo porque para él era un reto conseguir remodelar un lugar con historia. En los últimos años se había dado a conocer por sus trabajos de restauración, y cada vez eran más los clientes que lo buscaban para dar nueva vida a viejas edificaciones.

Entró por la puerta y buscó a Connor, su jefe de obra. Le encontró en el amplio salón, donde estaba empapelando las paredes con un hermoso motivo vintage.

—Jefe —le llamó su hombre al verle en el umbral—, pensé que aún estarías en Mobile.

—Acabo de llegar —contestó escuetamente—. ¿Cómo van los trabajos?

—Viento en popa —contestó Connor con orgullo—, terminaremos un par de semanas antes de lo previsto.

—Bien, Connor, habrá una compensación económica por el esfuerzo que habéis realizado. Díselo a los chicos —comentó Tayler contento.

Se acercó a la pared, e inspeccionó las juntas del papel con satisfacción. A lo largo de los años había formado un gran equipo que se compenetraba a la perfección, y eso le llenaba de orgullo.

Tras revisar los últimos avances, volvió a subir a su coche para dirigirse a la oficina. El tiempo que habían ganado en la casa Davidson le daba un margen importante para estudiar otros proyectos que tenía pendientes. Al llegar se encontró con que Débora no estaba, cosa habitual en ella, y no le dio la mayor importancia.

Se metió en su despacho, en busca de algo de paz, tras un día extraño.

Sobre la mesa encontró un sobre marrón a su nombre. Suspiró, frustrado, cuando en el remitente leyó el nombre de su hermano. Le molestaba que no se lo hubiera entregado en mano, cuando lo había visto aquella misma mañana. Nunca se había llevado excesivamente bien con Malcom, pero desde que se había casado con Stefanie su prepotencia había escalado niveles insostenibles, convirtiéndole en un *snobal* que no soportaba.

Desgarró el papel, y se encontró con los planos del nuevo proyecto. A pesar de trabajar para la cadena hotelera Gregory, y haber *retocados* sus últimas adquisiciones, era el primer trabajo de tal envergadura al que se enfrentaba. Estaba dispuesto a asumir aquel reto, y ya se imaginaba restaurando las históricas cabañas junto al lago Roswell.

Extendió los pliegos sobre la mesa y los escrutó. Se sorprendió al descubrir que nada de lo que sus ojos veían tenía que ver con lo que había hablado con el señor Gregory. Las cabañas permanecerían en su lugar, junto al edificio principal, pero la piscina sería sustituida por un helipuerto. Su hermano parecía tener planes muy diferentes a los de su suegro, que quería renovar cada una de las pequeñas casas de madera.

No pensaba mover un solo dedo hasta hablar con el dueño, no quería intervenir en un

asunto que no le incumbía. Volvió a plegar el documento, y lo guardó en un cajón antes de apagar la luz y cerrar la puerta de la oficina. Estaba cansado y hambriento, por lo que decidió ir al restaurante de Rosemary para cenar.

La dueña del local lo recibió con una sonrisa, y le indicó que se sentara en su sitio habitual, situado junto a la puerta.

Tayler tomó la carta y se decidió por una hamburguesa doble, con patatas, y una cerveza. Sabía que eran demasiadas calorías, pero no le costaría demasiado deshacerse de ellas al día siguiente, en la obra. Le gustaba trabajar mano a mano con sus hombres, a pesar de que no era necesario. Para él era importante no perder el contacto con una faena de la que disfrutaba.

Estaba degustando el primer trago de la espumosa bebida, cuando la puerta se abrió para dar paso a Rebeca, acompañada por Peyton. De nuevo sus ojos quedaron hipnotizados por las curvas de la joven, imaginando que sus manos las recorrían.

Desechó tales pensamientos y desvió la mirada, maldiciéndose, dispuesto a ignorar la presencia de las amigas. Pero la voz de Rebeca, situada a su lado, le sorprendió.

—Tayler —le llamó su abogada—, tengo que hablar contigo.

El aludido dejó la jarra sobre la mesa, y elevó su mirada para encontrarse con la de Peyton, que parecía tan incómoda como él.

—¿Sucede algo? —preguntó a Rebeca, preocupado.

—Nada, solo que necesito los planos del complejo Roswell para solicitar los permisos que me pediste.

Tayler se sintió molesto porque sacara el tema delante de Peyton, pero no quería darle una importancia que no tenía.

—Por supuesto, Rebeca, mañana me pasaré por tu despacho y hablamos del asunto.

—Te lo agradecería, ando desbordada de trabajo. ¿Quién es el arquitecto?

—Donovan Stuart —pronunció, con una sonrisa en los labios.

Rebeca torció el gesto, como Tayler esperaba. No era un secreto, y menos en un pequeño pueblo como aquel, que ambos se llevaban a matar.

—Espero que no haya ningún problema —añadió.

—Tayler, no te prometo nada —Fue la escueta respuesta de Rebeca—. Mañana hablamos.

—Por supuesto, que disfrutéis de la cena —deseó educadamente.

Por parte de Rebeca recibió una sonrisa agradecida, pero Peyton ni se molestó en despedirse. Se encaminó con paso altivo hasta su mesa, como si fuera una reina, y abrió la carta para ocultar su rostro. Siempre le había parecido una chica insufrible, y parecía que con el paso de los años nada había cambiado.

Rebeca se decantó por una ensalada de marisco, mientras Peyton no pudo resistirse a una ensalada César, con la que había soñado en muchas ocasiones. La había pedido en innumerables ocasiones en Montgomery, pero nadie le daba aquel toque especial de Rosemary.

Cuando le sirvieron las bebidas, y la camarera se alejó, Rebeca estudió el rostro de su amiga antes de hablar.

—¿Qué te pasa con Tayler? ¿No puedes enterrar el hacha de guerra en el pasado? —preguntó curiosa.

—Perdona, pero no es solo cosa mía —Se defendió.

—No te niego que Tayler era insoportable cuando íbamos al instituto, pero ha pasado mucho tiempo. Es un buen hombre...

Peyton hizo un gesto con su mano para que Rebeca dejara de hablar.

—Por favor, no hagas de abogado del diablo.



Rebeca sonrió al escuchar sus palabras.

—Como chiste está muy bien —dijo, por la alusión a su profesión—, pero te aseguro que Tayler ha cambiado.

—Claro, pero recuerda que yo era el blanco de sus pullas, y no perdía ocasión para ridiculizarme en cuanto tenía ocasión.

Rebeca se mesó la barbilla, pensativa, antes de hablar.

—Siempre pensé que en el fondo le gustabas, y por eso se comportaba así.

—¡Por Dios! —exclamó Peyton exaltada—. Deja de decir sandeces, y no bebas más vino —dijo, señalando la copa a medias de su amiga.

—Tú di lo que quieras, pero no cambiaré de opinión —respondió Rebeca, con una media sonrisa en sus labios.

Tayler intentó ignorar la presencia de las amigas, pero su mirada se desviaba hasta su mesa sin su consentimiento. Engulló la hamburguesa gustoso, y picoteó las patatas, pero solo deseaba marcharse.

Estaba a punto de levantarse de la mesa, tras pagar la cuenta, cuando la inesperada llegada de Débora lo retuvo. La rubia, envuelta en un ajustado vestido azul cobalto, se sentó frente a él sin pedir permiso. Sus sugerentes labios rojos le dedicaban una seductora sonrisa.

—Deb, ¿qué haces aquí? —le preguntó, sin demasiada delicadeza, no estaba de humor para sus juegos, y menos en el restaurante más concurrido del pueblo.

La rubia lo miró, sorprendida, pero no se amilanó ante su enfado.

—No te he visto en todo el día.

—He estado muy liado, y cuando fui a la oficina ya no estabas.

No quería recordarle de nuevo su horario laboral. No era la primera vez que desaparecía de su puesto a su antojo.

—Tuve que ir a llevar unos documentos al ayuntamiento.

Tayler sabía que mentía, pero no quería discutir.

—Bien, ¿qué quieres?

—Creí que íbamos a cenar juntos —Le recriminó.

—Deb, hoy no estoy de humor.

La joven sabía que no mentía, su ceño fruncido lo demostraba, pero quería pasar la noche con él y no cejaría en su empeño.

—Tayler, yo puedo solucionar eso.

—No lo creo —rebatió el aludido, antes de dar el último trago a su cerveza.

Tayler no quería reñir con Débora, y menos delante de Peyton, por lo que se levantó del asiento, y la animó a salir del local para seguir con la conversación que mantenían en el exterior.

Peyton avistó a la rubia en cuando entró, y no pudo apartar la mirada de su persona al descubrir que se sentaba en la mesa de Tayler. Él parecía de mal humor, pero la joven no dejaba de mirarle como si se tratara de pastel que se fuera a comer.

—¿Espionando al innombrable?

La voz de Rebeca la sobresaltó.

—No sé a qué te refieres.

—Vamos, Peyton, no soy tonta. Es Débora, su secretaria —la informó.

—¿Y a mí que me importa? —replicó Peyton molesta.

—No lo sé, pero parece que quisieras cogerla de los pelos.

—Rebeca, por si no lo recuerdas, tengo un novio esperándome en Montgomery.

—Claro, Kevin, estoy deseando conocerle. ¿Cuándo llegará *don Perfecto*? —indagó Rebeca, elevando una de sus cejas.

—De momento no quiero que lo haga. Si mi padre se recupera, volveré a mi vida.

—¿No piensas presentárselo a la familia? —preguntó Rebeca con extrañeza.  
—No quiero que salga corriendo —replicó Peyton con humor.

Cuando llegó a casa, Peyton agradeció no encontrarse con nadie. Subió a su dormitorio y se dio un baño caliente. En algún momento del día alguien había reparado su baño, cosa que agradeció. Había sido un día largo, y el próximo no iba a ser mejor porque pensaba visitar a su padre.

Estaba desenredando su pelo, cuando su teléfono comenzó a sonar con insistencia. Se trataba de su tía, y dudó unos segundos antes de contestar.

—Tía Corin, que sorpresa —contestó con voz cantarina.

—*¿Cuándo pensabas decirme que estás en Blackwood?* —soltó Corin directa.

Peyton se mordió el labio inferior, sabiendo que había disgustado a su tía. Le dolía enormemente discutir con ella. Cuando había huido años antes, su tía la había acogido sin preguntar.

—Ha sido todo muy repentino, papá sufrió un infarto —explicó.

—*No me hagas reír — objetó Corin mordaz—, Raymond no tiene corazón —atacó directa.*

—Por favor, tía, no te enfades conmigo —le rogó.

Al otro lado de la línea se escuchó un sonoro suspiro.

—*Está bien, mi pequeña, pero no tardes en regresar. No quiero que esas víboras te coman.*

Una triste sonrisa se dibujó en los labios de Peyton.

—No lo permitiré, ahora sé defenderme.

—*No lo dudo, cielo, pero te quiero demasiado como para verte sufrir de nuevo.*

—Y yo a ti —replicó Peyton, notando como se formaba un nudo en su garganta.

—*Estaré preocupada, mantenme informada —replicó su tía.*

—Lo haré, besos —prometió antes de cortar la comunicación.

## Capítulo 5

Su segunda visita al hospital no fue tan dura como Peyton esperaba, y sospechaba que tenía que ver con que su hermana no había estado presente. La semana se sucedió con rapidez y cada día el enfermo parecía más recuperado. El día que le dieron el alta sintió alivio al pensar que podría regresar a su vida, al igual que las pobres enfermeras que habían tenido que hacerse cargo del despótico señor Gregory.

Había intentado retrasar su encuentro con Stefanie y Malcom, tras lograr evitarlos durante días, pero aquella noche no le quedaba más remedio que asistir a la cena familiar. El patriarca había organizado aquella reunión, y no estaba dispuesta a darle motivos para volver a criticarla, cosa que hacía cada vez que tenía ocasión.

Cuando entró en el amplio comedor todos estaban sentados, cosa que provocó que su padre le dedicara una mirada llena de reproche por su tardanza.

Su progenitor ocupaba la cabecera de la amplia mesa de roble, situada en el centro de la habitación. A su derecha se sentaba Malcom, que estaba demasiado atractivo con aquel traje de rayas diplomáticas que resaltaban su cuerpo esculpido. A su lado, Stefanie lucía un vestido verde jade que resaltaba el color de sus ojos. Se sintió ridícula con aquel sencillo vestido rosa que había elegido aquella tarde para estar cómoda.

Le sorprendió que junto a su asiento, que esperaba ser ocupado, se encontrara Tayler. Maldijo su mala suerte, pero no dudó en sentarse. Él vestía unos vaqueros oscuros y una camisa azul que resaltaba el moreno de su piel. Al menos no era la única que había decidido ponerse un estilo menos formal, cosa que agradeció.

—Perdón por haceros esperar —Se disculpó.

—¿En Montgomery no conocéis la formalidad? —cuestionó su hermana con una sonrisa en los labios.

—Por supuesto, pero suelo cenar sola —le rebatió Peyton molesta.

—¿Y ese novio que tienes? —continuó Stefanie, decidida a desquiciarla a su hermana, cosa que había hecho gran parte de su vida.

—Kevin trabaja mucho —le excusó incómoda.

—¿Kevin? —preguntó la voz de Malcom, sobresaltándola—. No sabía que salías con alguien, ¿a qué se dedica?

—Es fiscal del distrito —indicó escuetamente.

—¡Vaya! —exclamó su padre, hablando por primera vez—, eso no nos vendría nada mal para el negocio.

—Papá... —Iba a protestar Peyton, pero el anciano no se lo permitió.

—Ya era hora de que eligieras bien.

—Perdone, señor Gregory —sonó la voz de Tayler, sorprendiendo a los presentes con su interrupción—, creí que me había invitado para hablar sobre los arreglos del hotel de la bahía.

—Por supuesto, muchacho —respondió, Raymond, con una sonrisa en los labios—, no queremos aburrirte con nuestras cuitas familiares.

Finalmente, los hombres se enfrascaron en una conversación sobre hoteles y reformas, cosa que Peyton agradeció, a pesar de que no le importaba el negocio familiar. Ahora que su padre se había repuesto solo deseaba regresar a su rutina y a su hogar. La noche anterior había hablado con Kevin, que la había confesado que la extrañaba, y ella solo deseaba que la abrazara para sentirse reconfortada.

Jugueteó con la tarta de queso de su plato, deseando que acabara la dichosa cena para poder escapar al refugio de su dormitorio, pero la voz de su hermana la sobresaltó en aquel momento.

—Peyton, el viernes es la fiesta benéfica que organizamos todos los años. ¿Estarás

para entonces? —preguntó, mientras se limpiaba los labios con la impoluta servilleta blanca.

La aludida deseó que la tierra la tragara, más cuando la mirada inquisitiva de su padre se clavó en su persona.

—No lo creo, pensaba marcharme el jueves.

—¡Peyton! —exclamó Stefanie teatralmente—, no puedes faltar, es por una buena causa.

—¿Y cuál es? —preguntó forzada, sin levantar la mirada de su plato.

—En esta ocasión lo recaudado se destinará a la restauración del hogar para huérfanos de la bahía.

—Stefanie, no insistas —comenzó su padre—, sabes tan bien como yo que tu hermana no se solidariza con ninguna causa que no sea la propia.

—Papá, no es así —intentó defenderse.

Era consciente de que su hermana pretendía acorralarla para que hiciera lo que ella quería. No era la primera vez que la ponía en evidencia delante de los demás para lograrlo, pero finalmente se resignó a asistir a una de aquellas tediosas veladas.

—Entonces, ¿te quedarás? —interrogó su progenitor.

—Por supuesto, papá.

—Tayler, tu también estás invitado —prosiguió Raymond, volviendo a ignorar a su hija.

—Señor, no creo que sea conveniente —intentó excusarse Tayler, aunque sabía de la cabezonería del anciano.

—Muchacho, por supuesto que lo es, hace falta sangre fresca en esas reuniones empresariales.

—No me considero como tal.

—Hijo, tienes un próspero negocio y no dejan de lloverte los contratos, no deberías ser tan modesto.

—Señor...

—Queda dicho, el viernes quiero verte allí. ¿No tienes una bella acompañante?

—indagó curioso, con una sonrisa en los labios.

—No, iré solo.

—Tayler, deberías buscar una buena mujer.

Una sonrisa burlona se dibujó en los labios de Malcom, cosa que molestó a su hermano, pero no pensaba ceder a sus pullas como había hecho Peyton con su hermana.

—Tranquilo, señor Gregory, en cuanto tenga a la candidata se la presentaré.

—Bien hecho, solo espero que tengas tanta suerte como Malcom, mi pequeña era el mejor partido del condado.

Ante el comentario de su padre, Peyton se sintió como el patito feo del cuento. Hubiera deseado levantarse en aquel momento, pero no quería darle aquella satisfacción a Stefanie, que sonreía resplandeciente.

Peyton respiró cuando al fin estuvo en la tranquilidad de su dormitorio, donde cogió su móvil y marcó el número de Kevin. Esperaba que hablar con él mejorara su estado de ánimo, pero tuvo que repetir varias veces la acción antes de que al otro lado de la línea hubiera respuesta.

—*Peyton, estaba deseando escuchar tu voz.*

Sus palabras le hicieron sentirse mejor.

—Kevin, te extraño.

—*Y yo a ti, mi amor. ¿Cuándo vuelves?*

—Pensaba regresar en un par de días, pero la cosa se ha complicado.

—*¿Tu padre? —Aquel hombre la conocía demasiado bien.*

—Tengo que asistir a una cena benéfica el viernes —comentó pesarosa— ¿No podrías

venir? —le rogó.

—Cielo, no puedo, lo siento. El lunes tengo un juicio que debo estudiar el fin de semana.

Peyton se sintió más frustrada que nunca, y Kevin pareció percibirlo.

—Eres una mujer fuerte, podrás con ello, mi amor.

—Lo intentaré.

—Espero verte la semana que viene, te quiero.

—Y yo.

El pitido de la línea le indicó que Kevin había colgado. Se sintió sola y fría por dentro, pero sería la mujer fuerte que él quería, aunque no se sintiera como tal.

\*\*\*

No tenía nada que ponerse para la dichosa fiesta, por lo que no le quedó más remedio que ir hasta la Bahía de Mobile en busca de un vestido. Rebeca le había recomendado una reconocida tienda de la ciudad, y tras probarse varios diseños, se decidió por uno de color azul media noche, confeccionado en gasa. Se ajustaba perfectamente a su cuerpo, y al llegar a sus caderas se abría formando un vaporoso volante. El escote palabra de honor dejaba al descubierto sus hombros.

Cuando vio su reflejo en el espejo, se encontró hermosa, y no pudo resistirse a comprarlo. En una tienda cercana encontró unas delicadas sandalias del mismo color, cuyas tiras estaban recubiertas con algunos brillantes, y las añadió a su lista de adquisiciones.

Cansada, y sin demasiadas ganas de volver a casa, decidió almorzar en un restaurante italiano que conocía de siempre. Hacía buen día, el sol resplandecía en toda su plenitud, y decidió sentarse en la pequeña terraza situada en una plaza frente al puerto. Tras ojear la carta se decidió por unos tallarines carbonara, ensalada con mozzarella y una copa de vino rosado. Disfrutó de la comida y el vino consiguió relajarla, pero cuando estaba degustando una porción de tarta de chocolate, alguien palpó su hombro, y una voz que conocía demasiado bien susurró a su oído.

—¿Aún recuerdas la última vez que cenamos en este restaurante?

—Malcom —lo nombró, girando su rostro para encontrarse con sus ojos—, ¿qué haces aquí?

Su cuñado vestía un costoso traje de diseño italiano, como era su costumbre, y su camisa blanca hacía resaltar su piel bronceada. Sus ojos, tan oscuros como la noche, la atraparon sin remisión. Era un hombre que irradiaba sensualidad, y lo sabía. Sin pedir su permiso se sentó frente a ella, despreocupadamente.

—Tenía una reunión importante en el hotel Albany ¿Y tú?

—Yo... —balbuceó con nerviosismo—. Necesitaba un vestido para ponerme el viernes.

A Peyton no le gustaba su cercanía, sus rodillas se rozaban bajo la pequeña mesa que ocupaban.

—Cielo, tú no necesitas florituras para estar hermosa —comentó, mientras rozaba su rostro con sus dedos.

—Agradezco tus halagos, pero no los necesito —contestó molesta, apartándose todo lo que pudo de su cercanía.

—¿Aún te pongo nerviosa? —preguntó Malcom, respaldándose cómodamente sobre la silla.

—De eso hace demasiado tiempo —replicó molesta.

—Para mí es como si hubiera sucedido ayer. Me encantaba como gemías cuando te llenaba con...

—¡Cállate! —le ordenó Peyton con voz estridente.

Se sintió enfermar, oteó a su alrededor y agradeció que el resto de comensales no hubieran escuchado sus palabras.

—Oh, vamos, no me digas que ese Kevin te hace sentir lo mismo que yo.

—Te recuerdo que estas casado con mi hermana.

—¿Y? —replicó Malcom elevando una de sus cejas.

—¿No conoces el respeto? —Peyton no salía de su asombro.

—Por supuesto, pero me gusta recordar los viejos tiempos.

—Eres un cerdo —exclamó Peyton, abandonando la mesa, mientras buscaba nerviosamente unos billetes en su cartera para pagar la cuenta.

—No seas tal remilgada, tarde o temprano acabaremos en la habitación de un hotel.

—Sigue soñando —replicó la joven antes de coger sus bolsas, y salir atropelladamente de la pequeña terraza.

Malcom seguía sonriendo cuando Peyton ya había desaparecido de su vista. Sabía que tarde o temprano volvería a caer entre sus brazos, y solo con imaginarlo una parte de su anatomía se ponía dura como la piedra. No estaba dispuesto a negarse el placer de volver a poseerla.

Ninguna mujer le había hecho sentir como Peyton. Su esposa era fría como el hielo, y bajo las sábanas era como un muerto, pero sabía que era la favorita de Gregory, por lo que había tenido que decidirse por ella a la hora de hacer un buen matrimonio.

Cuando el camarero se acercó para consultarle si deseaba algo, Malcom negó y se levantó del lugar que ocupaba. Miró la hora que marcaba su reloj de oro, y se percató de que llegaba tarde a su cita.

## Capítulo 6

Peyton luchaba con su larga melena, intentando hacer un recogido imposible sobre la cabeza. Frustrada, volvió al soltar su cabello, y de nuevo dudó sobre asistir o no a la ceremonia benéfica. Volvió a coger el cepillo cuando la puerta se abrió para dar paso a Betty, que la observó admirada.

—Mi niña, estás preciosa.

—Lo estoy intentando, pero mi pelo es un desastre.

La mujer se acercó a ella y tomó el cepillo de sus manos, indicándole con un gesto que se sentara frente al tocador. Desde que era una niña había disfrutado de aquel ritual, ya Peyton nunca había tenido paciencia con los enredos que se formaban en su lisa melena.

Minutos después, Peyton se maravilló del elaborado recogido que ensalzaba la línea de su cuello. Betty siempre conseguía lo que a ella se le antojaba imposible con un mínimo esfuerzo.

—¡Es increíble! —exclamó agradecida.

—Ahora solo queda que te maquilles.

—Betty, no sé si es buena idea que asista —dudó, mientras se mordía el labio inferior.

—¿Y eso por qué? —cuestionó la mujer, frunciendo el ceño.

—No me apetece, siempre me he sentido como un pato en esas reuniones.

—¿No será que tienes miedo a tu hermana? —indagó Betty, segura de conocer la verdad.

—¿Por qué habría de hacerlo? —cuestionó Peyton molesta.

—Desde que erais unas niñas siempre habéis rivalizado. Quiero a tu hermana, no lo puedo evitar, pero sé que disfruta minando tu autoestima. ¿Vas a permitirlo?

Peyton se sintió fastidiada por sus palabras, pero sabía que tenía razón. Ya no eran unas niñas, y no iba a permitir a Stefanie que la infravalorara. Resuelta, cogió su pequeño neceser de cosméticos, y sacó el maquillaje para aplicarlo en su piel.

Betty sonrió al ver su acción, y se decidió a salir del dormitorio, satisfecha con lo logrado.

Al entrar en la sala de conferencias del ayuntamiento, Peyton se sintió de nuevo insegura, pero cuando se encontró con Rebeca, que se sentaría en su misma mesa, se sintió mejor. Varias personas de la comunidad la saludaron amigablemente, como si en su ausencia la hubieran extrañado, y eso le dio aliento necesario para sobrellevar aquella noche.

La cena transcurrió en armonía, y Peyton disfrutó de la misma al estar sentada junto a muchos conocidos de su juventud. Fueron muchas las anécdotas que pulularon por la mesa, y más las risas que se compartieron. Su estado de ánimo había cambiado en pocas horas, e incluso agradeció estar allí, pero todo aquello cambió al ver subir a su hermana al pequeño escenario situado al final de la sala.

Al ser una de las organizadoras de la velada se le había encomendado el papel de anfitriona. Comenzó subastando algunas piezas de arte, donadas por algunos conciudadanos, y finalizó subastando *cit*as con algunos de los rostros más atractivos de la comunidad.

Cual no fue su sorpresa cuando escuchó su nombre surgir. Peyton deseó ser transparente en el instante en el que Stefanie lo pronunció. Aquel demonio de mujer la había colocado en un aprieto. ¿Cómo se le ocurría ofrecerla para ese tipo de subasta sin su consentimiento?, se preguntó, aunque bien sabía la respuesta; la odiaba y sabía que aquella acción la molestaría.

Los aplausos sonaron en el salón, y varias voces la jalearon, animándola a subir al escenario para reunirse con su hermana y el resto *desubastados*. No le quedó más remedio que levantarse, a pesar de que todo su cuerpo temblaba como una hoja, y caminar hasta las escaleras que conducían al lugar. Entre el murmullo subió con piernas temblorosas.

—Aquí tenemos a nuestra querida Peyton —Sonó la voz de Stefanie frente al micrófono—. Estoy segura de que estará encantada de tener una cita para ayudar al hogar de huérfanos de la bahía. Señores, no pierdan la oportunidad de pasar una deliciosa velada con la belleza más consagrada de la comunidad —añadió con malicia mal disimulada—. Empecemos con la puja —dijo dando un golpe con el mazo sobre el atril.

Peyton se sintió ridícula como nunca en su vida, y más cuando la cifra que se ofrecía por cenar con ella empezó a subir de una forma desorbitada. Los minutos se sucedieron como horas, y la guinda del pastel fue cuando la voz de Malcom duplicó la última cifra.

Notó como un sudor frío recorría su espalda desnuda, y más cuando Stefanie estuvo punto de cerrar el acuerdo. No parecía importarle el comportamiento impropio de su marido. Rezó porque el señor Morristown, que era quien había lanzado la última cifra, superara la de su cuñado, pero otra voz la sorprendió triplicando la sustanciosa suma, dejándola con la boca abierta.

«¿Qué pretende Tayler?», se preguntó molesta. Desde la cena en casa de su padre apenas habían cruzado palabra, y ahora se atrevía a pujar por ella. Su mala suerte no podía llegar tan lejos, se dijo frustrada, pero cuando el mazo rozó la madera, para dar por concluida la subasta, dejó de respirar.

—Enhorabuena, señor Jefferson —Tronó la voz de su hermana a su lado—, ha logrado vencer a su hermano. Venga a buscar *supremio*.

El aludido, con rostro serio, se acercó hasta el lugar indicado, y sin muchas ceremonias cogió la cintura de Peyton y la instó a bajar las escaleras entre los vítores de algunos hombres.

—¿Por qué has hecho eso? —siseó Peyton enfadada, intentando liberarse de su agarre.

Eso mismo se preguntó Tayler, pero no tenía respuesta.

—Compórtate —respondió—, todo el mundo nos está mirando.

—Pero... —Intentó rebatir Peyton, pero sus palabras, susurradas junto a su oído, la silenciaron.

—Deberías estar agradecida, ¿o preferías cenar con mi hermano?

—Por supuesto que no —respondió con demasiada celeridad—, pero tampoco necesito que vengas a mi rescate como el caballero de brillante armadura.

Tayler deseó dejarla en medió del pasillo que formaban las mesas, pero la acompañó hasta la que ella ocupaba.

—No has cambiado, sigues siendo una desagradecida —repuso Tayler antes de llegar a la mesa, y sonreír al resto de comensales—. Pasaré a buscarte mañana a las ocho —concluyó antes de separar la silla para que ella se sentara.

Rebeca se moría de ganas de preguntar a Peyton qué era lo que había sucedido, pero sabía que no era el momento, rodeadas como estaban por muchas de sus amigas del instituto, que parecían celosas de lo sucedido. En otro tiempo, ninguna de ellas se habrían fijado en el duro e insufrible Tayler Jefferson, pero ahora, con la madurez, más de una suspiraba por su cuerpo musculoso y aquel rostro que parecía esconder oscuros secretos. Se había convertido en un hombre deseado que irradiaba una sensualidad que no pasaba inadvertida.



Encontró la ocasión cuando ambas fueron al aseo para retocarse el maquillaje antes del baile. Cuando estuvieron solas soltó la pregunta que le quemaba la lengua.

—¿Qué ha sucedido?

Peyton se hizo la desentendida mientras se aplicaba el pintalabios.

—No sé a qué te refieres —respondió.

—Oh, vamos, Peyton, no te hagas la tonta.

—De verdad que no lo sé.

Rebeca se giró y la observó con una sonrisa en los labios.

—¿Qué ha pasado con el enigmático Tayler Jefferson?

—¿Enigmático? —cuestionó la aludida, elevando una de sus cejas.

—Llevas demasiados años fuera de Blackwood —respondió su amiga como si fuera una niña a la que había que explicar todo—. Ese hombre es uno de los más deseados del condado. Me extraña que a tu hermana no se le ocurriera subastarlo también, habría sacado una generosa donación.

—Por Dios, pues no me importaría ceder la cena a esa horda de mujeres —replicó Peyton molesta.

Rebeca, al escuchar sus palabras, no pudo evitar prorrumpir en sonoras carcajadas, más cuando el ceño de su amiga volvió a fruncirse.

Ambas volvieron a la sala. Peyton seguía enfadada por lo sucedido en el tocador, pero Rebeca la ignoró, disfrutando del malestar de su amiga. Sabía que llevaba con Kevin unos cuantos meses, pero no estaba convencida de que ese hombre pudiera remover los sentidos de Peyton. Por el contrario, Tayler despertaba muchos otros, aunque se empeñara en negarlo una y otra vez.

Tan absorta estaba en sus pensamientos que no se percató de que Donovan Stuart se acercaba, con lo cual no pudo evitarlo cuando se plantó frente a ella.

—Buenas noches, Rebeca, tenía que hablar contigo.

La aludida tuvo que elevar la cabeza para poder ver el rostro del reputado arquitecto. Su cabello rubio iba pulcramente peinado hacia atrás, su rostro bronceado resaltaba con la blancura de su camisa, y sus ojos azules estaban clavados en ella.

—Donovan, no tengo ganas de discutir en este momento.

—Ni yo lo pretendo —respondió el hombre con una sonrisa.

Peyton, que estaba a su lado, y que aún seguía irritada por la conversación compartida sobre Tayler, no dudó en hacer una diablura que sabía que a Rebeca podía molestar.

—Creo que lo que en realidad le apetece a mi amiga es bailar —comentó al atractivo desconocido. Él la observó durante unos segundos antes de responder.

—Por supuesto, que descortés por mi parte, ¿bailamos? —ofreció a una estupefacta Rebeca.

Peyton sintió la mirada inquisitiva de su amiga clavada en su persona. Estaba segura que deseaba matarla por lo que había hecho, pero se salvó momentáneamente de su ira cuando Donovan cogió a la joven por la cintura para llevarla a la pista, donde las parejas bailaban animadamente.

\*\*\*

Tayler se maldecía por haber pujado por una cita con la *princesa de Blackwood*, como él solía llamarla en el instituto. No se debía a la sustanciosa suma de dinero que había gastado, era por una buena causa y con eso le bastaba. Incluso se había ofrecido para hacer los trabajos necesarios en el hogar de huérfanos de la bahía gratuitamente. Pero salir con Peyton, a la que llevaba media vida odiando, no entrara en sus planes. Desde su regreso aquel sentimiento de repulsa que experimentaba cada vez que se encontraban se estaba convirtiendo en algo que no sabía definir, y eso le

estaba volviendo loco.

Le hubiera gustado llamar a la casa Gregory para cancelar la cena, pero sabía que si su tía Betty se enteraba, le arrancarían la piel a tiras. Por no hablar de que su hermano se reiría a su costa, cosa que no soportaría.

Suspiró frustrado y se colocó la corbata azulada que había elegido para el traje que solía ponerse para las reuniones de trabajo importantes. No le había quedado más remedio que ponerse elegante porque su cuñada había hecho la reserva en uno de los restaurantes más prestigiosos de la Bahía de Mobile. Tras colocarse la chaqueta gris, que se ajustaba perfectamente a su cuerpo, salió de la casa y cerró la puerta con llave.

La vivienda estaba situada a las afueras del pueblo, cerca de un frondoso bosque. Había pertenecido a sus padres, y a pesar de ser minúscula y haber tenido que hacer muchos arreglos, la adoraba. Mil veces había pensado mudarse a un lugar menos solitario, pero solo con recordar a su madre cocinando frente a la vieja cocina, volviéndose para dedicarle una flamante sonrisa, hacía que desistiera de la idea.

Llegó puntual, como era su costumbre, y se quedó mirando la fachada de la casa Gregory. En aquella semana se había dirigido más veces a aquel lugar que en un año. Bajó de su todoterreno y llamó al timbre. Segundos después su tía le recibió con una sonrisa pícaro.

—¿Has venido a buscar a mi niña? —preguntó la mujer con una sonrisa—. Menuda sorpresa me has dado.

—Tía, no empieces a divagar —la advirtió—. Es por una causa benéfica.

—¿Qué tiene de malo Peyton? Es una joven adorable, además de hermosa.

—Tía Betty... —no pudo seguir hablando porque la anciana le detuvo con un gesto de mano.

—Vale más que esa chica con la que sales, Débora Scott —pronunció su nombre con cierto desprecio— no le llega ni a la suela del zapato.

—No te empeñes, no tengo ningún interés en Peyton. ¿Has olvidado que no nos soportamos?

—¿Y?

—Déjalo, tía, llama a Peyton y dile que la espero en el coche —concluyó, dejando a la mujer estupefacta ante sus palabras, mientras le veía llegar a grandes zancadas hasta su coche.

## Capítulo 7

Por más que se lo propuso, Peyton no pudo evitar ponerse hermosa para su cena con Tayler. Había tenido que rebuscar en el fondo de su maleta; donde encontró un sencillo, pero elegante, vestido rojo que hacía resaltar sus curvas. Sus brazos quedaban al descubierto, al igual que sus hombros, gracias a los tirantes que se anudaban en la nuca.

Decidió recogerse el cabello con una simple coleta alta, que realzaba la curva de su cuello, y estudió su reflejo en el espejo, para maravillarse del resultado de sus esfuerzos. Nunca se había considerado una belleza, pero aquella noche pretendía dar una bofetada a la arrogancia de Tayler, que desde su llegada la había tratado como a un trapo.

Estaba dando los últimos retoques a su maquillaje, cuando su teléfono tronó sobre la cómoda. Cerró atropelladamente el rímel, lo colocó sobre el tocador y corrió, con cierto esfuerzo a causa de los tacones, para coger la llamada.

Ni siquiera vio el nombre en la pantalla.

—¿Diga? —preguntó palpándose un tobillo dolorido.

—*Cielo, soy yo —contestó la voz de Kevin desde el otro lado de la línea.*

Peyton sintió que sus pulmones se quedaban sin aire. Cada día, a esa misma hora, solía llamar a su novio, pero aquella tarde ni se había acordado de su existencia con los preparativos para su cita.

—Hola, mi amor —respondió algo cohibida.

—*¿Sucede algo? —preguntó su interlocutor preocupado—. ¿Tu padre está bien?*

—Sí, sí, por supuesto.

—*Espero tu llamada desde hace una hora —le reprochó molesto.*

—He estado algo liada —No mentía del todo.

—*¿Regresas mañana?*

Peyton había olvidado su promesa de volver aquel sábado, pero ahora no podría cumplir con lo dicho.

—Ha surgido algo —respondió escuetamente.

—*¿Qué? —cuestionó Kevin con fastidio.*

—Mi amiga, Rebeca, no se encuentra bien y me pidió que durmiera en su casa —mintió garrafalmente.

—*Vaya, lo siento, mi amor —replicó Kevin.*

—Pero regresaré el domingo —prometió.

—*Tranquila, mi vida, no tengas prisa. Cuida bien a tu amiga, sé lo que la aprecias.*

Peyton se sintió fatal por sus mentiras, pero ya no había marcha atrás. Ni siquiera sabía porque lo había hecho, Kevin no lo merecía, pero se prometió recompensarle a su regreso.

—Eres un amor, estoy deseando verte.

—*Y yo, te amo.*

—Yo también —replicó Peyton antes de apretar el botón rojo que finalizó la llamada.

Bajó las escaleras pesarosa, pero cuando al pie de las escaleras encontró a Betty, que la esperaba entusiasmada, una sonrisa se formó en sus labios.

—Mi niña, ¡estas preciosa! —exclamó la mujer, admirando su imagen.

—Gracias, Betty, no es para tanto —replicó, percibiendo como sus mejillas se coloreaban.

—Estoy segura de que mi sobrino beberá los vientos por ti —afirmó la mujer con orgullo.

—Por Dios, no digas tonterías, sabes tan bien como yo que esta cena es por

compromiso.

La mujer elevó su mirada hasta el techo, como si hubiera dicho una locura.

—El tiempo me dará la razón —profetizó.

—¿Sobre qué? —preguntó Peyton curiosa.

—Cosas de vieja, niña. Ahora vete, Tayler está en su coche.

Tayler esperaba sentado en el interior del vehículo. Había puesto la radio y tamborileaba con los dedos sobre el volante con nerviosismo. No le gustaba esperar, y Peyton ya se retrasaba diez minutos. Si no salían ya, llegarían tarde. La música cambió de un ritmo acelerado de baile a una balada romántica, y Tayler se inclinó para buscar una nueva emisora. Cuando elevó su mirada, se encontró con una imagen que le dejó sin aliento.

Peyton caminaba decididamente hacia él, por el pasaje empedrado junto a la casa. El vestido rojo resaltaba cada una de sus curvas, y le daba un aspecto sensual que hizo que la sangre hirviera en sus venas. Se maldijo de nuevo, como las novecientas noventa y nueve veces desde que ella había regresado. El contoneo de sus caderas no ayudó a mitigar el deseo que había despertado en su cuerpo, y menos cuando ella subió, sin ni siquiera saludar, y su dulce olor lo envolvió.

Arrancó el motor, y giró la dirección para coger el camino de salida de la finca, antes de dirigirse a ella.

—¿Te ha comido la lengua el gato, o es verdad lo que dijo el otro día tu hermana?

—¿A qué te refieres? —preguntó Peyton sin mirarle.

—Eso de que en Montgomery no tenéis educación.

—Jefferson, no empecemos —replicó molesta.

—¡Vaya, no me llamabas así desde el instituto! —comentó Tayler con humor.

—Prefiero no recordar esa etapa de mi vida —objetó Peyton.

—¿Y por qué? Que yo recuerde, eras una de las bellezas más fulgurantes de Blackwood.

Peyton estaba empezando a cansarse del tono que estaba utilizando Tayler, como si quisiera mofarse de ella. Se giró furibunda para clavar su mirada en su perfil, que ahora se le antojaba demasiado atractivo.

—¿Acaso tengo aspecto de colegiala?

Tayler no pudo evitar sonreír ante sus palabras, y apartó la mirada de la carretera unos segundos para estudiar las pecas que poblaban el puente de su nariz. A pesar de ir maquillada no había podido ocultarlas por completo.

—¿Te pondrías una falda de cuadros para mí? —preguntó con ingenio.

Peyton deseó darle un codazo, pero se contuvo por miedo a tener un accidente.

—Ni en tus sueños —replicó chirriando los dientes.

Peyton se sorprendió al escuchar la sonora carcajada que surgió de la garganta masculina, y decidió ignorar su presencia, fijando su mirada en la ventanilla.

Durante lo que restaba de viaje ninguno de los dos volvió a hablar, ni siquiera cuando se sentaron en la mesa, elegantemente ataviada con un mantel negro, del restaurante más *chic* de la ciudad.

En el segundo plato Tayler recibió una llamada. Se trataba de Donovan, el arquitecto que había planeado la reconstrucción del complejo Roswell. La llamada duró pocos segundos, pero los suficientes para que Peyton no pudiera evitar preguntar lo que le quemaba la lengua.

—¿Qué sucede con los planos? —preguntó directa.

Tayler casi se atragantó tras dar un sorbo a la copa de vino. No le gustaba que nadie se metiera en sus asuntos, y menos que escucharan sus conversaciones.

—No creo que sea de tu incumbencia —respondió huraño.

Peyton deseó arrojar el vino de su propia copa sobre el impecable traje que él llevaba, pero finalmente vació su contenido de un solo trago. Pensó que si se emborrachaba aquel insufrible momento sería más llevadero. Le observó durante unos segundos antes de replicar en el mismo tono que él había empleado.

—Yo creo que sí, ya que el complejo Roswell pertenece a mi familia.

—Pero no has sido tú la que me ha contratado.

—Oye, me preocupa, mi padre ya ha regresado a casa, pero no está en condiciones de pensar en los problemas que pueda acarrear ese proyecto.

—¿Y quién te ha dicho que hay algún problema?

—No soy estúpida, he visto la cara que has puesto al responder a esa llamada.

Tayler se limpió la comisura de los labios con la servilleta antes de contestar.

—¿Y desde cuándo me conoces tanto? —indagó Tayler, achicando sus ojos.

—¿Sabías que eres insufrible? —replicó Peyton molesta.

—No eres la primera que lo dices.

—Será mejor que lo dejemos —replicó ella, dispuesta a ignorar sus presencia.

Terminaron de cenar en completo silencio. Ambos parecían molestos, pero eran demasiado tozudos como para dar por concluida la cena antes de tiempo. Tayler estaba a punto de sacar la cartera, para pagar la cuenta, cuando ante sus ojos apareció su hermano, que había salido de la nada.

—Me alegra haber coincidido —dijo sentándose a su mesa, aunque ninguno de los dos le había invitado—, es una lástima que no me percatara antes, si no hubiera cenado con vosotros.

—Malcom —le llamó Tayler incómodo—, por si no lo recuerdas, esta cita la logré yo, y no ha sido nada barata.

—Hermanito, no seas acaparador, al menos deja que baile una pieza con mi cuñada —dijo señalando la pista situada a pocos metros, donde algunas parejas se movían, abrazadas al ritmo de una tenue balada.

—Me encantaría, pero yo lo solicité antes —replicó Tayler, abandonando el lugar que ocupaba y tendiendo su mano a Peyton, que no dudó en aceptar su oferta con tal de alejarse de Malcom.

Se sintió torpe al coger a Peyton entre sus brazos. Había sido un estúpido al ofrecerle un baile, pero algo que no sabía explicar se había apoderado de su raciocinio y le había impulsado a alejar a la joven de su hermano. No se trataba de la rivalidad que siempre había existido entre ambos, si no aquella mirada que Malcom dedicaba a su cuñada.

Tenerla entre sus brazos, y aspirar su aroma, lo confundió. Sus ojos recorrieron el perfil de su cuello y su piel bronceada, para posarse finalmente en la delicadeza de sus labios. Ella mantenía los ojos bajos, clavados en su corbata, y deseó elevar su mentón con su dedo, pero se contuvo.

—¿No crees que estas demasiado cerca? —susurró ella incómoda.

Peyton tenía razón, podía notar la protuberancia de su pecho, la suavidad de la piel de su espalda en sus dedos. Y cómo una parte de su anatomía crecía, ajustando el tejido de su pantalón. Se apartó avergonzado y se disculpó.

Cuando la canción concluyó volvieron a su mesa en silencio, cada uno perdido en lo que había sentido con la proximidad del otro. Su hermano parecía entretenido, hablando con dos hombres en su mesa, y aprovecharon la ocasión para abandonar el restaurante.

En el coche, de nuevo aquel silencio incómodo los envolvió. Estaban a punto de entrar en la carretera secundaria, que les llevaría a Blackwood, cuando el sonido de un móvil se coló en la noche.

Peyton rebuscó en su bolso con nerviosismo, temiendo que fuera Kevin. No tenía ganas de dar explicaciones en aquel momento, cuando aún se sentía turbada por la proximidad que había compartido con Tayler. Su cuerpo había reaccionado a su cercanía, y a aquella odiosa mano sobre su piel había erizado el vello de sus brazos, a pesar de su dureza. Su olor masculino había inundado sus fosas nasales, haciendo que deseara cosas impensables.

Desechó tales pensamientos, y acertó a dar al botón verde que mostraba la pantalla táctil de su móvil.

—¿Diga?

Alguien respondió al otro lado de la línea. Escuchó durante unos minutos, que parecieron eternos y no pudo evitar romper en sonoros sollozos antes de cortar la llamada.

Tayler se sobresaltó al escuchar su llanto. Dio la intermitencia y se detuvo en el arcén antes de girarse para encontrarse con el rostro anegado de lágrimas de la mujer.

—Peyton, ¿qué sucede? —preguntó preocupado.

Ella no era capaz de articular palabra. Solo se abrazaba a sí misma mientras hipaba.

Tayler no salía de su asombro. Verla tan desvalida le rompió el corazón, y con naturalidad le quitó el cinturón de seguridad y la cogió por la cintura para sentarla en su regazo. Solo deseaba ofrecerle el consuelo que ella parecía necesitar. La meció como a un niño, durante un tiempo indeterminado, y cuando al fin dejó de gimotear volvió a preguntar lo que deseaba saber.

—¿Quién te ha llamado?

—Era tu tío —respondió con voz débil.

Tayler sintió que su corazón dejaba de latir, temiendo que algo le hubiera sucedido a su tía Betty.

—¿Y?

—Han ingresado a mi padre hace una hora.

Tayler respiró.

—Si quieres volvemos... —se ofreció, pero ella detuvo sus palabras con la punta de su dedo sobre sus labios, y clavó su mirada en su rostro.

—Ya es demasiado tarde, ha muerto —indicó con voz entrecortada, antes de que nuevas lágrimas poblaran sus ojos.

Tayler solo pudo volver a abrazarla e intentar sosegarla. Cuando estuvo más tranquila la volvió a sentar en su lugar y, tras ajustar el cinturón, volvió a arrancar el coche para llevarla a casa.

## Capítulo 8

La muerte de su padre había sido un duro mazazo para Peyton. A pesar de que siempre la había tratado fatal, y la había hecho desplantes, no podía desechar el amor que le había procesado a lo largo de su vida.

El día del entierro, Peyton agradeció el abrazo de Kevin, que había viajado hasta Blackwood para estar a su lado. Había intentado mantener sus sentimientos a raya, ocultando las lágrimas tras unas gafas oscuras. Su hermana, por el contrario, no dejó de llorar audiblemente durante toda la ceremonia, granjeándose con su actitud la lástima de los asistentes.

Esa misma tarde, Kevin se tenía que marchar. Hubiera deseado volver con él a Montgomery, pero tenía que esperar a la lectura del testamento. Él había intentado convencerla, pero sin demasiado éxito. Ahora se encontraban a la entrada de la casa Gregory, despidiéndose.

—¿De verdad que no quieres regresar y luego desplazarte hasta aquí el viernes?

—preguntó Kevin, mientras la abrazaba junto a su coche.

—No, mi amor, es mejor acabar de una vez con todo esto.

—No me quedo tranquilo con que te quedes aquí, no me gusta tu cuñado —dijo Kevin, refiriéndose a Malcom. No le había pasado inadvertido el interés de aquel hombre por Peyton.

—A mí tampoco, pero en pocos días regresaré a mi vida, nuestra vida —concluyó con una tibia sonrisa.

Kevin se dio por vencido, sabía lo cabezota que podía llegar a ser aquella mujer. No quería discutir con ella en aquel momento. La abrazó, y besó levemente sus labios antes de subir al coche para regresar a Montgomery.

Una hora después, Peyton decidió salir de la casa. Se agobiaba allí, donde todo le recordaba a su padre. Necesitaba respirar y decidió visitar a Rebeca. Como espera, la encontró en su despacho, enfrascada en una mesa repleta de papeles.

Cuando Rebeca la vio, abandonó de la silla que ocupaba, y se dirigió a ella para abrazarla fuertemente.

—Peyton, ¿cómo te encuentras? —preguntó, estudiando el rostro demacrado de su amiga.

—He tenido días mejores —contestó la aludida, dibujando una débil sonrisa en sus labios.

—Ven aquí —dijo Rebeca, volviendo a abrazarla—, conmigo no tienes que disimular.

Peyton colocó su mejilla sobre el hombro de su amiga, y derramó las lágrimas que pugnaban por escapar de sus ojos. Había querido ser fuerte, pero ante su amiga se derrumbó. Cuando se calmó lo suficiente, se separó de su abrigo, agradecida.

—Necesitaba salir de aquella casa —confesó.

—No me extraña, con tu hermana de por medio, debe ser un infierno.

—No es solo eso —replicó Peyton, mientras se mesaba la frente.

—¿Malcom? —indagó Rebeca, preocupada.

Peyton le había contado lo sucedido en la Bahía de Mobile, y sus constantes acosos cuando estaban solos.

—Sí, ni siquiera se ha comportado estando Kevin presente.

—Ese hombre no tiene vergüenza —exclamó Rebeca furibunda—, ni la ha conocido.

—Stefanie me da lástima —confesó Peyton, a pesar de la mirada sulfurada de Rebeca.

—Soy tu amiga, pero a veces me apetecería darte un golpe para que espabiles. Tu hermana te odia —dijo—: y siempre lo ha hecho.

—Lo sé, pero...

Su conversación se vio interrumpida por la inesperada entrada de Donovan Stuart. Vestía un elegante traje oscuro y una llamativa camisa gris eléctrico. Peyton fue consciente de que su amiga se tensaba, y recordó el antagonismo existente entre ambos. Sospechaba que entre ellos existía algo más que el odio que aparentaban procesarse.

—Señor Stuart, debería anunciarse antes de entrar —exclamó Rebeca, haciendo notar su malestar ante su llegada.

—Lo lamento, pero su secretaria no se encontraba en su lugar —respondió Donovan con suficiencia.

—Por si no se ha dado cuenta, estoy reunida —objetó la joven, colocando las manos sobre sus caderas.

—Es algo urgente —respondió Donovan, señalando una carpeta que llevaba en sus manos.

Rebeca iba a replicar, mordazmente, pero fue interrumpida por Peyton, que no quería estar en medio de la guerra cruzada que mantenía aquella peculiar pareja.

—No os interrumpo. Rebeca, te espero en el restaurante para cenar.

—Peyton... —iba a protestar Rebeca, que no quería quedarse a solas con Donovan.

La aludida hizo un gesto con su mano, a modo de despedida, y sin añadir nada más, salió del despacho.

La semana pasó lentamente para Peyton, pero la mañana del viernes se levantó con mejor ánimo al saber que al día siguiente se marcharía de aquella casa. Se vistió de un escrupuloso negro y bajó al despacho, donde la esperaba su hermana, junto a su marido, y el abogado que daría lectura a las últimas voluntades de su progenitor.

No se sorprendió al descubrir que su padre había dejado la mayor parte de sus posesiones a Stefanie. Tampoco le importó, ella no necesitaba ser la propietaria de la cadena hotelera Gregory, era feliz con su trabajo y con el pequeño apartamento que poseía en el centro de Montgomery.

Tras la lectura de algunas cláusulas especiales, Peyton se asombró al descubrir que a ella la había dejado una sustanciosa cantidad de dinero y el complejo Roswell. No le pasó desapercibida la fría mirada que Malcom le dedicó al escuchar la noticia. Sabía que tenía grandes planes para aquel lugar, pero ahora nada de eso importaba porque le pertenecía a ella.

Salió de la estancia como en una nube, soñando con decorar cada una de las pequeñas cabañas que se alineaban a lo largo del lago. No es que tuviera mucha idea de cómo levantar aquel lugar, pero no pensaba renunciar al proyecto que se perfilaba en su cabeza. Su tía Corin diría que era una locura, pero Peyton tenía un pálpito de que todo saldría bien.

El único problema que existía en sus planes era Kevin, que no se tomaría demasiado bien su decisión. Como esperaba, la conversación con su novio no fue fácil. Kevin quería que regresara junto a él cuanto antes, y cuando ella se negó, solo recibió reproches por su parte. Podía comprender su enfado, pero estaba segura de que recapacitaría.

\*\*\*

El motor del coche rugía con fuerza por la carretera rural que llevaba a Roswell Ville.



Peyton estaba ansiosa por llegar, deseosa por conocer de primera mano el estado en el que se encontraba su nueva propiedad. Giró en la desviación, que indicaba el complejo vacacional, y llegó hasta las grandes puertas de madera.

De la caseta de vigilancia salió el encargado de seguridad del lugar, con el que había hablado el día anterior. La saludó con la mano y abrió las puertas para que ella pudiera entrar.

Peyton se detuvo a su altura y lo saludó.

—Buenos días.

—Buenos días. Señorita Gregory, ¿quiere que la acompañe? —preguntó el hombre con preocupación—. El lugar está muy deteriorado.

—No se preocupe —le tranquilizó—, no pasará nada, conozco bien el lugar.

El hombre aceptó sus palabras algo reticente, y volvió a cerrar cuando el coche ya estaba en el interior.

Peyton se maravilló con la amplia arboleda que la acompañó por el camino de tierra hasta llegar al lago, donde se alineaban las pequeñas cabañas de madera. Los recuerdos de su infancia afloraron en su mente. Muchos fueron los veranos que había pasado en aquel lugar junto a su hermana y su madre. Los días eran largos y calurosos, pero los disfrutaban intensamente gracias a las actividades que solían preparar cada mañana los empleados encargados del ocio. Recordaba con añoranza los baños en el lago de aguas azules que ahora tenía ante sus ojos.

Se acercó al edificio principal y entró con cautela. Sacó la linterna que llevaba en su mochila y la luz potente le mostró el antiguo mostrador de recepción, donde aún descansaba el timbre que solían usar los visitantes para alertar al recepcionista. Sonrió al recordar las veces que ella misma lo había hecho sonar desquiciando al señor Perkins.

Caminó por el amplio hall y comprobó que los muebles de antaño permanecían tapados con sendas sabanas blancas. El hogar de piedra que presidía la estancia aún conservaba algunos troncos ennegrecidos. Todo se mantenía tal cual había estado durante los años que el complejo había estado abierto, desde el mismo día que su abuelo lo inauguró.

Después, inspeccionó una de las cabañas y se maravilló del buen estado en el que se encontraba. Se había vuelto a enamorar de aquel paraje y nuevas fuerzas tiraban de ella para devolver aquel lugar su esplendor. El único problema era que tendría que contratar a una empresa para llevar sus planes a término, y solo conocía una en la zona: *Construcciones Jefferson*.

Volvió a subir a su coche para regresar a Blackwood, dándole vueltas a la conversación que tendría que mantener con Tayler. Sabía que nunca se habían llevado bien, pero tenía la esperanza de que aceptara trabajar para ella. Anocheceía cuando llegó y, a pesar de la hora, se dirigió a la casa de Jefferson, situada a las afueras del pueblo.

Tayler se puso a revisar nuevamente los planos que le había mandado Donovan tras volver del trabajo. Los desplegó sobre la mesa de la cocina y frunció el ceño ante las indicaciones que aparecían al margen. Había muchas cosas que no tenían sentido, pero estaba seguro de que no era cosa del delineante, sino de su hermano.

No pensaba discutir sus órdenes, no le apetecía batallar con Malcom, que era lo que sucedería si le daba una opinión que no le había pedido. Siempre había sido así desde que eran unos niños, y los años no habían mejorado su relación. A Tayler le reventaba la actitud de su hermano. Parecía que siempre había sido un hombre con dinero, como si no se hubiera criado con él en una pequeña casa de dos habitaciones a las afueras del pueblo.

Tampoco sabía en qué situación quedaría él tras la muerte del señor Gregory, y si el

contrato que habían firmado mantendría su vigencia. Cansado, se pinzó el puente de la nariz y cerró los ojos. Había sido un día largo y solo deseaba darse una buena ducha y acostarse. Ni siquiera su estómago reclamaba alimento.

Salía de la ducha cuando el timbre sonó con estruendo. Maldijo para sus adentros antes de colocarse una toalla azul en torno a la cadera, y se dirigió hasta la puerta. Los sonidos prosiguieron hasta que el abrió con cara de pocos amigos.

—¿Qué demonios pasa? —exclamó molesto, pero se quedó helado al descubrir de quien se trataba—. ¡Peyton!

La aludida se había quedado sin palabras al contemplar el cuerpo masculino.

—Yo... —balbuceó—, no quiero molestarte, vendré en otro momento.

No había visto a Peyton desde el entierro, y entonces estaba apoyada contra un hombre alto y moreno que vestía elegantemente. Dedujo que se trataba de su novio, aquel hombre maravilloso del que le había hablado su tía Betty. Y, sin poder evitarlo, a su memoria regresó lo que había sentido al tenerla en sus brazos mientras la consolaba cuando ella supo de la muerte de su padre. Se le había encogido el corazón con sus sollozos, y cuando la había dejado en su casa había deseado acompañarla hasta su habitación y arroparla en su cama como si de una niña se tratara; pero ella no era asunto suyo, se repitió.

No sabía que hacía en aquel momento ante la puerta de su casa, tampoco era el mejor momento, pero la curiosidad pudo más que el cansancio que acumulaba su cuerpo.

—Peyton, espera, pasa.

—Pero... —comenzó ella confusa.

—Entra, ¿no querías hablar?

—Sí, por supuesto.

## Capítulo 9

Peyton se sintió extraña al entrar en aquella casa. Sabía que había pertenecido a la familia Jefferson desde que la construyera el abuelo de Tayler. Malcom siempre había odiado aquel lugar, pero ahora que lo tenía ante sus ojos no entendía el motivo.

Siguió a Tayler por el pasillo y llegaron a un acogedor salón donde la dejó sola para poner algo sobre su cuerpo. Peyton miró a su alrededor y estudió la estancia con ojo crítico, «deformación profesional», se dijo a sí misma con humor.

Las paredes estaban pintadas en un tono gris azulado, y los muebles de roble antiguos estaban finamente restaurados con cera. La chimenea de ladrillo destacaba en la pared del frente, y sobre ella un espejo isabelino le daba un toque ideal. Se acercó a uno de los estantes, situados en una esquina, y disfrutó leyendo los magníficos tomos que lo presidían. Se giró y se encontró con un sofá de cuero negro, donde imaginó a Tayler tumbado con aquella exigua toalla que rodeaba su cintura. Se sonrojó al darse cuenta de a donde se dirigía su imaginación, y se recriminó la imagen que había surgido en su mente al ver aquel cuerpo musculoso que había despertado su deseo.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó la voz profunda de Tayler a su espalda.

Confundida con su pregunta se giró, como si temiera que él hubiera leído sus pensamientos.

—¿Te refieres a la casa? —cuestionó.

Tayler sonrió ante su pregunta.

—¿Qué si no?

Peyton se sintió ridícula, y más cuando sus mejillas volvieron a colorearse. Tayler se había vestido con rapidez, y en aquel momento su cuerpo estaba cubierto por unos pantalones de deporte grises y una camiseta negra que se ajustaba perfectamente a su pecho.

—Sí, está decorado con mucho gusto.

—Me alegra saber que te gusta. He oído que eres una de las mejores decoradoras de Montgomery.

—Gracias.

—Y ahora que estamos de acuerdo con la decoración de mi casa, ¿me puedes decir que quieres?

—Hablar contigo sobre la reforma del complejo Roswell.

Sus palabras dejaron descolocado a Tayler, no esperaba que la cuestión que había llevado a Peyton hasta su casa fuera esa.

—Ya te dije una vez que no te incumbía.

A Peyton la molestó su tono, y más sus palabras, por lo que respondió a sus palabras con voz acerada.

—Me temo que ahora sí, es parte de mi herencia.

—¡Vaya! —expresó Tayler sin saber que decir—. Eso sí que es una sorpresa.

—Para mí también lo fue.

—¿Y eso en qué situación me deja a mí? —preguntó Tayler directo, sin apartar sus ojos grises de su rostro.

—Nada cambiará, quiero que comiences con la reforma prevista.

La duda se dibujó en el rostro de Tayler. Según los planos, que ahora reposaban sobre la mesa de su cocina, debía derribar la antigua piscina y construir un helipuerto al que no le veía mucho sentido ¿Cuál de las indicaciones debía seguir? ¿Las que había previsto el señor Gregory o las de Malcom?

—¿Conoces el proyecto? —preguntó.

Peyton se sintió estúpida ante su pregunta, en verdad no sabía cuáles eran los planes de su padre para el complejo.

—Supongo que estaba previsto restaurar lo existente.

—Peyton, siento decirte que estás equivocada. Malcom quería demoler la piscina y apenas lavar la cara a las cabañas.

La aludida tuvo que hacer un gran esfuerzo para cerrar la boca, que había quedado abierta al escuchar sus palabras.

—¿Cómo?

—Lo que has escuchado. ¿No es eso lo que quieres hacer?

—¿Qué dices? ¡Por supuesto que no! —exclamó indignada—. Prefiero que la piscina se quede en su lugar y que las cabañas se restauren íntegramente.

—Pues deberías hablar con el arquitecto.

—Lo haré, pero antes quiero saber si estás dispuesto a trabajar para mí.

Tayler se giró y caminó hasta la chimenea, con las manos metidas en los bolsillos. Necesitaba pensar. Aquel proyecto le reportaría trabajo para varios meses, y no podía negar que era una gran cantidad de dinero, pero no sabía si sería buena idea trabajar para Peyton. Estaba seguro de que discutirían cada minuto del día, lo sabía. Pero no quería renunciar a aquella restauración porque se había enamorado de aquel lugar el día que lo conoció y deseaba devolverle su esplendor de antaño.

—Sí —replicó, girándose para enfrentarse a ella—, lo haré, pero tendremos que firmar un nuevo contrato.

—Por eso no hay problema, hablaré con Rebeca. Espero que tú lo hagas con el arquitecto.

—Sin problema.

Peyton sintió que una sensación trepidante se apoderaba de su cuerpo. Tayler había aceptado y su nuevo proyecto despegaría en pocas semanas. Se sentía feliz por primera vez desde su llegada, y por qué no decir que desde hacía mucho tiempo. Se acercó a Tayler y le tendió su mano para cerrar el trato que los uniría durante meses.

—¿Trato hecho? —preguntó con una sonrisa.

Tayler observó aquella pequeña mano que ella le tendía, y no dudó en estrecharla como ella le pedía.

—Por supuesto.

—Bien —dijo Peyton, apartando sus dedos de los de él al notar que algo había recorrido su cuerpo cuando sus pieles se habían rozado—, mañana nos vemos en el despacho de Rebeca. Ahora debo irme.

—Allí estaré —prometió Tayler mientras la acompañaba a la puerta.

Esperó a que ella se metiera en el coche, y solo cuando las luces traseras se perdieron en la carretera volvió a entrar. Aún no sabía porque había aceptado aquel trabajo, y lo que más le preocupaba, a parte de sus posibles disputas, era la atracción había empezado a sentir por aquella mujer.

Apagó las luces de la casa y se dirigió a su dormitorio, donde prácticamente se tiró sobre la amplia cama para dar un descanso a su cuerpo.

\*\*\*

Peyton se sentía exultante. Aquella mañana había firmado el contrato con Tayler y las obras comenzarían en una semana. Él le había pedido permiso para ocupar un par de cabañas para que sus hombres no tuvieran que viajar cada día hasta Blackwood, y ella no había puesto ningún inconveniente.

La hora de la cena había pasado, y ella apenas se había percatado de que la tarde había escapado entre sus dedos, ocupada como había estado enviando

documentación a su empresa para pedir una excedencia desde el despacho de Rebeca. Aparcó el coche frente a la casa, y antes de salir miró la hora que marcaba el reloj de su muñeca. Seguramente Betty ya se había acostado, pero su estómago protestaba sonoramente y no dudó en ir hasta la cocina con la intención de rebuscar en la nevera. Estaba segura de que habría algo rico preparado por si algún miembro de la casa la asaltaba.

No se equivocaba. En una fuente de porcelana, tapada con film transparente, encontró un rosbif laminado, acompañado por una guarnición de verduras. Empezó a salivar al imaginar dicho manjar en su boca. Se sirvió una generosa ración y la metió en el horno microondas. Estaba bebiendo un trago de agua de la botella que había sacado de la nevera, cuando una voz a su espalda la sobresaltó.

—¿Porqué llegas tan tarde? Me tenías preocupado.

Peyton se giró para enfrentarse a los ojos oscuros de Malcom, que se mantenía apoyado contra la jamba de la puerta, en actitud relajada.

—No lo hagas, estoy bien.

—*Cielo*—abandonando su postura se acercó hasta la encimera—, no puedo evitarlo.

Peyton se sobresaltó con el sonido que indicaba que su comida estaba caliente y se giró para sacar el plato. Ignorando la presencia de Malcom se dirigió a la mesa de la cocina y se sentó, dispuesta a degustar su ansiada cena.

Malcom no pareció entender que no quería hablar con él, y se acercó hasta donde ella se encontraba.

—Tengo que hablar contigo.

Peyton masticó el primer bocado antes de mirarle directa, con la intención de contestar a sus palabras, pero molesta por su presencia.

—Malcom —le llamó—, acaba de una vez, estoy cansada.

El aludido sonrió, disfrutando de su genio torcido. Se quitó la americana que siempre le acompañaba y se sentó frente a ella.

—Está bien, no me andaré por las ramas; quiero comprarte el complejo Roswell.

El tenedor quedó a medio camino entre su boca y el plato. Peyton se había quedado anonada con sus palabras. Nunca hubiera imaginado que Malcom tuviera tanto interés por aquel lugar.

—Todavía no he decidido qué hacer con eso —mintió, ignorando de nuevo su presencia.

—¡Oh, vamos, Peyton! ¿Para qué quieres tú el complejo? Ni siquiera sabrías gestionarlo, no vales para eso.

Peyton se sintió infravalorada a la par que furiosa. Sus formas no le gustaron, y si pensara deshacerse de las cabañas del lago, nunca las dejaría en sus manos. Ahora lo tenía más claro que nunca.

—No estoy interesada.

—Aún no has escuchado mi oferta.

—No insistas.

Malcom ignoró su negativa. Sacó del bolsillo interior de su chaqueta, que colgaba de la silla, una libreta y un bolígrafo. Escribió una cifra en una hoja, que poco después arrancó, y que dejó sobre la mesa. Se la acercó con uno de sus dedos de uñas cuidadas.

—Antes de tomar una decisión, deberías considerar mi ofrecimiento.

Peyton suspiró frustrada. Parecía que su cuñado estaba dispuesto a amargarle la cena. Con desgana cogió el papel que él había dejado a su lado, y abrió sus ojos como platos. La línea de números que tenía ante sí era escandalosa, pero lejos de convencerla, lo único que logró fue despertar su desconfianza.

—Es una cifra muy tentadora, pero no pienso vender. Voy a levantar ese lugar y hacerlo brillar —respondió con orgullo.

Malcom cambió de actitud. Peyton fue testigo de la transformación que se había producido en su rostro, mostrando la misma frialdad que el día en que rompió su relación. Con movimientos bruscos, se levantó de la silla y cogió su chaqueta con rudeza.

—Eso nunca lo conseguirás. Tarde o temprano vendrás a mí suplicando que te libere del complejo Roswell.

—Eso no lo verán tus ojos —replicó Peyton, deseando clavarle el tenedor que tenía en su mano.

Él no respondió, simplemente se giró y desapareció por la puerta por la que había entrado poco antes. Peyton se sintió aliviada e intentó disfrutar de lo que quedaba de su cena en tranquilidad. Quizás había llegado el momento de abandonar aquella casa, donde ya nada la ataba después de la muerte de su padre.

Malcom cerró la puerta del despacho con estruendo, enfurecido por la reacción de Peyton, y se acercó hasta la mesa donde reposaban las bebidas, donde se sirvió una generosa cantidad de whisky en una copa tallada.

Estaba claro que no iba a lograr que ella le vendiera el complejo. Ni siquiera se había impresionado con la desorbitante cantidad de dinero que le había ofrecido, y mucho menos había tenido en cuenta su intención de seducirla. Estaba claro que lo que un día sintió por él había muerto.

El tiempo se le agotaba, y Montoya no se caracterizaba por ser un hombre paciente. Estaba metido en un buen lío, y ni siquiera sabía cómo había llegado a esa situación. Tenía que pensar en algo, y rápido, si quería salir del atolladero donde se encontraba.

## Capítulo 10

Tayler colgó el teléfono y lo guardó en el bolsillo trasero de sus *jeans*. Sabía que tendría problemas desde el mismo momento en el que aceptó la propuesta de Peyton. No era la primera vez que tenía problemas con la gente del gremio, que pensaban que podían poner o quitar una pared a su antojo.

Luke, uno de sus empleados, le había llamado hecho un basilisco porque la señorita Gregory estaba en una de las cabañas y quería hacer unos pequeños cambios en los planos. «¿Quién se creía esa mujer para interferir en mi trabajo?, ¿cómo se atreve a dar órdenes a mis hombres?», se preguntó contrariado.

Terminó de relatar la lista de materiales que necesitaba al empleado del almacén, y firmó, antes de salir del establecimiento furibundo. Subió al todoterreno y condujo hasta el lago al máximo de la velocidad permitida. Saludó con un gesto de mano al hombre que custodiaba la entrada, y llegó hasta el lugar que le había indicado Luke.

Lo encontró frente a la puerta de una de las cabañas, con los brazos cruzados sobre su pecho, y con cara de pocos amigos. El resto de hombres habían parado para almorzar.

—¿Qué sucede? —preguntó cuando llegó a su altura.

—Esa mujer es insufrible —protestó—, se ha empeñado en tirar un muro, pero me he negado.

—Bien hecho —le contestó Tayler agradecido—, vete con el resto y comenzar por las cabañas del sur. Yo me encargaré de esto.

Luke asintió con la cabeza y se subió a su furgoneta, agradecido de que su jefe se ocupara del problema.

Tayler se acercó a la puerta y pudo escuchar unos sonidos sordos que provenían del interior. Apretó los puños a sus costados y se preparó para enfrentar a Peyton. Sabía que sería una dura batalla, no era la primera vez que discutían, pero no estaba dispuesto a dejarse amilanar por ella, por mucho que ahora fuera la dueña de aquel lugar y su jefa directa.

El sonido de los mazazos le llevaron hasta una de las habitaciones, y no se sorprendió al encontrar a Peyton, que golpeaba con una maza una de las paredes que daban al cuarto de baño.

Se acercó a ella a grandes zancadas y detuvo sus movimientos atrapando su muñeca férreamente.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —le recriminó furioso.

Peyton pensó que el corazón se le saldría del pecho por el susto recibido, pero no se amilanó ante la furia que desprendían aquellos ojos grises.

—Lo que tus hombres no son capaces de hacer —contestó llanamente, deshaciéndose de su agarre.

—Tú lo has dicho, mis hombres. ¿Con qué derecho te crees para darles órdenes?

—Tayler —le nombró, clavando sus ojos en su rostro—, por si lo has olvidado, este lugar es mío.

—Sí, tienes razón —aceptó molesto, mientras estudiaba los desperfectos ocasionados—, pero la reforma está en mis manos, y cuando la comencé me dieron unos planos.

—¡Por Dios! —exclamó exaltada—, Donovan no tiene ni idea sobre...

—Peyton, no me vengas con cuentos. Sabes tan bien como yo que es uno de los mejores arquitectos del condado.

—Me importa un bledo que así sea —le rebatió molesta—. Creo que a nuestros clientes les gustará entrar en el baño directamente desde la habitación. Es algo lógico.

—No me hables de lógica, porque si es así ahora no estarías dando martillazos a diestro y siniestro.

—Haré lo que me venga en gana —respondió la joven, a la vez que levantaba de nuevo la maza, pero él la retuvo.

—Peyton, para ya con tus niñerías —advirtió.

Ella elevó una de sus cejas antes de responder.

—¿Y si no lo hago? —preguntó con el humor reflejado en su rostro.

—Atente a las consecuencias —replicó Tayler entre dientes.

Peyton no hizo caso a su amenaza y se deshizo de su agarre para coger la herramienta con ambas manos antes de volver a golpear la pared.

—Te avisé —tronó Tayler con voz acerada.

Sin más conversación, arrancó el objeto de las manos femeninas, pese a que ella se resistía y forcejeaba. Cuando al fin lo logró, lo tiró al suelo y atrapó a la joven por la cintura, elevándola para salir por la puerta acristalada que daba a la piscina, que ya estaba limpia. Sin demasiadas contemplaciones la arrojó al agua azulada.

Peyton chapoteó hasta lograr hacer pie, notando como la ropa se adhería a su cuerpo y le dificultaba los movimientos para mantenerse a flote.

—¡Maldito seas! —gritó desde su posición, poniéndose aún más furiosa al ver como Tayler se reía a su costa.

—¡Oh, vamos! Estabas jugando con fuego —expresó Tayler con los brazos cruzados sobre el pecho—, yo solo pretendía apagarlo —concluyó antes de prorrumper en sonoras carcajadas.

—¡Me las pagarás! —le amenazó, mientras nadaba hasta el borde de la piscina.

Tayler seguía sonriendo cuando le tendió la mano para ayudarla a salir. Ella aceptó su auxilio, sorprendiéndole, pero cuando ya la tenía casi alzada Peyton hizo fuerza con su propio cuerpo y logró, no sin cierto esfuerzo, tirarlo al agua.

—¿Estás loca? —le recriminó Tayler, mientras apartaba el agua de su rostro con una mano.

—No más que tú —contestó ella con una sonrisa triunfal en los labios.

Tayler sintió la ira crecer en su interior, más al ver su cara de satisfacción. Sin añadir nada más se giró para nadar hasta la escalerilla. Cuando salió se sacudió las ropas y comprobó el estropicio de sus botas.

—¿Qué tal sienta que te den a probar de tu propia medicina? —preguntó Peyton a su espalda.

Tayler apretó los dientes al darse cuenta de que se estaba mofando de él. Se giró, colérico, y se dirigió a ella amenazante.

—Eres una bruja.

—Y tú, un troglodita.

Tayler no pudo responder a su insulto, perdido en la contemplación de su rostro. Desde que Peyton había regresado solo se había dedicado a fastidiarle. En muchas ocasiones lo había logrado, pero también había conseguido que su cuerpo reaccionara a su cercanía.

Así, mojada de pies a cabeza, podía comprobar sus curvas perfectas gracias a las ropas que se adherían a su cuerpo como una segunda piel. Su largo cabello rubio caía lacio y húmedo contra su cráneo. Y sus sugerentes labios guardaban unas gotas que hicieron que una parte de su anatomía reaccionara.

Sin saber muy bien el porqué, acertó la distancia que los separaba y atrapó su rostro entre sus manos. Pudo leer en sus ojos azules la sorpresa, la misma que él sentía ante sus actos. Y aún así, atrapó sus labios entre los propios.

En un principio fue uno beso leve, de reconocimiento, pero en cuanto sus pieles se



tocaron una mecha se prendió. La lengua masculina ahondó hasta encontrarse con su contrincante para empezar una danza que caldeó sus cuerpos húmedos. Peyton respondió a la pasión que había surgido sin remisión. Hacía tiempo que su cuerpo no vibraba de tal manera, pero no podía permitir que aquello sucediera. con gran esfuerzo, empujó su pecho y lo apartó.

—¿Qué significa esto? —preguntó Peyton con la respiración entrecortada.

—Creo que está muy claro —respondió Tayler sin inmutarse.

—¡Pero —balbuceó—, me has besado! —le recriminó.

—Y tú has respondido con gusto —rebató Tayler, con una sonrisa ladina.

—Eres un hijo de....

Él silenció la frase colocando su dedo sobre los labios femeninos.

—No digas algo de lo que puedas arrepentirte —advirtió.

—Aggg —exclamó Peyton furiosa.

Finalmente se giró, con movimientos bruscos, y empezó a caminar hasta su coche, procurando no pensar en lo que podría haber sucedido minutos antes. Abrió la puerta con manos temblorosas y entró, sin importarle manchar la tapicería de cuero. Metió la llave en el contacto y arrancó, deseando desaparecer de allí, alejarse de la cercanía del cuerpo masculino que la había hecho vibrar.

Tayler escuchó como el coche derrapaba en el camino de grava, y apretó los labios, preocupado. Peyton siempre había tenido un genio de mil demonios, pero nunca había sido temeraria. Solo esperaba que llegara sana y salva al hostel donde se hospedaba. Se quitó el exceso de agua del cabello con las manos y deseó sacudirse de igual manera el deseo que atenazaba su cuerpo. « ¿Por qué la he besado?», se preguntó, pero ni el mismo tenía respuesta para lo que había sucedido.

\*\*\*

Malcom estaba nervioso, llevaba días esperando la llamada de Montoya, pero parecía que aquel cabrón no tenía prisa. Necesitaba saber la fecha de llegada del cargamento más importante hasta el momento, y para que todo saliera bien tenía que asegurarse de que su hermano había terminado con la dichosa reforma del completo.

Quizás para entonces Peyton ya habría entrado en razón y Roswell ya sería suyo. Unas horas antes había mandado redactar a su abogado una permuta por el Hotel Albany, que valía varios millones de dólares, por aquel lugar perdido en el bosque. Esperaba que esa oferta lograra convencer a su cuñada de una vez por todas.

Estaba desesperado. Podía sentir una soga al cuello, y temía que Montoya tirara de la misma hasta asfixiarlo. Aquel hombre era demasiado peligroso, y las deudas que había contraído con él no se saldarían con facilidad.

Para colmo de males estaba Stefanie, con la que había discutido dos días antes. La muy estúpida pretendía que dejara todo y se fuera de viaje por Europa con ella. Se había negado, y ella, movida por la rabia y su carácter caprichoso, había hecho las maletas y se había largado a Paris.

No la echaría de menos, estaba claro, pero en aquel momento no le venía bien ponerse a mal con ella. La necesitaba para embaucar a Peyton, y bien sabía que Stefanie era una maestra a la hora de fastidiar a su hermana y lograr lo que se proponía.

Se sobresaltó al escuchar el sonido del teléfono. La luz de llamada interna, que solía utilizar para comunicarse con su secretaria, estaba iluminada. Alargó su mano y atrapó el auricular.

—Dime, Mónica.

—Señor Jefferson, tiene una visita —informó la mujer con seriedad.

—¿De quién se trata? No tengo ninguna reunión prevista —indicó molesto, no tenía ganas de aguantar a nadie.

—El señor Morgan —contestó Mónica, que se sentía incomoda con la mirada de aquel hombre clavada en su persona. No pudo evitar que un escalofrío recorriera su cuerpo al cruzar su mirada con aquellos ojos negros que parecían sin vida.

Malcom se pinzó el puente de la nariz con el dedo índice y pulgar. «¿Qué coño hace Morgan aquí?», se preguntó frustrado. Le hubiera gustado ignorarle, pero no podía tratar así al lugarteniente de Montoya. Suspiró pesadamente, y contestó a Mónica, que esperaba sus indicaciones al otro lado de la línea.

—Hazle pasar, por favor, y no me pases ninguna llamada.

La secretaria se sintió agradecida cuando aquel hombre, de aspecto peligroso, desapareció tras la puerta del despacho.

Morgan observó la ostentuosidad del lugar con desprecio. No le gustaba Jefferson, y no se molestaba en ocultarlo cuando se reunía con él. Le hubiera mandado al otro mundo si no fuera porque a Montoya le interesaba hacer negocios con él.

Sin ser invitado, se acercó a la mesa donde se encontraban las bebidas, y se sirvió una generosa cantidad de whisky antes de sentarse en la butaca frente al escritorio.

Dio un largo trago antes de hablar.

—Montoya no está demasiado contento —comentó, clavando su mirada en su rostro.

Malcom, que sintió un sudor frío recorrer su espalda al escuchar sus palabras, se movió incómodo en su sillón.

—¿Por qué? —preguntó—, todo está saliendo según lo previsto. La última entrega fue un éxito...

—Jefferson, no nos tomes por estúpidos —le cortó Morgan con un gesto de mano—. Sabemos que tu suegro ha muerto, y que el complejo no te pertenece.

—Eso no es un problema, lo tengo todo controlado —rebatía Malcom con demasiada efusividad.

—¿Estás seguro? —preguntó Morgan, achicando los ojos.

—Por supuesto, antes de la próxima entrega estará a mi nombre.

—La entrega será en un mes —le advirtió.

Malcom sintió como la adrenalina recorría sus venas al conocer la fecha. Apenas le quedaba tiempo para lograr que Peyton cediera, pero no tenía otra alternativa, y estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para conseguirlo.

—Jefferson —le nombró Morgan—, ¿me has escuchado?

—Por supuesto —respondió atropelladamente—. ¿Qué día será, a qué hora? —indagó.

Con total parsimonia, Morgan se llevó la mano derecha al bolsillo interior de su chaqueta, y sacó de su interior una tarjeta que lanzó sobre la mesa.

—Ahí tienes todos los datos. Átalo bien, Montoya no quiere ningún error —le advirtió—. Te llamaré.

Sin añadir nada más se levantó y caminó hasta la puerta para salir del despacho.

## Capítulo 11

Peyton aparcó el coche frente al hostel de forma brusca. La dueña la observaba a través de la ventana. Le gustaba vigilar las entradas y salidas de sus clientes como único pasatiempo. Sus ojos se abrieron como platos cuando vio a la joven entrar en el recibidor, empapada de pies a cabeza.

—Señorita Gregory —la llamó desde su posición tras el mostrador—, ¿necesita ayuda?

—No —contestó Peyton, no tenía ganas de dialogar, y menos con aquella mujer que parecía ser la mayor cotilla del lugar—, solo deseo darme una ducha —terminó, dando por concluida la conversación.

Se giró y caminó hasta las escaleras, con intención de llegar lo antes posible a su dormitorio, pero la voz estridente de la señora Everett la retuvo.

—Señorita Gregory —insistió—, la ha llamado varias veces un joven.

Peyton rechinó los dientes antes de voltearse para enfrentarla. No estaba de humor para soportar sandeces.

—¿Preguntó el nombre?

La señora Everett la observó, contrariada por su tono de voz.

—El señor Kevin Clifford.

—Perfecto, gracias por el recado —replicó.

Sin añadir más Peyton subió los peldaños con paso firme.

Frente a la puerta, sacó con esfuerzo la llave del bolsillo de sus pantalones, empapados, y la introdujo en la cerradura. Ya en el interior de su habitación se sintió algo mejor, pero aún podía percibir el sabor de Tayler en su boca, y aquello amenazaba con volverla loca. Tenía que haberle abofeteado.

«¿Por qué he dejado que me bese ese cretino?», se recriminó. Y la pregunta más importante; «¿por qué lo he disfrutado?».

Mientras se maldecía, no dejó de luchar con su ropa hasta quedar completamente desnuda. Se dirigió al baño y se metió bajo el chorro de agua de la ducha. Sus músculos se relajaron, pero notar el agua correr sobre su piel le hizo revivir lo sucedido. No se iba a repetir, Tayler no volvería a besarla, refrendó con seguridad. Tampoco dejaría que él se metiera en sus asuntos y en las decisiones respecto al complejo Roswell. Ella era la jefa y la que arriesgaba su dinero, y no estaba dispuesta a permitir que él gobernara el lugar.

No estaba dispuesta a que aquello continuara así, las cosas iban a cambiar, se dijo mientras una sonrisa se perfilaba en sus labios. Ella misma supervisaría la obra, y para ello pensaba mudarse a una de las cabañas del lago. Su decisión también tenía que ver que no soportaba ni un minuto más a la señora Everett.

Estaba cerrando el grifo, cuando el teléfono de la mesilla comenzó a sonar. Se colocó una toalla en la cabeza, y otra cubriendo su cuerpo, antes de llegar a coger la llamada.

—Peyton Gregory. ¿Dígame? —se presentó.

—*Hola, Peyton —saludó una voz profunda desde el otro lado de la línea.*

—¡Kevin! —le nombró, siendo consciente de que hacía tiempo que no hablaban—. ¡Qué sorpresa!

—*La mía —respondió él con voz fría—, llevo días intentando ponerme en contacto contigo y no lo he logrado.*

—Lo siento, ya sabes que aquí no hay cobertura —Se excusó.

—*Peyton, he llamado varias veces a este número, hasta me lo he aprendido de memoria. Tenemos que hablar. Hace tres fines de semana que no nos vemos, y*

*apenas hablamos. Deberíamos tomar una decisión para dilucidar qué hacer con nuestra relación.*

Peyton sintió que su corazón detenía su latido varios segundos al escuchar sus palabras. Temía desde hacía tiempo que una cosa así sucediese. No quería asumir que en las semanas que llevaba en su hogar todo había cambiado. Siempre estaba perdida en los planes para el complejo Roswell y las continuas disputas con Tayler, cuyo nombre le llevaba a otras cuestiones en las que no quería pensar en aquel momento.

—*¿Peyton?! —la llamó la voz de Kevin.*

—*¿Sí? —respondió confusa.*

—*¿Has escuchado lo que te he dicho? —preguntó Kevin molesto.*

—*Por supuesto —respondió con esfuerzo.*

—*¿Cuándo vas a venir a Montgomery? —la interrogó.*

—*No lo sé —respondió frustrada—, esta semana no puedo, tengo cosas que hacer.*

—*Mira, princesa —la cortó Kevin iracundo—, cuando quieras algo de mí, ya sabes dónde encontrarme.*

Cuando Peyton iba a contestar, la línea se cortó, dejándola sola y apesadumbrada mientras aferrada al auricular. Sabía que estaba perdiendo a Kevin, pero en los días transcurridos no había recordado su ausencia, ni extrañado su presencia, y eso solo podía significar una cosa: su relación había terminado para siempre. Permitió que algunas lágrimas bañaran sus mejillas mientras se vestía con ropa seca.

Finalmente se acostó sobre la cama, con la intención de descansar.

El teléfono volvió a sonar, y Peyton lo cogió con manos temblorosas. En esta ocasión se trataba de la señora Everett, que pretendía saber lo que le sucedía, aunque había intentado enmascarar su curiosidad con una preocupación inexistente sobre su ropa mojada. Peyton no fue demasiado amable, y la llamada se cortó a los pocos segundos.

Al día siguiente se vistió con movimientos bruscos. Su enfado del día anterior contra Tayler aún persistía. Recordaba cada palabra que había surgido de sus labios, y había meditado largo y tendido sobre las medidas a tomar al respecto.

Se aferraba a esa lucha para no tener que pensar en su conversación con Kevin, y lo que aquello significaba. En Montgomery había creído encontrar una vida nueva, tras lo sucedido con Malcom en el pasado, pero todo lo construido se derrumbaba bajo sus pies.

El proyecto tenía que continuar, se repitió, mientras guardaba sus enseres en la maleta. No había dinamitado su pacífica vida por nada, se recriminó, mientras cerraba la cremallera del equipaje y se observaba por última vez en el espejo.

Estudió el efecto de la ropa sobre su cuerpo, y se sintió satisfecha con la elección. Unos estrechos pantalones vaqueros se ajustaban a sus piernas y caderas. Una camiseta azul de manga corta cubría sus pechos, y unas botas camperas completaban su atuendo. Recogió su larga cabellera en una coleta de caballo, y suspiró para coger aire en los pulmones antes de salir de la pensión Everett.

\*\*\*

Tayler había dormido mal aquella noche. En sus sueños se había colado un rostro ovalado presidido por unos expresivos ojos azules y unas juguetonas pecas que adornaban una nariz respingona. Estaban nadando en el lago y sus cuerpos se iban acercando palmo a palmo. Sus labios, húmedos, se encontraban, fundiéndose en una sola boca y... Nada tenía que ver con la realidad de su relación con Peyton. El día anterior no hubiera deseado discutir con ella, pero su actitud había logrado sacarle de

sus casillas, y su cercanía que deseara cosas que no podía tener.

Dio un trago al café que reposaba sobre la mesa, con la intención de espabilarse tras la noche que había pasado, cuando ante sus ojos apareció el pequeño coche rojo de Peyton. Por sus movimientos parecía estar enfadada, y no tenía la intención de vérselas con ella en aquel momento. Pero cuando vio que se dirigía, con una maleta, a la cabaña junto a la suya, soltó la taza sobre el escritorio con fuerza. Con su gesto logró derramar unas gotas sobre los papeles que tenía desparramados sobre el tablero que hacía las veces de escritorio.

Llegó justo a tiempo de ver como Peyton colocaba su equipaje sobre una mesa que había en el centro de la cabaña. Una fina capa de polvo se elevó, quedando suspendido en el aire.

—Peyton, ¿qué significa esto? —preguntó, señalando sus cosas.

—¡Tayler! —le nombró, mientras se giraba para encontrarse con su mirada—, me has asustado.

—¿Para qué has traído aquí tus cosas? —volvió a cuestionar Tayler, con mirada fría al imaginar de lo que se trataba.

—Es evidente, pienso quedarme aquí a partir de ahora.

—¿Qué? —cuestionó Tayler incrédulo.

—¿Te entró agua ayer es los oídos y no escuchas bien? —le rebatió, con una ceja elevada en un arco perfecto.

—Por Dios —exclamó frustrado—, ¿no ves como se encuentra este lugar? —dijo, paseando su mirada por la sucia y polvorienta cabaña—. Ni siquiera es seguro que se utilice el cuadro de luces —advirtió.

—No me importa, no pienso pasar ni un solo día más en ese hostel y, además, tengo que encargarme de muchas cosas aquí.

Tayler caminó en círculos, dilucidando el cómo actuar en aquellas circunstancias. No podía echarla de aquel lugar porque le pertenecía, y como decoradora entendía su afán por inmiscuirse en las cuestiones de la obra, pero la quería lejos, muy lejos de él.

—No creo que sea conveniente, hay muchos hombres pululando por el lugar...

—comenzó Tayler para excusarse.

—No te preocupes, viviré a tu lado —replicó segura.

—¿Por qué no vuelves al hostel y cuando la cabaña esté preparada regresas?

—necesitaba ganar tiempo.

—De ninguna manera —le rebatió, mientras comprobaba que el grifo escupía un agua turbia y espesa—, pero tengo una solución.

—¿Cuál? —preguntó Tayler con los brazos cruzados sobre su pecho.

—Viviré contigo, en la habitación que tienes libre, hasta que la mía esté preparada.

—Pero... —intentó objetar Tayler sin éxito.

—¿Qué problema tienes? —preguntó exasperada.

—Lo que sucedió ayer.

Peyton volvió su atención a la vieja pila de porcelana que tenía ante sí. No quería que él viera como sus pómulos se habían coloreado por la simple alusión al beso que habían compartido el día anterior.

—Tayler, creo que es mejor que lo olvidemos, no fue nada. Además, recuerda que tengo pareja —rebatía, aunque no estaba segura de que fuera por mucho tiempo.

El aludido se acercó a ella, molesto, clavando sus pupilas grises sobre su espalda. Hubiera deseado voltearla, pero obligó a sus manos a permanecer en los bolsillos traseros de su pantalón.

—Me alegro que pensemos lo mismo, fue solo un impulso, para mí no significó nada.

—Ni para mí, y ahora que está todo aclarado —dijo acercándose a la mesa—, ya puedo instalarme en mi nuevo dormitorio —dijo, cogiendo de nuevo la maleta para dirigirse a la puerta, por la que salió con ímpetu.

Tayler fue incapaz de moverse, no podía reaccionar a lo que acababa de suceder. De la noche a la mañana Peyton se había inmiscuido en su vida de una forma alarmante. Trabajaba para ella y ahora, para más inri, tenían que compartir baño. ¿Qué iba a hacer ahora con la tentación durmiendo a pocos pasos de su cama?, se preguntó frustrado, mientras se dirigía a la cabaña donde trabajaban sus hombres.

Terminaba de colocar la última fila de baldosas del cuarto de baño cuando ya había anochecido. Sus hombres habían ido a cenar al pueblo, muchas noches se había unido a ellos, solteros en su gran mayoría, pero aquella era distinta, estaba de un humor de mil demonios y no era buena compañía para nadie.

Tampoco deseaba entrar en la cabaña que ahora compartía con la responsable de sus desvelos. Recogió sus herramientas antes de fijar su mirada en la esfera de su reloj, y comprobó que era tardísimo.

Esperaba que Peyton ya estuviera en su habitación, pero la encontró tirada en el viejo sofá que había rescatado de los antiguos muebles del lugar. Dormía plácidamente con un viejo álbum de fotos que pendía de sus dedos, y amenazaba con desplomarse sobre el suelo de madera. Con delicadeza lo retiró de su mano, y la arropó con la manta que solía reposar sobre el respaldo de una silla. Apagó la lámpara que alumbraba tenuemente el lugar y se dirigió a la cocina, donde se preparó un sándwich de jamón con queso y cogió una cerveza helada de la nevera.

Había dejado el pesado tomo sobre la mesa, y cuando se sentó para degustar su cena, volvió a reparar en él. Sin ningún remordimiento lo abrió para encontrarse una malgama de fotografías de diferentes épocas del complejo Roswell. Estaban ordenadas por fechas, y no se sorprendió al encontrar algunas de Peyton y su hermana cuando usaban trenzas. Sonrió al imaginar la risa que se adivinaba en aquella imagen de una niña a la que le faltaba una pieza dental. Él la había conocido cuando era una adolescente que había salido por primera vez con un chico cuando el resto de sus amigas ya iban por su tercer novio. No tenía nada que ver con la mujer que ahora dormitaba en el salón y calentaba la sangre de sus venas con una sola mirada. ¿Dónde se había metido?, se preguntó. Y lo peor, ¿qué iba a hacer ahora?

Cerró el libro con sumo cuidado y apagó la luz antes de encaminarse a su dormitorio.

## Capítulo 12

Tayler agradeció la llegada del viernes al calendario. La semana conviviendo con Peyton había sido dura, y ahora que ella acababa de abandonar el complejo para ir a Montgomery, se sentía liberado.

Aquella noche se permitió ir con sus hombres hasta Roswell Ville para cenar. Connor le había liado y habían acabado la noche jugando unas partidas de billar en el bar entre risas y tragos. Agradeció que Luke fuera abstemio, porque no quería que tuvieran un accidente de regreso a Blackwood, donde pasarían el fin de semana con sus familias.

Llegó tarde a casa y algo mareado por el alcohol ingerido, por lo que acabó despatarrado, y completamente vestido, sobre la cama. Estaba profundamente dormido cuando una mano femenina se colocó sobre su pecho, bajo su camisa. Protestó, molesto por la intromisión, pero los dedos persistieron jugueteando con uno de sus pezones. Se sobresaltó y abrió los ojos, molesto por las caricias que recibía.

—¿Qué demonios...? —exclamó, mientras encendía lámpara de la mesilla.

Se hizo la luz, y ante sus ojos apareció el cuerpo exuberante de Débora, que le sonreía desde su posición, situada a horcajadas sobre él. Podía distinguir sus turgentes pechos a través de la transparencia del camisón negro que la cubría.

—¡Deb! —exclamó, apartándola de su cuerpo—. ¿Qué haces aquí?

—Ya que no me llamas, y que hace semanas que no apareces por la oficina, decidí hacerte una visita —comentó la joven, volviendo a acercarse a su cuerpo con deseo. Su lengua llegó a la piel de su cuello, y la humedeció antes de soplar. Su avance prosiguió e intentó besar sus labios.

Tayler la separó con rudeza y se levantó, dándole la espalda para no verla. Peinó su cabello con los dedos antes de girarse para enfrentarla.

—No debiste venir.

Débora, lejos de abandonar la cama, se acomodó seductoramente, mostrando más porción de su piel ante sus ojos.

—¡Oh, vamos! ¿No me has echado de menos? —preguntó, elevando una de sus cejas.

—Esa no es la cuestión —rebatía Tayler molesto. No estaba de humor para visitas sorpresas, y menos para ser acosado en su cama.

Rebuscó en el armario y dio con el albornoz que apenas solía usar. Se acercó a la cama y lo tiró sobre ella.

—Ponte esto, te espero en la cocina —ordenó, antes de salir del dormitorio.

Débora estaba frustrada, y cogió la prenda con furia. Esperaba que le hubiera gustado su sorpresa, pero solo se había encontrado con los ladridos de su jefe. Las semanas que llevaba sin verle se le habían hecho eternas, y la necesidad de un cuerpo masculino se había agudizado. Podía haber encontrado consuelo en cualquier otro hombre, pero Tayler se había convertido en una obsesión para ella.

Toda la culpa la tenía la señorita Gregory, lo sabía. Desde su llegada, Tayler se había convertido en otro hombre al que apenas reconocía. Antes siempre bromeaba con todo el mundo, sonreía a menudo y la seducía con dulzuras, ahora era todo lo contrario.

Se levantó con desgana del colchón y se encaminó por el pasillo siguiendo la luz que la llevó a la cocina. Tayler había hecho café, su aroma inconfundible traspasó sus fosas nasales, y estaba apoyado en la encimera mientras degustaba de una taza humeante.

—Tayler, ¿por qué te enfadas? —le preguntó cogiendo una taza de la alacena para servirse ella también.

—No me gustan este tipo de sorpresas. Deberías haberme avisado.

—Si lo hubiera hecho, te habrías negado.

—Por supuesto —afirmó, dando un nuevo trago que le ayudó a despejarse.

—¿Es que ya no me deseas? —preguntó la joven, mientras volvía a acercarse a su cuerpo, invadiendo su espacio vital.

Tayler meditó sobre sus palabras. Débora tenía razón, no la deseaba y eso solo hacía aumentar su frustración. Toda la culpa la tenía Peyton. Desde su llegada todo su mundo se había trastocado, incluso sus apetencias sexuales. Su secretaria, con un cuerpo escultural y rostro angelical, no conseguía removerle por dentro como la cara de enfado que Peyton solía mostrarle.

—Débora —dijo volviendo a apartarla, cogiendo sus brazos e intentando que ella le escuchara y dejara de jugar—, lo hemos pasado muy bien juntos, eres una mujer increíble, pero lo nuestro no tiene futuro.

La mujer sintió que su corazón se detenía en su pecho. Todos esos meses que había empleado en conquistar a Tayler no habían servido para nada, y eso hizo que perdiera los papeles. Intentó abofetearle, pero él tenía buenos reflejos y pudo evitar el ataque sujetando sus muñecas.

—¡Eres un cerdo! —escupió Débora furiosa—, te has aprovechado de mí.

—No seas melodramática, hemos disfrutado mucho juntos, pero creí que tenías claro que solo era algo físico.

—Yo te quiero —gritó desesperada.

—¡Oh, vamos! También amabas al dueño de la conservera donde trabajabas antes. ¿O no es verdad?

—Eso ha sido un golpe bajo —le recriminó la joven, mientras ajustaba el albornoz sobre su cuerpo.

Tayler clavó su mirada en su rostro furibundo. Quizás había sido demasiado rudo con ella, y lo sentía, pero aquella situación tenía que aclararse tarde o temprano, y su paciencia ya se había agotado.

—Débora, me lo he pasado genial contigo, pero los dos sabíamos que nuestra relación

—Se le atragantó la palabra en la garganta, y se sintió mal a su pesar—, no tenía futuro.

—Esa es tu opinión —recalcó ella, cruzando sus brazos sobre su pecho mientras fruncía el ceño.

—Lo siento, ¿vale? —dijo frustrado y con la cabeza a punto de estallar.

Débora estudió su mirada y fue consciente que nada podía hacer. Se imaginó que algo también tenía que ver la señorita Peyton Gregory. No era estúpida, sabía que pasaban muchas horas trabajando juntos y Tayler no pasaba desapercibido para ninguna mujer.

—¿Es por ella?

Tayler la observó confuso.

—¿A qué te refieres?

—He visto como mirabas a la señorita Gregory el otro día en la oficina.

—Eso son tonterías. Débora, ahora solo tenemos una opción, trabajamos juntos, ¿por qué no intentamos ser amigos?

Débora deseó golpear su rostro, pero se contuvo. A pesar de que no quería volver a verle, necesitaba aquel empleo. Maldijo para sus adentros antes de pintar una sonrisa en sus labios.

—Está bien —aceptó—, tienes razón. Siento lo ocurrido, no volverá a pasar.

Tayler se sintió completamente agradecido y, sin pensar, la cogió en sus brazos y la estrecho fraternalmente.

—Gracias, eres una delicia de mujer. Algún día encontraras al hombre adecuado.

—¿Y mientras tanto? —replicó la joven con humor.

—Hay muchos de mis hombres que suspiran por tus huesos.

—Para de decir tonterías — rebatió Débora, alejándose de su cercanía.

—Bien, ahora lo mejor será que durmamos algo. Mañana te acompaño a tu coche.



¿Dónde lo dejaste?

—En la entrada.

—¿Y qué te dijo el vigilante? —indagó.

—No había nadie y la puerta estaba abierta —respondió la mujer.

Tayler torció su gesto al escuchar sus palabras. Al día siguiente pensaba pedir explicaciones sobre el asunto al vigilante, pero ahora solo deseaba descansar.

—Vale —indicó a la joven—, ahora acuéstate.

—¿Dónde?

—En la habitación que hay al final del pasillo.

—Buenas noches, Tayler —expresó Débora con melancolía.

—Buenas noches, preciosa —respondió Tayler, observando su espalda mientras se alejaba.

Tayler se quitó la ropa y se acostó nuevamente en su cama. La borrachera casi había desaparecido, dando paso al insomnio gracias a la visita de Débora. Tuvo tiempo de sobra para dar vueltas a demasiadas cuestiones. La primera era lo que estaba sucediendo en su interior. Antes de la vuelta de Peyton cualquier mujer hermosa conseguía excitarlo con apenas unas caricias, pero aquella noche con Débora no había sentido nada, y eso le preocupaba. ¿Por qué no podía sacar a Peyton de su cabeza ni siquiera en sueños?

Ceñudo, abullonó la almohada y buscó la postura para intentar dormir.

Había conseguido dar una cabezadita, cuando un sonido en el exterior le despertó. Al principio no supo deducir de donde procedía, pero cuando salió al exterior, y agudizó su oído descubrió que provenía de la gran arboleda cercana que poblaba la orilla del lago. Se trataba de un vehículo aéreo de motor, pero no pudo identificarlo.

Sabía bien que en aquella zona no había ningún helipuerto ni nada que se pareciese, por lo que le resultó extraña la presencia de algún helicóptero en la zona, y más en la noche y en un lugar tan apartado. Ese hilo de pensamiento le llevó a recordar el comentario de Débora. ¿Dónde había estado el vigilante cuando había llegado la joven, y por qué la puerta estaba abierta? Y lo más importante, ¿habría escuchado alguna vez el vuelo nocturno?

A la mañana siguiente acompañó a una malhumora Débora hasta su coche. Cuando el vehículo azul de la joven desapareció de su vista se giró para encaminarse al puesto de control de la entrada. Allí se encontraba uno de los guardas.

—Buenos días, Brandon —saludó al hombre uniformado.

—Buenos días, señor Jefferson —contestó el joven con una sonrisa.

—¿Quién hizo esta noche la guardia?

Brandon se rascó la cabeza mientras hacía memoria. Sus ojos se iluminaron al dar con la respuesta correcta.

—Era el turno de Mackenna.

—¿Alguna noche has escuchado algún ruido extraño?

—¿Se refiere a fantasmas? —preguntó el joven, cambiando de color.

Tayler contuvo la risa que pugnaba por salir antes de contestar.

—No, me refiero a algún helicóptero.

—No, señor, no escuche nada.

—Bien. Gracias por la información.

—Es un placer serle de ayuda —replicó Brandon mientras regresaba a su posición tras el escritorio.

A Tayler no le gustaban demasiado los domingos. Se sentía como un animal enjaulado

encerrado en una casa. Sus hombres solían pasar el fin de semana con sus familias, por lo que él se quedaba solo en aquel lugar solitario durante dos largos días. Tampoco le apetecía trabajar, y si su tía Betty le viera le amonestaría; «los domingos es el día que el Señor designó para que descansáramos». Aburrido como estaba, decidió dar un paseo por la orilla del lago, para poder disfrutar de la naturaleza. Se preparó un bocadillo, una botella de agua y algunas tabletas de chocolate y se colocó la mochila a su espalda para emprender la marcha.

Disfrutó del frondoso paraje verde que se abría a su paso, y respiró con vigor el aire puro que ensanchó sus pulmones. La densa arboleda le protegía del sol radiante, y se maravilló del juego de luces a su alrededor. Anduvo durante horas y sacó varias fotografías impresionantes con su móvil antes de detenerse para almorzar.

Se aproximó a un claro, y descubrió que una gran extensión de tierra arbolada había sido talada. Los troncos, de varios metros de alto, se apilaban a un lado, al igual que las raíces que habían sido extraídas de la tierra que las había protegido durante largos años. Se acercó hasta ellas y se acuclilló para estudiar los restos. Descubrió, tras examinarlas, que no hacía demasiado tiempo de aquella deforestación. No encontraba el sentido a aquella salvajada, pero de lo que sí estaba seguro era que el señor Gregory nunca habría ordenado algo así. Cuando se incorporó, descubrió la figura de un hombre en el bosque, que al verse descubierta salió corriendo.

—¡Eh! —gritó Tayler, intentando detenerle, pero el sujeto se dirigió a una moto que no dudó en montar—. ¡Alto! —insistió Tayler con esfuerzo, corriendo tras él, deteniéndose finalmente y apoyando las palmas de sus manos en sus rodillas intentando recuperar el resuello. Ya no podía forzar su cuerpo, aquel desconocido había escapado.

Cuando se hubo recuperado, regresó al lugar donde había abandonado sus pertenencias y se bebió de una sola vez la botella de agua mineral. Se secó el sudor con el antebrazo y estudió su alrededor.

Siguió investigando el terreno, y descubrió huellas de varios neumáticos. Unas parecían recientes, otras más antiguas, pero aquello demostraba que alguien había entrado en la finca privada y no entendía el porqué. Unió lo que acaba de ocurrir con el sonido del avión la noche anterior y al comportamiento poco profesional del guarda. ¿Qué estaba sucediendo en aquel lugar?, se preguntó. Algo no le gustaba, y no pensaba dejar la cosa pasar.

Antes de hablar con Peyton, decidió hacerlo con el Sheriff de Blackwood. Conocía a Duncan desde la guardería y siempre habían sido amigos. En cuanto llegara a la cabaña intentaría localizarle para informarle de las cosas que estaban sucediendo en aquel lugar.

## Capítulo 13

Peyton necesitaba relajarse tras un largo fin de semana, repleto de llantos y recuerdos que ahora afloraban en su mente. La conversación que había mantenido con Kevin había sido la más dura de su vida, y aún se repetían en su cabeza las duras palabras pronunciadas por el hombre que había jurado amarla. No podía culparle, ella también era responsable de lo que había sucedido, pero hubiera deseado que su relación no acabara de esa forma.

Llegó la tarde del domingo a última hora, y aparcó su coche frente a la pequeña casa de Rebeca. Hacía tiempo que no iba a visitarla, y se maravilló de la estampa que mostraba el lugar. Una pequeña edificación de ladrillos rojos, donde las ventanas blancas destacaban, estaba rodeada por un frondoso jardín donde destacaban las flores de vivos colores.

Estaba a punto de tocar el timbre, cuando la puerta se abrió con estrépito, dando paso a Donovan Stuart, que no parecía estar de buen humor. Lo denotaban su tensa mandíbula y sus puños apretados. Apenas le dedicó un «buenas tardes», antes de desaparecer del porche en dirección a su coche.

Cuando Peyton se giró, encontró en el vano de la entrada a Rebeca, que mostraba sus labios sonrojados, las pupilas dilatadas y el vestido blanco arrugado. Apostaba lo que no tenía a que aquellos dos habían tenido algo más que un cruce de palabras.

—¿Vengo en mal momento? —preguntó sin dejar de observar a su amiga.

—No, por favor. ¿Cómo te encuentras? —preguntó Rebeca, mientras intentaba organizar los mechones de su melena.

—Fatal —confesó Peyton, mientras se enjuagaba las lágrimas con un pañuelo de papel.

Rebeca no pudo hacer otra cosa más que tomarla en sus brazos y darle el consuelo que parecía necesitar. Le había comentado brevemente lo sucedido por teléfono, pero sabía que habría mucho más.

—Anda, pasa y te preparo una tila —le ofreció Rebeca mientras la empujaba al interior de la casa.

—Preferiría una copa de vino —comentó Peyton, con la confianza que ambas compartían desde hacía años.

—Por supuesto, tengo uno blanco que te quitará las penas —replicó su amiga mientras la acompañaba al pequeño salón.

Rebeca volvió poco después con dos copas en una mano y una botella en la otra. Sirvió generosamente ambas y le entregó una. Peyton, que ya estaba cómodamente sentada entre los cojines, descalza y con las piernas flexionadas al estilo indio, la tomó y disfrutó del primer sorbo.

—Cuéntame, preciosa, estoy aquí para escucharte —la instó Rebeca.

—Siento molestarte, no debería...

—Si has venido hasta aquí es porque necesitas un hombro sobre el que llorar, y no creo que lo encontraras en la casa Gregory.

Peyton sonrió tenuemente al escuchar sus palabras. Rebeca la conocía demasiado bien.

—No sé ni cómo empezar —Se quejó.

—Por el principio estaría bien.

—Llevábamos varias semanas sin apenas hablar, y cuando lo hacíamos siempre acabábamos discutiendo. Cuando Kevin me llamó y me dijo que teníamos que tomar una decisión sobre lo nuestro pensé que el mundo se derrumbaba a mí alrededor.

—Es comprensible, después de lo que pasaste con Malcom, Kevin actuó como un bálsamo para tu alma. Pero creo que nunca le amaste verdaderamente.

Era duró escuchar las palabras de Rebeca, pero en el fondo de su corazón sabía que tenía razón. No solo le había engañado a él, sino a sí misma.

—Lo entiendo, pero me dijo cosas horribles, como si me odiara.

—Entiende que él si te quería, ha debido ser un duro golpe. No hablaba el Kevin que tú conocías, sino la rabia que ahora le desgarras.

—No puedo creer que nuestra relación haya acabado —comentó Peyton, conteniendo las lágrimas que pugnaban por salir.

—No te mortifiques, piensa que la línea de tu mano ha cambiado el trazo. Ahora debes pensar en el futuro.

—Sí, ahora solo me queda el complejo Roswell. Pienso luchar por ese proyecto con dientes y uñas —expresó tozuda.

—Peyton, ¿ese complejo vacacional es tan importante para ti como para haber renunciado a Kevin? —preguntó su amiga preocupada.

—No puedo mentirte, en el tiempo que llevo aquí apenas lo he extrañado. Además, la pasión se había evaporado.

—No te puedo creer. Kevin es uno de los hombres más atractivos que he conocido.

—Rebeca, no seas superficial, eso no es suficiente. Además, nada tiene que ver con eso.

—¡Oh, Claro! Pero quizás si con quien compartes casa —dijo aludiendo a su convivencia con Tayler en la cabaña.

Peyton casi se atragantó tras el comentario de su amiga.

—Tayler no tiene nada que ver con esto —replicó furibunda, cosa que provocó una sonora carcajada por parte de su amiga.

—Por supuesto —contestó Rebeca con humor—, pero, ¿de quién fue la genial idea de vivir juntos?

—Vale, fue mía, pero solo es algo temporal —confesó Peyton, notando como sus odiosas mejillas se coloreaban.

—¿Y cómo se te ocurrió? —preguntó curiosa.

—Fue porque necesitaba salir de aquel maldito hostel —Se excusó.

—¿Seguro? —preguntó Rebeca achicando los ojos.

—¡Oye!, que no soy uno de tus testigos para que me interrogues. Además, yo no te he preguntado que hacía aquí Donovan Stuart, ni porque salía precipitadamente.

—Está bien, *touché*, lo dejamos ahí —respondió Rebeca, que no tenía ganas de hablar de lo sucedido con el arquitecto.

—¿Sabes dónde se ha metido mi hermana? He intentado llamarla en varias ocasiones, pero siempre salta el contestador —indagó preocupada.

Las últimas llamadas de Betty la habían dejado preocupada. Al parecer Malcom y Stefanie no hacían más que pelearse, y Peyton no podía evitar inquietarse por su hermana, a pesar de su comportamiento odioso para con ella.

—Los últimos rumores apuntan a que Stefanie se ha ido de viaje dejando solo a su querido maridito.

—¡Genial! —exclamó molesta—, lo que me faltaba. No tengo ganas de pasar la noche en casa, ¿me acogerías aquí? —preguntó, mientras ensayaba su cara de niña buena frente a su amiga.

—¿Sucede algo con Malcom? —preguntó Rebeca preocupada.

—Nada grave, solo que me está volviendo loca. No deja de insistir en que no voy a ser capaz de sacar adelante mi proyecto. Incluso me ofreció comprarme el complejo por una suma superior a su precio.

—Ni si te ocurra dejarle meter su nariz en tus asuntos.

—No pensaba hacerlo, puedes estar tranquila.

—Nunca me ha gustado Malcom.

—Sí, lo sé, y nunca te hice caso al respecto.

—Pues deberías hacerlo ahora.  
—¿Con respecto a qué? —preguntó confusa.  
—Tayler Jefferson.  
—¿Otra vez con eso?, no insistas. Él y yo nunca congeniaríamos.  
—Pero...  
—Ahora estoy cansada, solo quiero dormir —concluyó Peyton, dejando la copa vacía sobre la mesita situada frente al sofá.

Rebeca hubiera deseado que entrara en razón, pero se apiadó de ella al ver las ojeras bajo sus ojos. Se levantó, y tendió su mano a Peyton para hacer lo propio. La acompañó hasta la habitación de invitados, donde le prestó un camisón y la arropó antes de besar su mejilla con cariño.

\*\*\*

Tayler se levantó temprano aquel lunes. Agradeció descubrir que Peyton aún no había regresado, por lo que no se encontró con ella encerrada en el baño y haciendo que perdiera la mañana como había sucedido días antes. Llegó a buena hora a Blackwood, y se dirigió directamente a supervisar los trabajos de la cuadrilla de trabajadores que permanecía allí y que sacaban adelante las obras que tenía abiertas. El proyecto Roswell le robaba demasiado tiempo, pero no se fiaba de dejar las cosas en manos de Connor, y no porque no fuera bueno dirigiendo a los trabajadores, sino porque Peyton podía llegar a ser muy peligrosa y no quería que sus hombres se declararan en huelga. No coincidió con Débora cuando fue a la oficina para firmar algunos papeles pendientes, suponía que en venganza por lo sucedido el sábado se había tomado el día libre, pero no le importó.

Tras almorzar, y revisar que su casa estuviera en perfectas condiciones, se dirigió a la comisaría, donde debía estar esperándole Duncan, con el que había hablado la noche anterior. Ya en el interior no dudó en internarse por uno de los pasillos estrechos del edificio hasta llegar a una puerta biselada donde se podía leer en cursiva el nombre del jefe de policía. Llamó con los nudillos, y una voz potente le respondió desde el interior, instándole a entrar.

Gabriel le recibió cómodamente sentado en su silla giratoria.

—Jefferson, siéntate, por favor —le ofreció, indicando la silla frente a sí—, me tienes intrigado.

—Duncan, quizás solo sean tonterías mías, pero quería pedirte opinión.

—Desembucha.

—Ayer escuche un helicóptero sobrevolando el lago.

—¿Y? ¿Qué tiene eso de anormal?

—Que eran cerca de las dos de la madrugada.

Gabriel se mesó la barbilla, pensativo.

—¿Solo fue ayer, o ha pasado más veces? —interrogó.

—He preguntado a mis hombres y no es la primera. Al menos en dos ocasiones.

—¿Con que frecuencia?

—Aproximadamente cada dos semanas.

—Aparte de eso, ¿hay algo más?

—Uno de los guardias desapareció la otra noche de su puesto, dejando la puerta abierta. No sé si tiene algo que ver, pero me huele que sí.

—Bien, apúntame aquí su nombre —Solicitó Gabriel, acercándole una libreta—, investigaré su pasado.

—Y también encontré a un hombre montado en moto merodeando por la zona. Donde le descubrí había muchas marcas de neumáticos, unas más recientes que otras. Por no hablar que había una gran área de árboles talados.

Gabriel tomó la libreta, y él mismo comenzó a anotar cosas en el mismo papel.

—Está bien, Jefferson, voy a investigar el asunto. Me pondré en contacto con el Sheriff de Roswell por si sabe algo. Puedes estar tranquilo.

—Gracias, Duncan, no sabes lo que te lo agradezco —dijo Tayler, mientras le tendía su mano tras levantarse del lugar que ocupaba.

—En cuanto sepa algo te llamo —le prometió el Sheriff, antes de empezar a meter los datos en el portátil que tenía frente a sí.

Cuando salía del edificio reconoció a Rebeca, que caminaba aceleradamente hacia su oficina. Casi tuvo que correr para alcanzarla, y no pudo evitar sonreír al comprobar que su rostro se mostraba somnoliento. Podía adivinarse que había dormido poco.

—Rebeca —la llamó.

La aludida le enfocó y se detuvo.

—Tayler, que sorpresa, no sabía que estabas aquí.

—Voy y vengo varias veces a la semana, no puedo dejar desatendido mi negocio.

—Te comprendo —contestó mientras observaba la hora que marcaba su reloj de pulsera—, pero ahora no puedo entretenerme. ¿Por qué no vienes conmigo? Tengo que entregarte unos papeles que se me olvidó dar ayer a Peyton.

—¿Peyton? —preguntó curioso, mientras intentaba adaptarse al paso rápido de la joven—, ¿ha estado aquí? ¿No estaba en Montgomery?

—¡Eh, tranquilo! —Solicitó Rebeca con un gesto de mano—. No me bombardees a preguntas.

Tayler sintió que su rostro tomaba calor, avergonzado por demostrar excesivo interés por Peyton frente a su amiga.

—Perdona, no es asunto mío.

—Peyton sí fue a Montgomery, pero regresó ayer y necesitaba el consuelo de una amiga.

—¿Aún sufre por su padre? —Se mordió la lengua tras soltar la dichosa pregunta.

—No es eso —Rebeca se estaba divirtiendo de lo lindo con los cambios de expresión que denotaba el rostro varonil—, la pobre ha roto con su novio.

—¿Qué? ¿Ha dejado al fiscal? —No podía creerlo.

—Sí, y mira que lo lamento, ese hombre era un manjar para la vista.

—¡Rebeca! —exclamó Tayler molesto.

—Espero que estos días seas comprensivo con ella —Solicitó.

—¿Acaso me crees un monstruo? —preguntó Tayler molesto.

—No, por supuesto que no, eres un amor.

—No seas zalamera.

—Y tú no seas tan gruñón, que me estás haciendo perder la mañana.

—¡Eh! No me culpes a mí de los estragos que cometierais vosotras dos anoche.

Rebeca reía alegremente mientras ambos entraban en el edificio de oficinas situado frente al ayuntamiento.

Tras visitar a sus tíos en la casa Gregory, Taylor cogió su coche y se encaminó hacia Roswell. No dejaba de pensar en lo que le había comentado Rebeca sobre la ruptura de Peyton con su pareja. No había conocido a aquel hombre personalmente, pero le había parecido exitoso y con un futuro por delante, y no llegaba a comprender por qué habían roto. No es que a él le incumbiera, pero temía enfrentarse a una Peyton desestabilizada que pagaría su frustración con él y sus hombres.

## Capítulo 14

Cuando Peyton despertó, Rebeca ya se había marchado. Agradeció el café, aún caliente en la cafetera, y se sirvió una taza con gusto. Había dormido como un lirón, suponía que por el cansancio acumulado de los últimos días. Pero ahora se encontraba con fuerzas renovadas y dispuesta a centrarse en su nuevo futuro, como le había aconsejado su amiga.

Llegó al lago a media mañana, y tras sacar la maleta del coche fue directa al baño, aprovechando que sucasono estaba. Disfrutó del agua tibia, y se sintió renovada cuando salió con una toalla enrollada en torno a su cuerpo.

En su dormitorio se dirigió a la cómoda para coger su ropa interior, pero descubrió que todas sus braguitas estaban esparcidas por el suelo. Se agachó y rescató una de ellas para comprobar que estaba completamente desgarrada, como el resto, que descansaban cerca de unas tijeras. Observó a su alrededor y descubrió, sobre la cama desecha, un camión negro de lo más sugerente. Estaba claro que una mujer había pasado la noche allí, y una ira incontrolable se adueño de su cuerpo. Parte de sus pertenencias habían sido fisgoneadas. ¿Qué demonios había pasado en su ausencia?, se preguntó frustrada. Le dieron ganas de gritar, pero se controló, acumulando sus energías para cuando se encontrara con Tayler.

Con movimientos bruscos colocó su maleta sobre el colchón y rebuscó hasta encontrar ropa interior que ponerse. Resuelta, buscó unos vaqueros y una camiseta de tirantes antes de calzarse unas botas de color camel y salir al exterior, para dirigirse al edificio principal, donde ahora trabajaban los hombres.

Esperaba encontrar allí a Tayler, pero Connor la informó de que había salido temprano hacía Blackwood. Le hubiera gustado patear el suelo, pero se contuvo y sonrió al hombre que la miraba con cierto recelo, más cuando se dedicó a inspeccionar el trabajo que estaban realizando.

Dos hombres estaban elevando los postes de madera de la nueva terraza exterior del restaurante, donde se colocarían unos toldos blancos que protegerían a los clientes de las inclemencias del sol. Desde aquel lugar había una vista impresionante del lago, donde los halos solares hacían juego de luces con el agua cristalina. El entarimado del suelo había sido barnizado en un tono oscuro, y la barandilla que rodeaba la plataforma estaba pintada de blanco.

Tayler aparcó su todoterreno frente a la zona donde sus hombres estaban trabajando. Podía escuchar los martillados, un sonido familiar que logró liberar parte de la tensión que se acumulaba en sus hombros. Entró por la puerta que daba al salón para poder acceder a la terraza, que esperaba estuviera lista aquella misma tarde.

Todos los planes se borraron de su cabeza al descubrir a Peyton encaramada a una escalera, pintando una de las vigas que hacían las veces de techado. Su cuerpo volvió a tensarse, y apretó los puños con furia. Se dirigía a su posición, para reprenderla, cuando en su camino se cruzó Connor, que tenía cara de pocos amigos.

—Jefe, no he podido impedirlo —se excusó—, esa mujer es una cabezota.

—¿Está loca? ¿Estáis todos locos? —exclamó furioso.

—Jefe...

Tayler cortó sus palabras elevando su mano.

—No quiero excusas. ¿Qué pasará si hay algún accidente? No es mi empleada y no la tengo asegurada, y estoy seguro que sería capaz de denunciarme.

—A ver, esta algo loca, pero no es mala persona...

Cuando el estruendo sonó, ambos hombres se giraron para encontrar a Peyton desparramada en el suelo, con la escalera de la que había caído a pocos centímetros de su cuerpo. Tayler sintió que su corazón se detenía, y en un abrir y cerrar de ojos corrió a su encuentro.

Peyton sintió un dolor latente en su trasero, y como su tobillo se resentía tras la fuerte caída. La respiración volvió de súbito y rasgó sus pulmones. Con temor abrió los ojos para encontrarse con un cielo azul sobre su cabeza, que parecía dar vueltas. Unos pasos rápidos y contundentes retumbaron en sus oídos y al ver las gastadas botas de Tayler, maldijo para sus adentros. No esperaba que él plantara su rodilla en el suelo y cogiera sus hombros con virulencia. Sintió un escalofrío cuando sus ojos grises se clavaron en su rostro con preocupación.

—¿Te encuentras bien?, ¿te duele algo? —la interrogó.

—Creo que sí —respondió a la primera cuestión—. Y dolor solo tengo aquí —dijo señalando una de sus costillas.

Tayler apoyó el cuerpo femenino contra su rodilla, y sin pensar en la incomodidad que pudiera sentir Peyton, levantó la parte inferior de camiseta y palpó con dedos hábiles la zona. El rostro de ella se crispó de dolor antes de escupir una maldición.

Tayler comprobó que no parecía tenerla rota, y al escuchar sus palabras sibilinas no pudo evitar dibujar una media sonrisa en sus labios.

—Vaya, *señorita Gregory*, si mi tía la oyera le lavaría la boca con jabón.

—¡Cállate!, estúpido, y bájame la camiseta —le ordenó, con el rostro escarlata por las miradas de los hombres que los observaban.

Tayler se percató de la situación, y no tardó ni medio segundo en seguir sus indicaciones. Se giró a sus hombres y les dijo que ya podían recoger sus herramientas e ir a descansar. Aún faltaban treinta minutos para concluir la jornada laboral, por lo que ninguno dudó a la hora de salir de aquel lugar, donde estaban seguros que iba a comenzar una batalla entre dos contrincantes muy tozudos.

Cuando al fin estuvieron solos, Peyton apartó a Tayler con un empujón, lo que provocó que se retorciera por el dolor.

—Peyton —dijo Tayler molesto—, no seas tozuda y deja que te ayude.

La aludida se giró con esfuerzo, y clavó su mirada en el rostro masculino.

—¿Igual que me ayudaste con mi ropa interior?

—¿Qué? —exclamó Tayler confuso—, ¿a qué te refieres?

—No te hagas el estúpido.

—Te juro que no sé de qué me hablas.

—Esta mañana, cuando he llegado, he descubierto que alguien ha registrado mis cosas. Y no contento con ello se ha dedicado a despedazar mis brag... mi ropa interior. ¿Tienes alguna explicación al misterio?

—¡Mierda! —exclamó Tayler sin poder contenerse.

Sabía que estaba metido en un buen lío. Débora había hecho una de las suyas y no se escaparía de su furia, pero ahora le preocupaba más tener que dar una explicación a Peyton de por qué una mujer había pasado la noche en la casa.

—Escúchame... —comenzó, pero Peyton le cortó con un gesto de mano.

—No, escúchame tú a mí, no voy a permitir que metas a mujerzuelas en mi casa.

Tayler, al escuchar sus palabras, se quedó con la boca abierta y no pudo contener una sonora carcajada que surgió de su garganta.

Peyton se levantó con trabajo, y deseó patear el culo de Tayler, que permanecía tirado en el suelo sin dejar de reír.

—¿Qué te resulta tan gracioso?

Tayler se levantó, sin demasiado esfuerzo, y rodeó la cintura de la joven por temor a



que se tambaleara.

—Por un momento he llegado a pensar que eras una esposa celosa.

Peyton rechinó los dientes y se mordió la lengua para no insultarle, que era lo que en realidad le apetecía.

—Ni en tus mejores sueños.

—Como quieras —aceptó Tayler, mientras conducía a Peyton a su coche—, pero ahora vamos al hospital.

—¿Para qué? —preguntó frustrada.

—Hasta que no te revise un médico no me quedaré tranquilo. Y otra cosa te voy a decir: que sea la última vez que trabajas en la obra.

Peyton no quiso seguir discutiendo, aunque no estaba de acuerdo con su orden, y se subió al coche de Tayler.

\*\*\*

El ambiente del local, situado cerca de la bahía, era un hervidero de gente. En la pista de baile las mujeres se contoneaban, vestidas exiguamente, al son de la música. Su intención era llamar la atención de alguno de los hombres de negocios que solían pasar largas noches en aquel lugar, y que no dudaban sacar su cartera para invitarlas a alguna copa.

En la planta superior se encontraban los reservados, donde muchos se reunían para charlar sobre negocios, o simplemente para disfrutar de la compañía de alguna joven incauta.

Malcom se encontraba en uno de ellos, sentado en un sillón de diseño llamativo color rojo. Desde su posición observaba la pista que quedaba frente a sus ojos, aunque el sonido quedaba aislado por los cristales del ventanal. A su derecha reposaba la copa de whisky que le había servido uno de los camareros poco antes.

Jugueteaba con su mechero de oro entre sus dedos, provocando un sonido sordo contra la madera de la mesa, mientras su cabeza no dejaba de elucubrar. Estaba nervioso, no lo podía negar, había sido así desde que recibió la llamada de Montoya, citándole en aquel lugar.

La puerta a su espalda se abrió, y Malcom no pudo evitar sobresaltarse. Se giró, lentamente, y se encontró frente a un hombre alto que vestía completamente de negro. Su cara era alargada, y permanecía parcialmente cubierta por una espesa barba. A su espalda se encontraban dos sujetos musculados que se encargaban de su seguridad.

—Jefferson, tienes muchas explicaciones que dar —soltó Montoya, sentándose a su lado, sin apartar la mirada de su rostro.

El aludido sabía que tenía razón, que lo sucedido la semana anterior en el complejo le traería complicaciones, pero no esperaba que el jefe máximo de la organización le citara para tirarle de las orejas. Normalmente era Morgan, su mano derecha, quien lo hacía.

—¿Me escuchaste? —preguntó Montoya molesto, mientras daba cuenta de la copa olvidada de Malcom.

—Por supuesto —respondió el aludido con reticencia.

Nadie le hablaba así, pensó Malcom enfadado, pero no podía dar rienda suelta a su enfado porque aquel hombre era peligroso.

—*Gringo*, no tengo toda la noche. Comienza a hablar. ¿Por qué un tipo persiguió a uno de mis hombres?

—Señor Montoya, ha sido algo puntual, no volverá a suceder.

—No me gusta que nadie sepa de nuestros asuntos. ¿Quién era ese tipo?

—Un constructor está reformando el lugar, debió ser uno de sus hombres.

—Maldita sea, ¿crees que es buena idea reformar ese lugar en estos momentos? ¿Has

olvidado nuestro trato?

Por supuesto que no lo había olvidado. La deuda que mantenía con Montoya le obligaba a permitir que aquel traficante de armas aterrizase en Roswell, donde sus hombres recogían la mercancía para llevarla hasta el golfo de México, donde llegaría a su país por mar. Y para su desgracia, eso sería así mientras Montoya no considerara saldadas sus cuentas.

—Será algo temporal, en unas semanas estará todo resuelto —Se excusó.

—Y una mierda, yo no puedo esperar, el encargo llega en unas semanas, y no quiero complicaciones.

—Montoya, hasta ahora no hubo problemas.

—Tú lo has dicho, hasta ahora, quiero que estés presente en esa operación.

Malcom sintió como un hilo de sudor recorría su espalda.

—No me puedes pedir eso —balbuceó.

Montoya sonrió ampliamente mientras sacaba un habano de su chaqueta. Mordió su punta y escupió antes de encenderlo. Aspiró fuertemente y exhaló una bocanada de denso humo mientras estudiaba a Malcom.

—Claro que puedo, y lo sabes muy bien.

—¿Es necesario?

—Así me aseguro de que todo sale bien. Supongo que tendrás interés de salvar tu culo

—concluyó, antes de soltar una sonora carcajada.

## Capítulo 15

Desde su última pelea, Peyton estaba de peor humor que nunca, aunque Tayler sospechaba que se debía a su ruptura con Kevin. Cuando estaban en la cabaña que ambos compartían apenas se dirigían la palabra, y en contadas ocasiones comían en la misma mesa. En el trabajo no andaban mucho mejor, cuando ella tenía que comunicar alguno de sus extravagantes cambios lo hacía a través de Connor, que parecía un yoyó, paseando de un lado a otro para intercambiar los mensajitos. A ojos de sus empleados, que cuchicheaban a sus espaldas, parecía el comportamiento de una pareja de adolescentes.

Dada la situación, Tayler había dedicado todo su empeño a terminar de reformar la cabaña que utilizaría Peyton, intentando con ello mitigar las constantes tirantezas entre ambos. La mañana del sábado, y tras acabar a las tantas de la madrugada, había logrado cumplir su objetivo. Se sentía como un niño con zapatos nuevos, y deseoso de darle la sorpresa a *lajefa*.

La buscó por el complejo, y finalmente la encontró junto a uno de los cobertizos. Estaba ataviada con unos short vaqueros y una camiseta roja. Su pelo iba recogido en un moño flojo que realzaba el perfil de su cuello. Con una brocha pequeña estaba dando barniz a un cajón.

—¿Qué haces? —preguntó, con la intención de entablar conversación.

—¿No lo ves? Es evidente, restaurando un mueble. Y tranquilo —dijo señalándole con la brocha—, aquí no corro peligro. Tu seguro está a salvo.

Tayler se acercó y estudió su trabajo. Recordaba la vieja cajonera de cuando habían desocupado las cabañas, y no podía negar que estaba haciendo un buen trabajo.

—No seas melodramática. Por cierto, eres buena restaurando, ¿trabajarías para mí? —preguntó con humor.

—Tayler, deja de decir tonterías ¿no ves que estoy ocupada?

—¿Alguna vez en esta vida dejarás de discutir todo lo que te diga? —rebatió Tayler molesto.

—Está bien —aceptó finalmente—, ¿qué quieres? —preguntó quitándose los guantes de trabajo que protegían sus manos.

—Tú solo sígueme —replicó cogiendo su mano para que se moviera, gesto del que se arrepintió al instante, porque el simple roce de sus pieles provocó una descarga eléctrica en su cuerpo.

Peyton deseó apartar la mano del calor de la de Tayler, pero se contuvo para que él no fuera consciente de lo que la hacía sentir. Le siguió confusa, y más cuando se detuvo frente a la fachada de la cabaña que estaban reformando para ella.

—Aquí tienes —dijo Tayler colocando una llave entre sus dedos—, lista para vivir.

Peyton se quedó con la boca abierta unos segundos antes de estallar.

—¿Qué significa esto?

—Está muy claro, que hemos terminado el trabajo —respondió Tayler confuso.

—¡Perfecto! —exclamó Peyton airada—. Si no recuerdo mal, estábamos de acuerdo en que yo me encargaría de ciertos detalles de última hora.

Tayler deseó gritar, desesperado, pero por el contrario la cogió por la cintura y la cargó a su espalda como si se tratara de un saco. No tenía ganas de discutir.

Peyton gritó, pateó y golpeó su espalda con sus puños, pero él solo la soltó cuando llegaron al salón. Deseó abofetearle, pero su intención se esfumó al descubrir el ambiente que la rodeaba, dejándola sin palabras.

Los tabiques de la cabaña habían sido modificados, anexando la pequeña cocina al amplio salón con chimenea de piedra. Los dos ambientes se fundían a la perfección. Su gama cromática en verdes y borgoñas le daban un entorno fresco que armonizaba con el exterior. Un amplio sofá color burdeos estaba situado bajo un gran ventanal con vistas al lago. Varios muebles de roble se amoldaban perfectamente en las paredes, aderezadas con algunos cuadros de estampas frutales de vivos colores. Sobre la pequeña mesa situada frente al sofá, varias velas aromáticas le daban el toque hogareño.

—Es precioso —pronunció Peyton con el rostro lleno de asombro.

Tayler sintió como su pecho se ensanchaba por el orgullo.

—No soy un reputado decorador de Montgomery, pero creo que ha quedado bastante bien.

—Me habían dicho que eras muy bueno en tu trabajo, pero se han quedado cortos —le alabó, impresionada por lo logrado.

—No me lo puedo creer —exclamó Tayler teatralmente—, ¿Peyton Gregory ensalzando mi trabajo? Esto debe ser un milagro.

—Puede ser, pero no bajes la guardia —respondió la joven con una sonrisa en los labios.

—Peyton, firmemos una tregua —le rogó Tayler, sorprendiendo a la joven.

La aludida estudió el rostro atractivo de Tayler y algo flotó en su estómago, haciéndola temblar. Su cercanía la ponía nerviosa, y evitaba coincidir con él para que aquella sensación extraña no se apoderara de su cuerpo. Aún así no quería seguir discutiendo con él, ya no.

—Tienes razón, firmemos la paz.

Sus ojos se fijaron en una vistosa bolsa de papel rojo que reposaba sobre uno de las butacas junto a la chimenea y preguntó curiosa.

—¿Eso es un detalle para los clientes? —preguntó, elevando una de sus cejas al enfrentarse a él.

—No, es para ti —replicó tímidamente Tayler, extendiendo el presente.

—¿Para mí? —preguntó mientras la abría.

Peyton se quedó sorprendida al descubrir su contenido, y no pudo evitar que sus mejillas se colorearan. En sus dedos sostenía un conjunto de ropa interior de color turquesa. Se había quedado sin palabras, y Tayler la miraba con nerviosismo. Era la primera vez que su fachada de hombre duro no se mostraba, dejando al descubierto su lado tierno y detallista.

—¿Te ha gustado? —indagó Tayler, sin poder contenerse.

—Es precioso —dijo Peyton, mientras ojeaba la etiqueta—, y has acertado la talla.

—Se me da bien calcular medidas —replicó Tayler con una sonrisa seductora.

—¿Y a qué se debe este regalo? —preguntó mientras volvía a colocar las prendas en el envoltorio.

—Sabes muy bien el por qué.

—Me gustaría más que tú me lo explicaras, aún estoy esperando.

Tayler se rascó la cabeza, sin encontrar las palabras que ella le solicitaba, pero finalmente decidió decir la verdad.

—Una amiga vino a verme ese fin de semana, debió ver tu ropa y creo que se puso celosa.

—¡Vaya tontería! —replicó Peyton para quitar hierro al asunto. No quería acabar en una conversación de la que no sabía cómo iba a salir.

—Eso pensé yo. —El peligro había pasado, pensó Tayler respirando—. Si quieres te puedo ayudar a traer tus cosas.

—¿Tantas ganas tienes de perderme de vista? —preguntó Peyton con humor.

—No, solo quiero recuperar el cuarto de baño —replicó mordaz.

Ambos abandonaron la cabaña para realizar la pequeña mudanza. Y por primera vez, bromearon y recordaron los viejos tiempos, y sin darle importancia acabaron compartiendo cena.

—¿Te ha gustado? —preguntó Peyton con expectación señalando el plato.

Tayler se limpió los labios con la servilleta antes de contestar. Su mirada se quedó clavada en el rostro risueño de Peyton, que llenaba las copas de ambos.

—Nunca he comido unos espaguetis a la carbonara de esta categoría.

—¡Oh! Tayler, no te rías de mí. No es que tenga una amplia gama de especialidades, pero esto lo bordo.

—¿Has visto mi plato? —indicó—. No es necesario ni que lo laves.

Ambos rieron amigablemente tras su broma, y retomaron el tema que ilusionaba a ambos, el avance de las obras.

—¿Cuándo crees que podré inaugurar?

—En un par de semanas habremos acabado —informó Tayler con seguridad—. La semana que viene vendrá Donovan Stuart a comprobar que todo este correcto.

—¿Le conoces bien? —indagó Peyton, pensando en su amiga.

—¿Estás interesado en él? —preguntó tenso.

—No, por supuesto que no —Se apresuró Peyton a desmentir—. Creo que ese hombre está interesado en Rebeca, pero ni se te ocurra comentar nada.

—Peyton, ¿por quién me tomas? Suelo ser discreto.

Ella aceptó su palabra, y se animó a continuar.

—¿Crees que es un buen hombre?

—Creo que sí, pero no le conozco demasiado. Se mudó a Blackwood hace un año, antes vivía en la Bahía de Mobile.

—Me dejas más tranquila.

—Me alegró —dijo cogiendo su copa—, brindemos por esa pareja.

Peyton respondió a su gesto e hizo chocar el cristal con el de Tayler.

\*\*\*

Malcom estaba desesperado por lograr que Peyton vendiera el complejo Roswell, pero aquella mujer siempre había sido demasiado cabezota. No podía negar que cuando habían estado juntos lo que más le había gustado de ella era su tozudez, pero ese rasgo de su personalidad ahora se interponía en sus planes. No estaba dispuesto a acabar con una bala en la cabeza por ella, que era lo que sucedería si la entrega que le había encomendado Montoya sufría algún percance.

Había logrado que Stefanie regresara tras su última disputa. No le gustaba dar su brazo a torcer, y menos pedir disculpas a su insufrible mujer, pero necesitaba su presencia para poder hacer unavistaal complejo Roswell. Necesitaba estar en el lugar para la entrega prevista para el fin de semana.

Se había refugiado en el despacho de su difunto suegro. Nunca le había gustado aquel lugar y, a pesar de que ahora le pertenecía, no se animaba a hacer una reforma. Quizás terminara encargando aquella tarea a una diseñadora que había conocido en la Bahía, y con la que había disfrutado varias noches en el hotel Albany, situado junto a la playa.

Perdido en el recuerdo de la morena que le había hecho jadear, no se percató de la entrada de Stefanie, que no se molestó en llamar.

—Me hiciste venir de París con urgencia, doce horas de vuelo, ¿me puedes decir para qué? —interrogó ceñuda, mientras se servía una copa de whisky bien cargada.

—Tenemos que ir este fin de semana al complejo Roswell —informó Malcom mientras se levantaba de lugar que ocupaba para servirse también.

—¿Qué? —exclamó, Stefanie clavando sus ojos verdes en su rostro—. ¿Y para que querría ir yo a ese apestoso lugar? —cuestionó molesta.

—Tenemos que conseguir que tu hermana nos lo venda.

—Ese lugar es horrible, lo digo por experiencia, ¿para qué lo queremos?

Malcom se acercó a su mujer, tomando su cintura y pegándola a su cuerpo para que fuera consciente del abultamiento entre sus piernas. Sabía que el sexo con ella no le saciaría, pero era la forma más fácil de lograr lo que planteaba.

—Mi amor —le susurró al oído—, ¿has olvidado lo que nos propusimos cuando nos casamos? —preguntó mientras subía su falda con manos hábiles.

—¿Qué? —preguntó Stefanie, mientras se giraba para quedar frente a su marido y así poder aflojar su corbata.

—Juramos que nos haríamos con toda la herencia de tu padre.

—Y lo hemos logrado.

—No, también quiero el complejo junto al lago —Stefanie ya había logrado dejar su pecho al descubierto.

—¿Para qué? Ese lugar no es rentable, además, no tiene el nivel necesario para la cadena —replicó Stefanie, que no quería hablar de negocios en aquel momento.

Malcom había logrado deshacerse de la camisa de Stefanie, y ya degustaba sus pechos turgentes. No dudó en cogerla entre sus brazos y colocar su trasero sobre la mesa del escritorio, apartó su ropa interior y jugó con su clítoris.

Stefanie suspiró, extasiada con sus caricias.

—¡Sí! —exclamó sin poder contenerse.

—¿Ese sí es para ir al lago? —preguntó Malcom, mientras mordisqueaba su cuello.

—¡Malcom! —le amonestó—, ahora no, iremos a donde tú quieras, pero no pierdas el tiempo —exigió, luchando con el cinturón para poder bajar los pantalones que le vetaban el acceso a la dureza que su cuerpo ansiaba.

—Responde —exigió tirando de su larga melena, para que fijara su mirada en su rostro—, ¿llamarás a tu hermana?

—Sí, sí, pero ahora sigue —rogó mientras cogía entre sus manos su masculinidad, que ya estaba lista para penetrarla.

## Capítulo 16

La primera semana en su nueva vivienda Peyton extrañó los sonidos que había compartido con Tayler. Por no hablar de las vistas de su cuerpo cuando salía del baño con una exigua toalla aferrada a sus caderas. Se recriminó sus pensamientos y se levantó de la cama con la intención de desayunar. Estaba recogiendo la mesa, cuando su teléfono comenzó a sonar con insistencia. Cuando lo cogió entre sus dedos, y descubrió el nombre de su hermana en la pantalla, deseo estampar el aparato contra el suelo, pero aceptó la llamada con desgana.

—Dime, Stefanie —respondió sin emoción.

—*Peyton, menos mal que lo has cogido, llevo toda la mañana llamándote —protestó su hermana molesta.*

—Ya sabes que aquí no hay mucha cobertura —replicó Peyton, mientras metía los platos en el pequeño lavavajillas—. ¿Qué quieres? —preguntó directa.

—*Solo quería avisarte de que el próximo fin de semana iremos a verte —soltó Stefanie con alegría fingida.*

Peyton tuvo que aferrar con más fuerza el aparato contra su oído. La noticia de aquella visita había caído sobre su cuerpo como un jarro de agua fría.

—¿Y a que se debe esa visita? —preguntó, sin ocultar el malestar que translucía su voz.

—*Hermanita, solo quiero comprobar que estás bien.*

Peyton deseo mandar a Stefanie al cuerno, pero se contuvo.

—Está bien.

—*Bueno, tengo que dejarte, mi manicura está esperando. Nos vemos el sábado, besitos —concluyó Stefanie antes de cortar la comunicación.*

Al anochecer, Peyton salió al exterior de la cabaña, necesitaba respirar. La noticia de la visita de su hermana, y su marido, la estaba desquiciando. No entendía el porqué de la insistencia de Malcom respecto al complejo Roswell, y sospechaba que ese era el motivo de su viaje hasta al lago. Estaba cansada de su discurso, y de que creyera que tenía derecho a dar su opinión respecto a su proyecto. ¿No le había bastado con quedarse con la mayor parte del negocio familiar?

Finalmente se dirigió al pequeño embarcadero del lago, buscando algo de paz. La luna llena le daba luz suficiente y se sentó en las gastadas maderas del suelo. Se recostó, apoyando sus manos a la espalda, y elevó su rostro para estudiar las estrellas sobre su cabeza.

Esos minutos aislados lograron apaciguarla, pero cuando escuchó unas pisadas a su espalda se tensó.

—¿No puedes dormir? —preguntó Tayler, sentándose a su lado.

—Tayler, ¿qué quieres? —expresó frustrada.

—Averiguar qué te pasa —respondió con sinceridad—, mis hombres huyen de ti como de la peste —concluyó con humor.

—Me ha llamado Stefanie —confesó Peyton frustrada.

—Déjame adivinar —replicó Tayler, prediciendo la causa de su malestar—, mi hermano quiere echar el guante a este lugar.

Una ligera sospecha planeaba sobre su cabeza, pero no quería verbalizarla ante Peyton, por las consecuencias que podía acarrear. Aún no sabía nada de las investigaciones de Duncan, pero algo le olía mal.

Peyton cambió de postura. Elevó sus rodillas y las atrapó entre sus brazos para apoyar su barbilla sobre sus ellas.

—Estoy exasperada —confesó.

—¿Y por qué no los mandas al infierno?

Peyton se giró para estudiar el perfil de Tayler. Ahora era él quien estudiaba el firmamento.

—Sabes que no puedo hacer eso.

—¿Por qué no? —preguntó, girando su mirada para estudiar el rostro femenino.

—Tayler, tú lo ves muy sencillo.

—Es todo lo sencillo que tú quieres que sea.

—Es mi hermana.

—Y él es el mío, pero eso no quiere decir que tengamos que soportarlos.

—Estoy tan cansada —confesó derrumbada.

Tayler cambió de postura para colocar su brazo sobre sus hombros. No sabía por qué tenía la necesidad de consolarla, pero algo en su interior le obligaba a hacerlo.

—Piensa que en un par de días se irán.

—¿Y hasta entonces? —preguntó frustrada.

—Yo estaré a tu lado, no te dejaré sola.

Aquellas palabras, la promesa, lograron que un calor desconocido llegara a lo más profundo del corazón. Se sintió reconfortada por su cercanía, e inconscientemente, apoyó su cabeza sobre el hombro masculino.

—Gracias.

—Un placer —respondió Tayler con una sonrisa en los labios.

No podía negar que disfrutaba de tener a esa mujer entre sus brazos. El olor de su cabello se coló en sus fosas nasales, alterando sus sentidos. Sin saber cómo ni por qué acabó acercando su rostro al de Peyton hasta que sus labios quedaron a escasos centímetros. No pudo evitar perderse en la profundidad de aquellos ojos tan azules como el firmamento en un día de verano.

—Voy a besarte —la advirtió.

—Y yo no voy a impedirlo —respondió Peyton con una sonrisa. No sabía por qué, pero deseaba perderse en aquella pasión que electrizaba cada vez que sus pieles se rozaban.

Tayler no esperó, por temor a que se arrepintiera. Enmarcó su frágil rostro entre sus manos y lo observó con intensidad. Con la claridad de la luna pudo estudiar sus rasgos, y aquellos pozos azules que lo hipnotizaban. No era la primera vez que la besaba, pero aquella ocasión era especial porque ella quería que lo hiciera.

Peyton se sintió nerviosa, como una adolescente, ante la perspectiva de ser besada. Llevaba una vida discutiendo con aquel hombre, pero desde la primera vez que se sus labios se habían rozado, algo desconocido hasta entonces había despertado en su interior.

Sus bocas se encontraron y sus lenguas comenzaron una danza que hizo que sus corazones entonasen un mismo ritmo. Sus respiraciones se aceleraron e hicieron vibrar sus cuerpos.

Tayler disfrutó de su sabor, mordisqueó sus labios y respiró su aroma. Su corazón latía acelerado y sus manos buscaron su espalda por debajo de la camiseta. Era la primera vez que rozaba su piel con libertad, y sus dedos vibraron ante su contacto. Deseaba más, mucho más, pero sabía que no era el lugar más indicado para dar rienda suelta a lo que sus instintos reclamaban.

No pensó, ni dudó, cogió a Peyton en sus brazos y se dirigió a su cabaña con prisas.

Peyton se sentía mareada entre sus brazos, aspirando su aroma, mientras percibía el acelerado latir de su corazón. No sabía por qué cada vez que sus cuerpos se tocaban algo en su interior palpaba, y el calor se acumulaba en su piel. Cuando él dio una patada en la puerta, para cerrarla, Peyton mordisqueó su cuello, presa de una fiebre



que solo podía mitigarse con aquel hombre al que llevaba odiando media vida, y que ahora necesitaba pegado a su piel.

Tayler notaba la presión que ejercía su miembro contra la tela de sus *jeans*. Aguantó la necesidad de desabrocharlos porque antes quería descubrir aquel cuerpo femenino que llevaba atormentándole cada noche desde hacía semanas.

Forcejeó con la cremallera de los short de Peyton para encontrarse con una sencilla puntilla blanca que escondía grandes promesas. No dudó en agacharse y besar cada poro de su piel, mientras retiraba los pantalones para dejar al descubierto su ropa interior, luego prosiguió con la camiseta.

Se quedó quieto unos segundos, observando con deleite el cuerpo femenino. Era una mujer hermosa, con generosas caderas y piernas torneadas, cintura estrecha y pecho pequeño y sugerente, salpicado por algunas pecas a juego con las de su nariz. Su cabello rubio refulgía suelto y libre a su espalda, y sus labios, rojos por sus besos, le sonreían seductoramente.

—¡Dios! —exclamó confuso, mientras se peinaba el cabello con las manos hacia atrás—. Nunca me había dado cuenta de lo preciosa que eres.

Peyton sintió como sus mejillas se coloreaban, y en un gesto nervioso se mordió el labio inferior.

Tayler dejó de respirar, observando extasiado los cambios que se producían en el rostro femenino. La imagen que se presentaba ante sí estaba logrando que perdiera la poca cordura que le quedaba, y con movimientos bruscos se deshizo de su propia vestimenta.

No perdió tiempo y la cogió en sus brazos para acabar ambos en la cama, que los acogió agradecida. Tayler se situó sobre su cuerpo, y flexionó sus antebrazos para dejar el rostro de la joven entre ellos.

—¿Sabes que llevas semanas volviéndome loco?

Peyton se sintió abrumada por su confesión. No podía negar que ella también llevaba ese tiempo obsesionada con su cuerpo, más después de convivir con él. Ya no podía engañarse, sentía algo muy especial por aquel hombre, algo que no había logrado con Kevin, a pesar de todos sus esfuerzos. El acelerado latir de su corazón, y el deseo que clamaba su cuerpo tampoco tenía nada que ver con lo que había compartido con Malcom, al que creyó el hombre de su vida.

—¿No piensas decir nada? —cuestionó Tayler, sin apartar sus penetrantes ojos grises de su rostro.

—¿Qué quieres que diga? ¿Qué estoy loquita por tus huesos? ¿Qué quiero que recorras cada centímetro de mi piel?

—Eso no estaría mal —replicó Tayler, besando la punta de su nariz para luego aventurarse a través de la piel de su cuello.

—Pues deja de hablar y comienza.

Una carcajada surgió de la garganta masculina.

—A sus órdenes, *jefa*. —replicó con humor, antes de tomar uno de sus pezones en su boca mientras ella se retorció de placer.

La temperatura de la habitación subió varios grados, pero a ninguno de los ocupantes de la cama de hierro les importó, perdidos como estaban en las caricias que intercambiaban y que caldeaban su sangre.

Peyton recorrió la piel satinada del pecho masculino, aquel con el que tantas veces había fantaseado. Comprobó que era tan compacto como había imaginado, y cálido como sus besos. Notaba la humedad entre sus piernas, y la necesidad de sentir a Tayler en su interior, y sin cuartarse, tomó entre sus manos su masculinidad, que estaba dura y preparada.

—Te quiero dentro de mí —rogó con mirada lujuriosa.

Tayler sintió que sus pulmones se quedaban sin aire ante su confesión, y con movimientos bruscos buscó un preservativo en el cajón de la mesilla. Se sintió triunfal cuando logró romper el precinto.

La primera investida fue brusca y desesperada, e irremediabilmente Tayler se dejó arrastrar por los alocados latidos de su corazón mientras escuchaba los jadeos de Peyton junto a su oído.

## Capítulo 17

Tayler revisó la última cabaña a restaurar, y se alegró al comprobar que los trabajos avanzaban a buen ritmo. Rematar aquella cabaña suponía que el proyecto estaba a punto de concluir. Si todo salía según lo previsto, el fin de semana sus hombres ya habrían recogido la herramienta y regresado a Blackwood.

Estaba trabajando en los remates finales del suelo, cuando entró Connor.

—Tayler —lo nombró—, me ha dicho la señorita Gregory que ha surgido un problema en la cabaña que acabamos el lunes, la que está decorando.

—¿Te dijo que sucede? —preguntó curioso.

—Algo de unas cañerías —respondió Connor, rascándose la cabeza.

—No puede ser, hemos renovado todas.

Tayler torció su gesto, preocupado por como la encontraría. Desde que dormían uno en los brazos del otro no habían vuelto a discutir, y esperaba que eso no cambiara después del contratiempo que se presentaba ante sí.

—Está bien, no te preocupes, yo me encargo.

Su hombre asintió y se perdió en el pasillo. Tayler se quitó los guantes de trabajo y los guardó en el bolsillo trasero de sus *jeans* antes de abandonar la casa para dirigirse al lugar indicado por Connor.

Se sorprendió al encontrar la puerta cerrada. Sacó la llave maestra, que solía llevar siempre encima, y la metió en la cerradura. Cerró la puerta a su espalda y se dirigió a la habitación, guiado por una música. Sus botas se quedaron adheridas al suelo, como si estuvieran pegadas al mismo.

Tuvo que cerrar la boca, que había mantenido abierta, para tragar saliva al ver la estampa que se presentaba ante sí. Peyton, tumbada boca abajo sobre la cama, con las piernas flexionadas hacia arriba, cruzadas a la altura de tobillo. Llevaba un escueto vestido blanco, de lo más sugerente, y su cabello rubio oscuro cubría sus hombros descubiertos. Pero lo que más le excitó fue la mirada sensual que le dedicó.

—Peyton, ¿qué significa esto? —preguntó, mientras se adentraba en la habitación.

Una sonrisa traviesa afloró en los labios femeninos.

—¿No es evidente? —cuestionó, elevando una de sus cejas.

—Se supone que...

—Que decidimos hacer el amor en todas las cabañas del complejo —expresó Peyton mientras se levantaba y se acercaba hasta él—, y vamos con retraso.

Tayler enlazó su cintura cuando la tuvo a su alcance, y besó sus labios ferozmente. Su dulce olor penetró en sus fosas nasales, y la sangre de sus venas se calentó en una fracción de segundo.

—Eres muy mala.

—¿Por qué? —cuestionó la joven mientras besaba su cuello.

Tayler notó como una parte de su anatomía despertaba, y como se comprimía en el interior de la tela de su pantalón.

—Estoy en mi horario laboral —replicó, mientras se deshacía del cinturón de herramientas que colgaba de su cadera, que produjo un sonido seco al impactar contra el suelo. Luego se deshizo de la camiseta antes de proseguir con su discurso—, y *mijefase* enfadará si dedico mi tiempo a copular con una rubia explosiva.

Peyton no pudo evitar reír al escuchar sus palabras.

—No te preocupes, si hace falta hablaré con ella.

—Bien —replicó Tayler mientras seguía desnudándose—, pero antes necesito una ducha con urgencia.

—Por mi perfecto —aceptó Peyton, sin apartar la mirada del cuerpo masculino.

—¿Me acompañas? —invitó Tayler, imaginando que enjabonaba su piel.

Peyton dudó, pero finalmente cogió la tela del vestido y tiró de ella para quedar completamente desnuda. Disfrutó de la pasión que encontró en los ojos de Tayler, tras descubrir que no llevaba ropa interior. Se sorprendió cuando la tomó entre sus brazos y la llevó en volandas hasta al baño.

Tayler no podía apartar las manos de su cuerpo. Accionó el grifo del agua caliente, mientras continuaba recorriendo el perfil de su cuello con besos, y acariciando su cintura con la yema de los dedos. Mordisqueó una zona sensible, y su dulce sabor lo embargó de tal manera que sintió que el corazón se le salía del pecho. Nunca había necesitado con tanta intensidad a una mujer.

Todo lo que antes había sido antagonismo entre ambos había mutado a una pasión incontrolada que amenazaba con incendiar sus cuerpos.

Tayler notó como su falo había engrosado en su máxima plenitud, y proclamaba por penetrar el cuerpo femenino, imaginando la humedad que lo cobijaría y daría calor. Dejó de besar, y oteó el interior de la mampara, donde el vapor se acumulaba. Abrió la puerta e instó a Peyton a entrar antes de cerrar.

Ya en el interior, cogió el gel corporal y vertió una generosa cantidad sobre la palma de su mano, y comenzó a frotar los pechos de Peyton, que jadeó con cada caricia.

—Lo siento, mis manos te raspan —Se disculpó avergonzado.

Peyton abrió los ojos, que había mantenido cerrados hasta el momento, y clavó su mirada en el atractivo rostro femenino.

—Me gusta así —confesó con una sonrisa, tomando una de sus manos y cogiendo su dedo índice para llevarlo hasta su boca. Lo succionó y lamió como si se tratara de un dulce.

Un gruñido gutural surgió de la garganta masculina, y sin demasiada delicadeza atrapó la cintura de Peyton y la alzó, antes de empotrarla contra los azulejos. Colocó las piernas femeninas en torno a su cintura, y atrapó su boca, sediento de su sabor, antes de penetrarla en una sola embestida.

—Me vuelves loco —balbuceó Tayler.

—Y tú a mí me haces perder el sentido con tus caricias —confesó Peyton con voz entrecortada.

Tayler, clavó su mirada en su rostro, antes de apoyar su frente contra la de ella y susurrar junto a sus labios lo que su mente gritaba desde hacía días.

—Te necesito, Peyton Gregory, más que a nada en este mundo.

Su confesión, unido a la intensidad del momento, logró que el corazón de Peyton se saltara un latido. Ella también necesitaba a ese hombre más allá de la razón, y eso solo podía significar una cosa: se había enamorado de él. Descubrir esa verdad hizo que se sobrecogiera, pero tenía demasiado miedo como para decirle la verdad en aquel momento. Si él rechazaba sus sentimientos la destrozaría para siempre.

—Tayler, no pares ahora —rogó, obligándole con sus movimientos a moverse.

—Ni aunque quisiera podría hacerlo —confesó entre jadeos.

El aludido no dudó en hacer lo que ella solicitaba, y comenzó a acometer fuertes embestidas contra su cuerpo, hasta que ambos llegaron a un clímax superior al que habían vivido nunca. Acabaron sentados sobre el pie de ducha, abrazados y en silencio, mientras el agua corría por sus cuerpos.

Cuando Tayler se recuperó lo suficiente, no dudó en hablar, mientras acariciaba con sus dedos la espalda femenina.

—¿He cumplido sus expectativas, señorita Gregory? —preguntó.

Peyton no entendía a qué podía referirse.

—¿De qué hablas?

—Sobre lo de estrenar todas las cabañas del complejo —respondió con humor.

—Quizás debemos volver a revisar algunas —replicó Peyton con una sonrisa en los labios, mientras comenzaba a mordisquear nuevamente su cuello.

\*\*\*

Peyton estaba exultante de alegría mientras colocaba unas velas sobre la chimenea de la cabaña "Magnolia". Había decidido bautizarlas con nombres de flores, en vez de con números, buscando originalidad. Era la última que los chicos habían restaurado, completando así el proyecto dispuesto, y en pocos días los trabajos finalizarían y podría pensar en la fecha de inauguración del complejo Roswell.

Los días había pasado con celeridad gracias a su nueva relación con Tayler. En ese tiempo había descubierto un hombre divertido y detallista que la hacía suspirar, por no hablar de las largas sesiones de sexo que compartían cada noche. Pero su felicidad se veía empañada por la incertidumbre de no saber que les depararía el futuro ahora que él estaba a punto de acabar su trabajo. No habían hablado de futuro, ni lo esperaba por lo incipiente de su relación, pero la atemorizaba pensar que Tayler tendría que regresar a Blackwood.

Desechó tales pensamientos, dispuesta a disfrutar del presente, y salió al exterior, donde descubrió que un *Lexus*, último modelo, se acercaba. El vehículo se detuvo, y la puerta trasera se abrió para dar paso a Malcom, que en aquella ocasión había cambiado sus impecables trajes por una ropa más informal. Unos vaqueros azules se ajustaban perfectamente a sus piernas y una camisa azul completaba el conjunto. Cuando la vio, se quitó las gafas de sol, y le dedicó un guiño seductor antes de girarse para ayudar a salir a Stefanie.

Se había olvidado por completo de la visita de su hermana, y deseó salir corriendo en otra dirección. Por el contrario, se acercó hasta ellos para comprobar que Stefanie no parecía mucho más contenta que ella.

—Buenos días, cuñada —saludó Malcom con una sonrisa en los labios, antes de besar su mejilla.

—Buenos días —retribuyó Peyton con desgana.

Stefanie ni se molestó en saludar correctamente a su hermana, y recorrió con su mirada lo que la rodeaba.

—¿No se supone que estabas reformando este lugar? —preguntó, mientras fruncía el ceño al comprobar el polvo que se había adherido a sus tacones.

—Y así ha sido —respondió Peyton, molesta por la expresión de su rostro.

—Pues no deberías pagar a la empresa al cargo...

—Por si no lo recuerdas, esa empresa es de tu cuñado —recalcó Peyton furibunda.

Malcom apretó la mandíbula tras el comentario de Stefanie. Su comportamiento no iba a ayudarle a convencer a Peyton de la venta, por lo que decidió atajar la situación.

—Peyton, no te enfades, no pretendíamos criticarte, solo queríamos ver cómo va tu proyecto y prestarte nuestra ayuda si la necesitas.

—No te preocupes, Tayler se encarga de todo, y la verdad es que estoy muy contenta con los resultados.

Malcom maldijo para sus adentros. Parecía que su hermano había logrado ganarse la admiración de Peyton, y eso no le gustaba, pero se abstuvo de hacer un

comentario al respecto.

—¿No piensas invitarnos a pasar? —recriminó Stefanie molesta, mientras se abanicaba con la mano—. ¿Tienes aire acondicionado?

—Por supuesto, pasad, os podéis instalar en esta cabaña —les indicó Peyton, intentando pintar su mejor sonrisa en sus labios, pese a que hubiera deseado echarlos de su propiedad.

Peyton no tuvo más remedio que enfrascarse en la cocina para sus *invitados*. Mientras tanto Stefanie había decidido broncearse junto a la piscina, sin importarle las miradas furtivas de los trabajadores. Esa actitud molestó a Peyton. Su hermana siempre tenía que ser el centro de atención. Ni siquiera le importaba que su marido estuviera allí. Colocaba la crema sobre su piel como si fuera un arte y, mientras, sonreía seductoramente.

—Veo que te gusta este lugar.

La voz de Malcom a su espalda la sobresaltó, pero se propuso mantener la poca calma que atesoraba.

—La naturaleza que lo rodea es espectacular.

—Yo pensaba que eras una chica de ciudad.

Peyton bajó el fuego para que la carne en salsa que había preparado espesara. Luego se giró para enfrentarse a su cuñado.

—Eso era antes, todo puede cambiar de un momento a otro.

Malcom estaba apoyado contra la encimera, a su lado. Sus brazos cruzaban su pecho despreocupadamente. Y su comentario provocó una sonrisa en sus labios que Peyton no entendió hasta que le escuchó hablar.

—¿Te refieres a nuestro pasado?

Peyton deseó golpearle, pero contuvo su ira.

—No te creas tan importante. Eso es el pasado, y tú ya no significas nada en mi vida.

Malcom se movió felinamente, y atrapó su cintura sin esfuerzo. Forcejeó y finalmente logró acercar su boca al rostro de Peyton.

—Te equivocas —susurró, acariciando con su aliento los labios femeninos—, solo necesito besarte. Sé qué has dejado a ese novio tuyo porque sigues amándome.

Peyton se sintió asqueada con su cercanía. Cogió fuerzas de flaqueza y lo empujó con virulencia, para apartarle de su cuerpo.

—No vueltes a tocarme —siseó Peyton, mientras sus ojos echaban chispas.

Taylor se despidió de sus trabajadores a media mañana. La faena estaba hecha, a falta de pequeños detalles, y sus hombres se merecían un fin de semana de descanso junto a sus familias. Cuando el último coche desapareció del *parking*, se dirigió a la cabaña de Peyton, donde sabía que se encontraba su hermano y su cuñada.

Cuando traspasó la puerta, no le pasó desapercibida la situación que se vivía en el interior. Apretó los puños con rabia, viendo la cara de Peyton, que mostraba total desagrado, y a su hermano, que parecía un cazador sobre su presa.

Estaba claro que Malcom no pensaba dejar de insistir en su plan de conseguir que Peyton volviera a caer a sus pies, como había sucedido en el pasado. Pero él no estaba dispuesto a permitir que volviera a atormentar a la mujer que se había vuelto imprescindible en su vida. Había llegado el momento de mostrar a Malcom que Peyton le pertenecía.

—Buenos días, hermanito —saludó, fingiendo que nada pasaba, a pesar de la tensión que se mascaba en el ambiente.

Con paso firme se acercó hasta Peyton, que lo observaba confusa, y enlazó

su cintura con su brazo para acercarla a su pecho, antes de besar sus labios.

Ahora era Malcom el intentaba controlaba la ira que creía en su interior. Se había quedado estupefacto ante la escena que acababa de presenciar. Nunca hubiera imaginado que su hermano fuera capaz de conquistar a Peyton, pero así parecía ser.

—Buenos días —replicó con esfuerzo.

—¿Has venido a ver como ha quedado el proyecto? —preguntó Tayler, disfrutando al ver el rostro pétreo de su hermano tras descubrir su relación con Peyton.

—Claro, por supuesto —replicó Malcom—. Ahora que todo está listo, quiero insistir en ofrecer un trato a mi cuñada —añadió, mientras cogía su maletín de una silla y lo abrió para sacar una carpeta que entregó a Peyton.

La joven leyó entre líneas el contrato. No era capaz de salir de su asombro.

—¿El Hotel Albany? —cuestionó, mientras clavaba su mirada en Malcom.

—Es una oferta que no puedes rechazar —contestó Malcom, seguro de que no podría resistirse a lo que le ofrecía.

Peyton cerró la carpeta y se la devolvió antes de responder.

—Malcom —comenzó con hastío—, puedes seguir intentándolo una y mil veces, pero nunca conseguirás este lugar.

—¿Por qué? —preguntó el aludido, fuera de sí.

—Este lugar es ahora mi hogar.

—Pero... —comenzó, pero se vio interrumpido por la voz acerada de Tayler.

—Malcom, para de una vez, esta vez no vas a lograr lo que quieres —le indicó, mientras acercaba a su cuerpo a Peyton nuevamente.

Malcom hubiera querido estampar su puño contra el rostro de su hermano, pero se contuvo, en aquel momento tenía problemas más urgentes. Sin añadir nada más salió de la casa con paso firme.

## Capítulo 18

Peyton agradeció cuando su hermana y su cuñado abandonaron su cabaña, tras compartir cena, para regresar a la que les había asignado. Tras cargar el lavavajillas con los platos sucios, y recoger la cocina, decidió darse una ducha y dirigirse a la casa de Tayler, como hacía cada noche.

Salió al exterior, y recorrió el camino feliz. Necesitaba relajarse, tras un largo día en compañía de su hermana. Y como suponía, Tayler la recibió con los brazos abiertos. Apenas hubo palabras entre beso y beso.

No se percató de que unos fríos ojos negros le observaban desde la oscuridad de la arboleda cercana. Malcom tiró el cigarrillo y lo pisoteó con sus zapatos de piel. Ni siquiera se preocupó de comprobar que estuviera bien apagado, ni tampoco le importó. Salió de su escondite para dirigirse a su cabaña, dispuesto a ejecutar su plan.

Tayler y Peyton no perdieron tiempo, en pocos segundos estaban desnudos y tumbados sobre la cama, disfrutando de caricias mutuas. Aquella noche parecían necesitarse más que nunca, perdidos en una pasión demasiado potente, que amenazara con hacerles perder la consciencia.

Tayler notaba los acelerados latidos de su corazón contra su pecho, y la imperiosa necesidad de poseer a Peyton, ahora que estaba seguro de que el fantasma de Malcom había desaparecido para siempre de sus vidas. Con urgencia acarició el clítoris de Peyton, que jadeó sonoramente, pero toda su alegría se disipó cuando unos golpes en la puerta le anunciaron una visita inesperada.

—¡Mierda! —exclamó frustrado.

—Ahora no —le rogó Peyton, que permanecía bajo su cuerpo. Sus ojos mostraban una pasión que logró excitarlo aún más, si aquello era posible.

—Solo puede ser una persona —indicó molesto, dudando sobre qué hacer.

—¿Quién? —preguntó Peyton confusa.

—Malcom. —respondió Tayler entre dientes.

—Qué se vaya al infierno —exclamó Peyton, perdida en las brumas de la pasión.

—Tengo que ir, cielo, lo conozco lo suficiente como para saber que seguirá insistiendo.

Peyton deseó gritarle que no la dejara así, que necesitaba que la llenara, pero se contuvo y aceptó lo inevitable.

Tayler se levantó y rebuscó en el armario hasta dar con su albornoz, que colocó en torno a su cuerpo desnudo. Estaba a punto de abandonar la habitación, pero antes de hacerlo volvió a la cama y atrapó el rostro femenino para poder besarla con pasión.

—No te me enfries —le ordenó—, estaré contigo en menos de un segundo —Le prometió.

—Eso espero —respondió la joven, cuando dejó su boca libre, y disfrutó del movimiento del cuerpo masculino que salía por la puerta.

Como había sospechado, cuando abrió la puerta se encontró frente a su hermano, que llevaba en la mano una caja de madera rectangular.

—Malcom, ¿qué quieres? —preguntó directo, no tenía ganas de tonterías.

—Hermanito, no te pongas así, vengo en son de paz.

Las cejas de Tayler se curvaron por la sorpresa.



—Estoy ocupado —intentó zanjar el asunto, deseoso de volver al dormitorio donde le esperaba la mujer que hacía que su sangre hirviera—, si quieres mañana hablamos.

El rostro de Malcom no mostró ninguna expresión, ni montó en cólera, como Tayler hubiera esperado. Estaba claro que Malcom sabía que Peyton estaba en su habitación, esperando sus caricias, y conociéndole, no debía estar muy contento, entonces: ¿a qué venía su cordialidad? Algo no encajaba.

La voz de su hermano le sacó de sus pensamientos.

—Bien, me parece buena idea —dijo Malcom.

Tayler hizo un gesto de cabeza, a modo de despedida, dispuesto a cerrar la puerta, pero su hermano detuvo su acción.

—Espera —le solicitó—, toma —dijo entregándole la caja que portaba—, quería darte esta botella de *champagne* que trajo Stefanie de París.

Tayler la abrió, receloso, para encontrarse con una ornamentada botella que parecía costar un dineral. No esperaba ese detalle por su parte, más si tenía en cuenta que no intercambiaban regalos desde que eran niños.

Para Malcom no pasó inadvertida su desconfianza.

—Fue idea de Stefanie —añadió.

—Bien —dijo Tayler confuso—, dale las gracias de mi parte.

—Bueno, no te molesto más, nos vemos mañana. —Se despidió Malcom, antes de desaparecer en la noche.

Tayler entró y se dirigió a la cocina, donde cogió dos copas de talle alto. Rebuscó en la nevera hasta dar con unas fresas que había comprado esa misma mañana. Contento, se dirigió hasta al dormitorio, donde Peyton lo esperaba.

—¿Qué quería? —preguntó Peyton desde su posición.

—Tu hermana me ha traído una botella de *champagne* de París.

Una sonrisa seductora se formó en los labios de Tayler, mientras dejaba el bol con las fresas sobre la cama, y las copas sobre la mesilla para poder descorchar la bebida.

—¿*Champagne*? —cuestionó Peyton curiosa.

—Nunca lo he probado, pero, ¿qué mejor momento? —preguntó tendiéndole una de las copas rebosantes—. Dicen que es afrodisiaco.

—¿Junto a las fresas? —preguntó Peyton cogiendo una de ellas.

—Podemos comprobarlo ahora mismo. Tenemos toda la noche.

Su promesa hizo que el cuerpo de Peyton se tensara por el deseo. Dio el primer sorbo y notó burbujear en su paladar la dorada bebida. El gusto ácido le agradó, contrastando con la dulzura del fruto rojo. Pero no tenía comparación con el sabor de la boca de Tayler, que atrapó la propia con urgencia.

\*\*\*

Malcom no podía apartar la mirada de la ventana de la cabaña. La visión del cuerpo desnudo de Peyton le había excitado, y se lamentó cuando ella se cubrió con la sábana blanca. Había gozado entre sus piernas años antes, pero aquel cuerpo de adolescente nada tenía que ver con el que ahora tenía ante sus ojos. Hubiera deseado entrar y gozar de su humedad, pero la aparición de su hermano en la habitación le hizo rechinar los dientes y apretar los puños. Con cierto esfuerzo se apartó de la ventana indiscreta, aunque le hubiera gustado dar un puñetazo en el perfecto rostro de Taylor.

Tenía que controlar sus instintos, se amonestó, no podía dejarse llevar por los celos, aquella noche se jugaba demasiado.

Llevaba semanas planeando aquello y todo parecía ir según lo previsto. Los hombres de su hermano se habían marchado, dispuestos a pasar un fin de semana junto a sus

familias en Blackwood. Y Stefanie ya dormitaba sobre el sofá del salón de su cabaña, después de disfrutar de una copa del mejor *champagne* francés.

Malcom había encargado dos botellas, al igual que el tranquilizante que había inyectado a través del corcho. Su plan era narcotizar a todos para que no se percataran de todo lo que iba a suceder en el bosque. Solo le fastidiaba que su hermano no fuera a beberse aquella costosa bebida a solas, sino con la mujer que le pertenecía a él. Cuando hubiera solucionado su problema con Montoya, ya pensaría en cómo recuperar todo lo que había perdido en el pasado, incluida Peyton.

Cuando se hubo alejado lo suficiente de la cabaña, oteó a su alrededor, antes de encaminarse al claro del bosque donde se haría la entrega. Había inspeccionado el lugar aquella misma mañana, y todo parecía correcto. Por la tarde, había hablado con el guardia de seguridad, al que pagaba una sustanciosa cantidad de dinero para que abriera las puertas a los hombres de Montoya.

Al llegar al lugar, los faros de un todoterreno se iluminaron de una forma intermitente, indicándole el camino a seguir hasta llegar junto a donde varios coches estaban aparcados.

Cuando llegó a su altura, Morgan salió del vehículo. Su rostro duro tenía una expresión de contrariedad.

—Llegas tarde —le espetó.

—Tuve que encargarme de que el constructor estuviera fuera de juego —se excusó Malcom molesto.

—Jefferson, espero que todo salga bien, no me gusta hacer trabajo de campo —se quejó, mientras encendía un cigarro—. Me estás causando muchos problemas.

—Ya hablé con Montoya —se jactó.

El sonido de una radio sonó en el interior del coche, y Morgan abrió la puerta para poder responder. Conversó con la voz hueca durante unos segundos, y cortó la comunicación.

—Prepárate, el cargamento está a punto de llegar.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó Malcom desconcertado.

Morgan le miró de pies a cabeza y sonrió anchamente. No le gustaba aquel hombre, lo consideraba un inútil, pero Montoya le había mandado hacer de niñera y no tenía otra opción.

—Solo espera mis órdenes —respondió, girándose e ignorando su presencia.

El rumor de un helicóptero se difundió por el aire. Según se acercaba, el sonido se acentuó hasta convertirse en insoportable. Malcom se tapó los odios con ambas manos y esperó a que el aparato descendiera para acercarse.

## Capítulo 19

Los golpes en la puerta amenazaban con tirarla abajo, y Tayler se despertó sobresaltado. Cuando intentó levantarse tuvo que cogerse la cabeza con ambas manos, temiendo que estallara con el dolor punzante que le acechaba. A trompicones logró llegar hasta la silla donde reposaba su albornoz y lo colocó sobre su cuerpo, para ocultar su desnudez. Cuando llegó a la entrada su mente se había despejado por completo, poniendo sus sentidos en alerta.

Al abrir se sorprendió al encontrar a Gabriel Duncan, acompañado por un par de hombres trajeados.

—Gabriel, ¿qué haces aquí? —interrogó confuso.

—Llevo llamándote toda la noche —le espetó Gabriel molesto.

—Aquí hay poca cobertura.

—He podido comprobarlo —respondió el Sheriff—. Este es Garrett Hart, un compañero de academia que trabaja en el FBI.

Tayler estrechó la mano del hombre antes de exponer sus dudas.

—Sigo sin comprender que haces aquí, esperaba tu llamada, pero no tu presencia.

—Necesito hablar con el dueño, tengo que hacerle unas preguntas.

Peyton dormía en su cama, pero no estaba dispuesto a despertarla hasta no saber de qué se trataba aquel asunto.

—Cuando me cuentes que pasa.

Gabriel enarcó la ceja en señal de sorpresa. No entendía la aptitud hurafña de Tayler, y aún así contestó a su requerimiento.

—Investigué lo que me comentaste y algunas cosas no me cuadraban. Hice varias llamadas y descubrí que en los últimos meses varias personas han avistado un helicóptero a altas horas de la madrugada. Cuando hablé con Garrett, el Sheriff de Roswell, me comentó que se trataba de un asunto del FBI. Todo lo que está pasando aquí está relacionado con Montoya.

—¿Montoya? —cuestionó Tayler confuso. No conocía a aquel hombre ni lo que estaba sucediendo.

Uno de los hombres trajeados intervino en la conversación, deseoso de reunirse con sus compañeros en el lugar de la operación.

—Un conocido narcotraficante, llevamos meses investigando su infraestructura.

Tayler se mesó las sienes, su cabeza parecía estar a punto de estallar, y clavó su mirada en el desconocido.

—Me parece perfecto, pero ¿qué tiene eso que ver con este lugar? —preguntó, perdiendo la poca paciencia que le restaba.

Gabriel dudó antes de hablar, pero finalmente se decidió por la verdad.

—Lo siento, Tayler, pero tu hermano está implicado en el asunto. En estos momentos deben estar deteniéndole en el lugar donde se realizaba la entrega del cargamento de armas.

—¡Joder! —exclamó Tayler sin poder contenerse—. ¿Estás seguro? —preguntó, queriendo negar la evidencia.

—Ya me gustaría a mí. ¿Ahora puedo hablar con la señorita Gregory? Me han dicho que se encontraba aquí.

—Está durmiendo —confesó tenso, más cuando los ojos de Duncan se abrieron plausiblemente ante la confesión de que habían pasado la noche juntos—, ¿esas preguntas no pueden esperar? Aún no sé cómo se lo voy a contar.

—Creo que tienes razón —aceptó su amigo finalmente.

—Bien, me visto y ahora me reúno con vosotros.

—Está bien —aceptó Duncan—, pero no tardes —solicitó, molesto por la mirada que le dedicó el hombre del FBI—. Te esperamos en el coche —añadió mientras, se dirigía al todoterreno aparcado frente a la cabaña.

Tayler se sentía como si estuviera viviendo una película, pero la situación era muy real. Ahora entendía el interés de Malcom por el complejo Roswell, pero nunca hubiera imaginado que se tratará de una cosa así. ¿Cómo se había metido su hermano en negocios con un contrabandista de armas?, se preguntó, impactado aún por lo descubierto.

Agradeció que Peyton siguiera dormida, y en un gesto protector cubrió su cuerpo con la sábana y una manta ligera. Rebuscó en la cómoda hasta dar con unos pantalones de chándal y una camiseta de manga corta. Se puso las deportivas a toda velocidad y salió al exterior como alma que llevaba el diablo.

El coche se internó en un camino de tierra que bordeaba la finca, hasta dar a con una angostura que derivaba en el lago. Los rayos del sol ya se filtraban por el firmamento, y dejaba ver con claridad el despliegue policial. Desde lejos podía escucharse la sirena de los coches del FBI. Varios hombres uniformados se afanaban por cargar en un furgón las cajas interceptadas, mientras otros esposaban a varios hombres.

Tayler vislumbró a Malcom, que permanecía con la mirada perdida en el lago, antes de bajar del todoterreno de Duncan. Llegó a tiempo de hablar con él antes de que le metieran en el coche policial.

Malcom se sorprendió al escuchar su voz, y giró su cabeza para encontrarse con la mirada de reproche de hermano.

—¿Cómo has podido meterte en asuntos tan turbios? —le reclamó Tayler colérico.

—Hermanito, no me vengas con recriminaciones, estoy bien jodido.

—¿No tenías bastante con la cadena hotelera Gregory? —le reclamó, soltando toda su rabia.

—No sabes nada, te conformas con llevar una vida mísera —escupió—. Si hasta te acuestas con mujeres que yo deseché.

—¡Eres un maldito cabrón!

Los hombres que custodiaban a Malcom no pudieron evitar que el puño de Tayler se estrellara contra el rostro de su hermano. Su elegante nariz sangraba, e intentó forcejar con los agentes que le retenían para devolver el golpe.

—¡Me las pagarás!

—¿Con el dinero que te has embolsado con el contrabando de armas? —preguntó Tayler con humor—. Cuando tengas que hacer tu llamada para pedir ayuda, olvida mi número.

Sin añadir una palabra más se giró, y tras despedirse de Duncan, se encaminó al sendero junto al lago, sin mirar atrás.

Su intención era volver a la cabaña. Podía haber regresado con alguno de los agentes, pero necesitaba tiempo para pensar y asumir lo que acababa de suceder. Siempre había pensado que la vida de su hermano estaba presidida por el ansia del poder, el cual había conseguido, sin importar el precio a pagar, pero nunca hubiera imaginado que llegaría a vender su alma al diablo.

Lo que más le angustiaba en aquel momento era Peyton, que no salía de su cabeza. No sabía cómo le iba a explicar lo ocurrido, y aquello le mataba. No sabía si Peyton iba a ser capaz de sobrellevar el escándalo que se sucedería a continuación, pero lo que sí tenía claro es que él estaría a su lado.

Cual no fue su sorpresa a ver como Peyton caminaba hacia él, como si la hubiera invocado con su pensamiento. Su rostro denotaba preocupación, y suponía que ya sabía algo de lo sucedido. A pesar de las circunstancias, no pudo evitar admirar su belleza. Vestía unos sencillos shorts de color azul marino y una camiseta blanca. Cuando se encontraron, la estrechó fuertemente entre sus brazos y aspiró el aroma de su cabello, sintiéndose reconfortado.

Peyton se había despertado sola en la cama que había compartido con Tayler y, que aún conservaba su olor. Se abrazó a la almohada y rememoró la noche vivida entre sus brazos. Se había negado a sí misma cien veces que sentía algo por Tayler, pero no podía seguir engañándose. Desde su regreso a Blackwood muchas cosas habían cambiado, y el concepto que tenía de Tayler era una de ellas.

Era un hombre atractivo, atento y con un talento para su trabajo que admiraba. Por no hablar de que era el primer hombre que la había hecho sentir que podía llegar a tocar las estrellas con los dedos con solo una caricia. No tenía más remedio que aceptar la realidad; amaba a ese hombre, y no pensaba dejar pasar un minuto más si confesarle lo que sentía.

Estaba vistiéndose, para volver a su cabaña, cuando el sonido de algunas sirenas retumbó en el silencio, y Peyton pensó que su corazón se detenía. Terminó de anudarse las sandalias a los tobillos y salió al exterior, donde intentó descubrir de donde provenían aquellos sonidos.

Tomó el camino que serpenteaba a lo largo del lago, y se sorprendió al descubrir frente a sus ojos a Tayler, que caminaba con paso enérgico en su dirección. Cuando la cogió entre sus brazos, y la estrechó fuertemente, deseó no separarse nunca más de su lado. —Pensé que aún estarías durmiendo —expresó Tayler, sin apartar la mirada de su rostro.

—Me levanté y no te encontré —le reprochó—, ¿qué sucede? —preguntó preocupada, señalando la zona que Tayler había abandonado poco antes, y donde aún se podía escuchar el sonido de las sirenas policiales.

—Es largo de contar —dijo Tayler, mientras la hacía girarse para caminar por el mismo sitio que había llegado—, preferiría hacerlo en casa.

—No —se negó Peyton deteniéndose, dispuesta a luchar—, quiero que me lo cuentes ahora. ¿Qué es todo ese ruido? ¿Qué está sucediendo?

Tayler no quería discutir, y la única cosa que lograba aplacar el genio de aquella mujer era la pasión. La cogió por la cintura y la acercó a su cuerpo de nuevo, antes de tomar sus labios posesivamente. Cuando sus respiraciones se aceleraron, la apartó para poder estudiar su rostro.

—Me tienes que hacer una promesa.

Peyton le observó cautelosa.

—¿Cuál?

—Que a partir de ahora intentarás controlar tu genio, no quiero pasarme lo que me resta de vida discutiendo contigo.

—¿Y quién te ha dicho que pasaré el resto de mi vida contigo? —cuestionó morruda, aunque su corazón galopaba en su pecho.

—Yo, porque no pienso permitir que me alejes de ti.

—Pero...

—Peyton Gregory, *la princesa de Blackwood*—la nombró con humor, por el apodo que solía utilizar para fastidiarla—, te quiero.

Peyton dejó de respirar tras su confesión, perdida en la marea de sus ojos. Podía ver la verdad en ellos, al igual que lo sentía en su corazón, por lo que no dudó en proclamar

lo que ella también sentía.

—Yo también te amo, Tayler Jefferson.

Sus cuerpos se encontraron para fundirse en un abrazo que desembocó en un prologando beso. Tayler rebuscó su piel a través de la camiseta, y deseó tumbarla en la orilla del lago para hacerle el amor, pero recordar que a pocos metros de allí se encontraba el FBI le hizo separarla con reticencia.

Aún tenía un duro trance por el que pasar, y sería cuando informara a las hermanas de lo sucedido con Malcom y su relación con el contrabando.

—Tenemos que irnos.

—¿Por qué tanta prisa? —preguntó Peyton, aún perdida en la pasión.

—Tenemos que buscar a tu hermana. Tengo que contaros lo que ha sucedido.

Peyton había olvidado aquel asunto, y se tensó al escuchar sus palabras.

—¿De qué se trata?

—Preferiría contarlo solo una vez.

—¿Y qué tiene que ver Stefanie en todo esto?

Tayler ignoró su pregunta y besó la punta de su nariz, antes de darle la mano e instarla a caminar.

—Si quieres estar conmigo, debes aprender a tener paciencia.

—Creo que los dos debemos tomar clases sobre eso —replicó Peyton con humor, ajena a lo que sucedía a sus espaldas.

## Epílogo

La iglesia de Blackwood estaba engalanada con camelias blancas, la flor del estado, que dejaban en el ambiente un fragante olor. Los rayos de sol se filtraban a través de las vidrieras y hacían relucir los bancos de roble que se alineaban a ambos lados del ancho pasillo que daba paso al altar. Los invitados ya ocupaban sus asientos y, cuando la marcha nupcial sonó, todos los rostros se giraron para ver la entrada de la flamante novia.

Avanzaba con paso firme, dejando a su espalda una pequeña cola de encaje que partía de su cintura. Su cuerpo curvilíneo se acentuaba con el vestido de corte de sirena, y el escote palabra de honor dejaba al descubierto sus cremosos hombros. Su rostro iba oculto bajo un tul blanco encaramado a un sofisticado recogido.

Su futuro esposo la esperaba en el altar, y al verla avanzar sintió que su corazón se detenía en su pecho. Amaba a esa mujer, le había costado asumirlo, pero realmente quería vivir el resto de su vida a su lado. Cuando ella aceptó su proposición de matrimonio se sintió el hombre más afortunado sobre la faz de la tierra. Y ahora que estaban a punto de intercambiar los votos, lo único que deseaba era sacar a aquella atractiva mujer de la iglesia y hacerle el amor en el primer motel de carretera que se cruzara en su camino. Sonrió ante lo imaginado y esperó paciente su llegada.

Cuando quedaron uno frente al otro un momento de intensidad los atrapó. Sus miradas se habían encontrado y, sin palabras, ambos transmitían sus sentimientos.

El párroco carraspeó molesto, observándolos por encima de la montura de sus gafas, mientras alguna risa indiscreta sonaba en el fondo del santuario.

—Nos hemos reunido hoy aquí... —comenzó el discurso, mientras la pareja no dejaba dedicarse miradas cómplices.

Cuando se hubieron intercambiado los votos matrimoniales, el anciano que había sellado dicha unión sonrió pícaramente y se ajustó las gafas para colocarlas en su lugar antes de decir la frase que más le gustaba recitar cuando unía dos almas.

—Puedes besar a la novia.

No tuvo que repetirlo dos veces. Sin demasiadas ceremonias el novio apartó el velo que cubría el rostro femenino y atrapó sus jugosos labios en los propios. La cogió por la cintura y alzó su cuerpo, con la consecuente ovación de los invitados.

Tras la sonora salida del coche de los novios, ataviado con latas de todo tipo de conservas y bebidas, el resto de los invitados se encaminaron a la pradera, donde los novios se habían empeñado en celebrar la reunión pese al frío del mes de diciembre.

Una gran carpa se desplegó en el lugar, y en su interior varios sistemas de calefacción caldeaban el ambiente. Las mesas circulares, protegidas por sendos manteles en tono crema, estaban engalanadas con una vajilla estilovintage que combinaban a la perfección con los centros florales.

Rebeca tuvo que enjuagarse las lágrimas de emoción que poblaban sus ojos. El delicado pañuelo lo había bordado su madre, a la que echaba en falta en aquel momento, aunque sabía que la estaría viendo con más mismas lágrimas que ella mostraba desde el cielo. Su nuevo marido, situado a su espalda, enlazó su cintura con su brazo y besó la base de su nuca.

—¿Eres feliz? —susurró Donovan junto a su oído.

Rebeca giró su rostro para encontrarse con el de su esposo. Sonrió, ocultando su llanto anterior.

—Aún no sé cómo has logrado convencerme para esta locura.

—¿Amarte es una locura? —questionó Donovan con humor, mientras volvía a estrecharla entre sus brazos.

—Amarme es lo mejor que has hecho en tu vida.

Donovan la giró sobre sus brazos para poder atrapar sus labios. Ambos se perdieron en el amor y la pasión que ambos sentían.

Peyton se apartó a un lugar más tranquilo cuando sonó su móvil. Descolgó y habló durante unos segundos, antes de regresar junto a Tayler, que le tendió una copa de talle alto.

—¿Quién era? —preguntó preocupado.

—Mi hermana —replicó Peyton, con una sonrisa triste.

—¿Sigue en Paris? —preguntó Tayler. Sabía que aunque Stefanie siempre había sido odiosa con Peyton, ésta no podía evitar preocuparse por su hermana.

—Sí, ha decidido afincarse allí. Ha contratado a un gestor para que se ocupe de la cadena hotelera.

—Me parece lo mejor —indicó Tayler, mientras enlazaba la cintura femenina—. Y ahora dejemos de pensar en cosas tristes, y disfrutemos de la fiesta —aconsejó.

Peyton sabía que Tayler tenía razón, y se centró en su amiga, que en aquel momento cortaba la tarta nupcial junto a su marido. Le encantaba verla tan feliz y sonriente.

Tayler degustó la burbujeante copa de champagne, mientras observaba a la pareja. Se había vuelto adicto a aquel sabor desde aquella noche que lo probara por primera vez, pero más aún a la mujer que le acompañaba en aquel momento.

—Nunca hubiera imaginado que Rebeca decidiera casarse con el arquitecto. Más de una vez les he visto tirándose dardos envenenados con la mirada —comentó Tayler con cierto humor.

—Rebeca tiene su genio —comentó Peyton con una sonrisa en los labios.

—No lo comprendo, ¿cómo puede estar Donovan tan animado?

—¡Oh, vamos!, no estropees este momento tan bonito, es la boda de mi mejor amiga.

Tayler cogió su mano y entrelazó sus dedos. Estudió su perfil y su corazón palpitó, como cada vez que la tenía cerca. Nada había cambiado en los cinco meses que llevaban juntos.

—¿Tú también quieres vivir un momento *bonito*? —preguntó curioso.

Peyton no era tonta, y sabía que se refería a una boda. Su sonrisa se ensanchó y besó su mejilla.

—No necesito ningún papel para que mi vida se una a la tuya para siempre. Tienes mi corazón, que es lo más importante.

—¿Te he dicho ya que te amo? —cuestionó Tayler.

—Cien veces al día.

—¿Podemos marcharnos ya? —preguntó con una sonrisa seductora que prometía grandes proezas.

—Lo siento, mi amor, pero las damas de honor tenemos tareas.

—Maldita sea —susurró frustrado.

—Tayler, pórtate bien —le amonestó.

—De acuerdo, lo haré, pero esta noche eres mía.

—Ahora y por siempre.

**FIN**



## Otros títulos

### ***Nunca te olvidé***

El destino ha hecho que los caminos de Jane y el del chico que todos ven con malos ojos, Jack, se cruzaran. Rompiendo las barreras de una ortodoxa educación y a pesar de su mala reputación, Jane le entrega, irremediabilmente, su corazón.

Pese a la adrenalina que los dos sienten recorriendo sus cuerpos cuando están juntos, los acontecimientos que siguen al funeral de la madre de Jack logran lo que ni siquiera los tiosos códigos morales de Jane consiguieron: separarlos...

Seis largos años después, tras estudiar lejos, en la ciudad, Jane vuelve al lugar de su pasado para ayudar a su hermana, quien está a punto de dar a luz. Poco después, el pequeño pueblo está sacudido por la terrible noticia de un... asesinato...



## ***Atardecer contigo***

Perteneciente a una de las familias más importantes de Ford Collins, Ray Hamilton disfruta gratamente del dinero y el lujo que le otorga su buena posición. La velocidad es una de sus pasiones, así como las mujeres, que no dejan de asediarlo. Sin embargo, su perfecto mundo se verá trastocado al regresar al hogar tras su viaje por Europa cuando posa sus ojos en la hija de Carmen, la cocinera del rancho.

Con su inocencia de adolescente, Valerie no puede evitar enamorarse del topoderoso Ray Hamilton, y no duda en caer rendida a sus pies cuando él parece estar interesado en ella. Pero para Ray, reconocer sus propios sentimientos no será tarea fácil. Su cabezonería se interpondrá a ellos, distanciando sus vidas y dejando a Valerie con el corazón roto.

*El destino decidirá unirlos años después.  
¿Podrá Ray asumir los sentimientos que una vez negó?*



*¿Logrará Valerie derribar los muros que construyó para protegerse del daño que él le infringió en el pasado?*

## ***Viaje a los sentimientos***

Desde el momento en el que se conocieron Dan y Jess se odiaron, tampoco ayudó demasiado a su buena relación la noticia de la repentina boda en las Vegas de sus padres. Tras dicha unión, se ven abocados a suavizar su relación, ya que deben convivir en el rancho familiar.

Dan, cansado de la dura vida que lleva y el trabajo que acarrea el cuidado del ganado, decide ir a Dallas para cumplir su sueño de competir en el circuito de rodeos. Jess, por su parte, aprende a amar el campo y las áridas tierras de Devine tras dejar atrás su vida en la ciudad.

Años después, sus destinos volverán a cruzarse tras la trágica muerte de sus progenitores. Muchas serán las decisiones que deben tomar respecto al rancho y el camino a tomar en un viaje a los sentimientos.

*¿Podrá Dan enfrentarse a lo que su corazón le dicta?*

*¿Será Jess capaz de perdonar al hombre  
que siempre amó tras años de dolor?*



# ***Despertar con tu Amor***

## **Saga Despertar Vol. I**

Tras la trágica muerte de su padre, Lucien Winfield se convierte en el nuevo Marqués Exmond. Y como tal se ve obligado a cumplir con las exigencias que reporta tal cargo, entre ellas, el matrimonio.

Deslumbrado por la belleza de la joven Penélope Bradford, cree haber encontrado en ella, el amor que alguna vez imaginó que formaría parte de su vida, y así poder cumplir con lo que establece la sociedad a la cual pertenece, asegurándose también la perpetuación del título familiar a través de sus descendientes.

Cuando Maryanne conoce al Marqués, a pesar de su inocencia, no puede evitar sentir atracción hacia su persona, lo cual solo le reporta culpabilidad por enamorarse del hombre que es el prometido de su hermana.

Nada hace presagiar que la joven tendrá que soportar los duros reveses que le deparará el destino y de los que deberá reponerse con una valentía que desconoce poseer.



## ***Perdida en tus brazos***

Saga Despertar Vol. II

El Capitán, Robert Newman, ha logrado el objetivo que le ha obsesionado a lo largo de su vida; ser el próspero propietario de una naviera y codearse con la alta sociedad londinense.

Pero no será capaz de lidiar con las miradas despectivas que le prodigan en las salas de baile. Creyendo, erróneamente, que es debido a su falta de sangre azul decide aceptar la proposición de un Conde, que le ofrece la mano de su hija a cambio del ansiado título que cree necesitar.

Tricia, hija del conde Richmond, es una joven rebelde y alocada. En los últimos tiempos su alegría se ha disipado gracias al comportamiento desastroso de su padre, que ha dilapidado la herencia familiar dejándolos en la ruina. Cuando descubre su plan de casarla con un desconocido toma una decisión que cambiará su vida y la llevará a vivir una aventura inesperada.



## ***Cruce de caminos***

Rodeada de los lujos que la posición de su padre le otorgaba, Marian Stell St. Jones, una joven bella y carismática, había acudido a cuanto baile y reunión se diera en la alta sociedad para encontrar el hombre ideal que pudiera desposarla.

Suponiendo que Alexander Cooper, un hombre alto y apuesto, era el indicado, Marian se dejó llevar por sus encantos. Sin embargo, la repentina y trágica muerte de su padre, y la nefasta situación económica que ello había acarreado, no le dieron opción alguna cuando su madre la envía sola en un viaje hacia el Oeste.

Jt Delaware era un hombre duro que vivía por y para su rancho, el cual manejaba desde que tenía catorce años, cuando el todopoderoso se llevó a su padre antes de tiempo a su lado.

Dominante y trabajador empedernido, detestaba la ociosidad y la formalidad de la ciudad. Su mundo se revoluciona cuando su madre se ve en la obligación de amparar a la joven Marian, hija de su hermana, dada las circunstancias que le habían sobrevenido.



## **Mar Fernández Martínez**

Amante de su ciudad natal, Madrid, vive en un pueblo de Salamanca de apenas treinta vecinos, junto a la persona que eligió para vivir su propia historia de amor.

Su afición por la lectura comenzó una fría tarde de invierno, con tan solo 15 años, cuando aburrida hurgó en los estantes de la biblioteca de su hermana algún libro que le llamara la atención. Allí se decidió por "El jardín de las mentiras" de Eileen Goudge. Y desde ese momento que la romántica la envolvió con su encanto, quedándose hasta la madrugada inmersa en cuanta historia de amor cayera entre sus manos.

Y por entre ellos, la escritura surgió también en ella. Muchos son los cuadernos de espiral donde sus ideas comenzaron a tener vida, plasmando en ellos, mundos donde los hilos de los personajes eran movidos a su antojo, siendo a veces ellos mismos los que guiaban los dedos para escribir sus propios destinos.

Sus escritos son un enredo de personajes maravillosos, entrelazados unos con otros, con ciertos toques de humor y alegría, algunas tristezas y malos aciertos, pero con palabras y frases que llegan al corazón.

**Puedes encontrar a la autora en;**

*[elbauldelaromantica.blogspot.com.es](http://elbauldelaromantica.blogspot.com.es)*

*Facebook, Twitter y Pintarest*